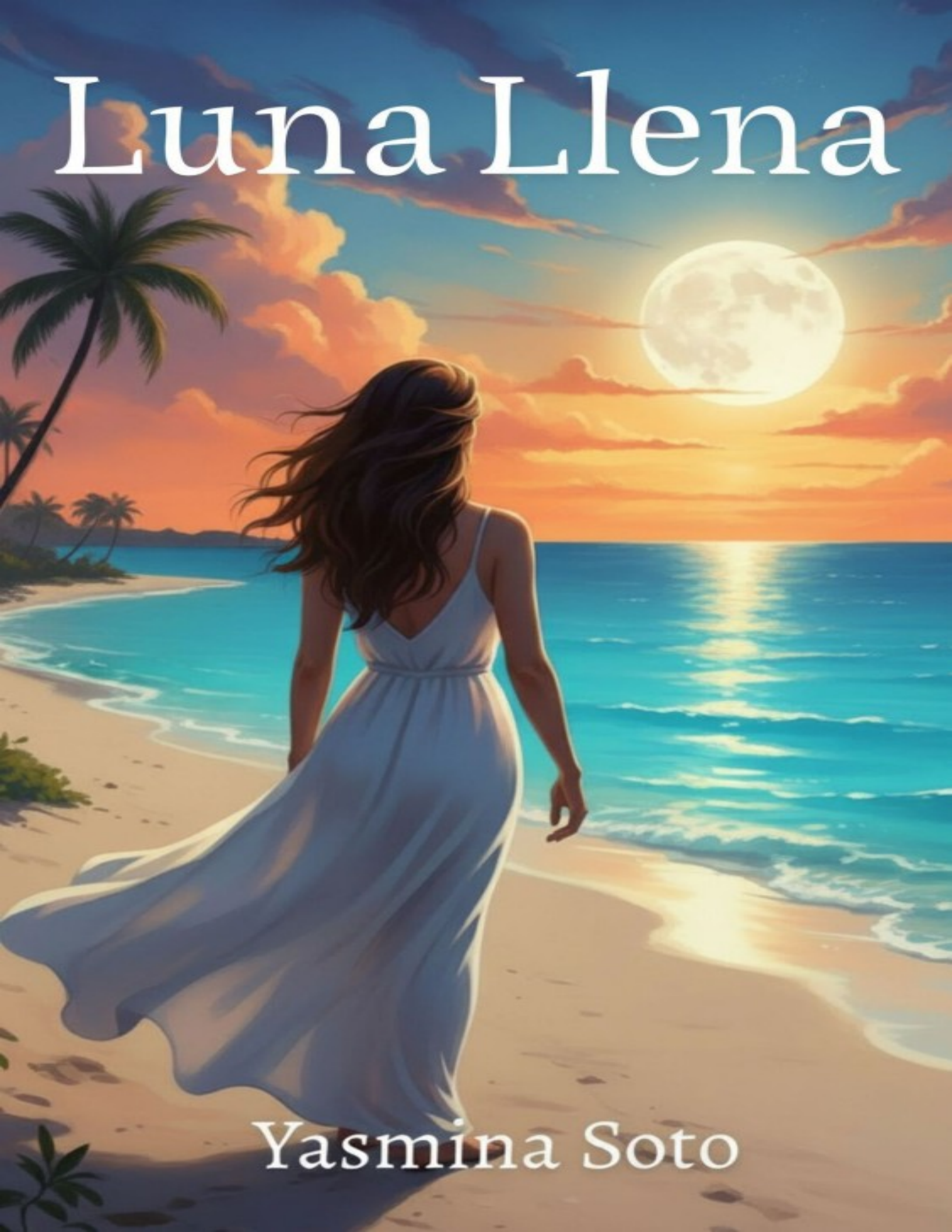
Luna Llena



Yasmina Soto

Luna Llena

Yasmina Soto

Copyright © 2026 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la autora. Esto incluye, sin limitarse a ello, la reproducción mediante fotocopia, escaneado, grabación o cualquier método de almacenamiento y recuperación de información.

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, lugares, organizaciones y acontecimientos descritos en este libro son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Safe Creative: 2602244677796

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

CAPÍTULO 1

Olga Aranda

No puedo respirar.

Es lo primero que pienso cuando el pecho se me cierra en medio de la frase. Estoy explicándole al señor Ramírez —cliente del bufete desde hace quince años, hombre que conoce a mi padre desde antes de que yo naciera— los detalles de su nuevo contrato de fusión empresarial. Números, cláusulas, porcentajes. Cosas que he hecho mil veces. Algo que podría hacer dormida.

Pero de repente las palabras no salen. El aire no entra.

La sala de reuniones se inclina ligeramente hacia la izquierda. O tal vez soy yo la que se está inclinando. Las voces a mi alrededor se vuelven distantes, como si estuviera bajo el agua. Veo la boca de mi hermano Roberto moverse, probablemente diciendo alguna de sus impertinencias. Veo a mi padre fruncir el ceño desde la cabecera de la mesa que ha presidido durante más de treinta años.

—Olga, ¿estás bien? —la voz de Emi, nuestra secretaria, suena preocupada.

No. No estoy bien. Pero no puedo decir eso. Nunca puedo decirlo.

—Necesito… un momento —las palabras salen entrecortadas.

Me pongo de pie demasiado rápido y la silla suena al ser desplazada. Todos me miran. Ocho pares de ojos clavados en mí: el cliente, su abogado, mi padre, Roberto, dos socios *júnior*, Emi y María del departamento de contabilidad.

Salgo de la sala sin esperar respuesta. Mis tacones resuenan en el pasillo vacío. Tacones de ocho centímetros que me destrozan los pies, pero que mi madre dice que «dan presencia profesional». Como si necesitara más altura para que me tomen en serio en el bufete de mi propia familia.

Llego al baño y me encierro en el cubículo del fondo. Me siento en el suelo sin importarme que mi falda de ochocientos euros se arrugue. Respiro. Uno, dos, tres. Como me enseñó aquel terapeuta al que fui dos veces hace tres años, antes de decidir que «no tenía tiempo para eso».

Cuatro, cinco, seis.

Cuarenta y cinco años. Tengo esa edad y veintitrés años trabajando en este bufete. Entré como pasante a los veintidós, recién salida de la universidad con matrícula de honor y la ingenua ilusión de que estaba eligiendo mi carrera. Ahora soy socia, tengo mi nombre en la puerta junto al de mi padre y mi hermano, y no recuerdo la última vez que tomé una decisión que realmente fuera mía.

Siete, ocho, nueve.

El aire vuelve lentamente a mis pulmones. El pánico se retira como una ola, dejando tras de sí la arena mojada de la vergüenza y el agotamiento.

—¿Olga? —dice Emi tocando la puerta.

Por supuesto que es ella. Lleva quince años siendo los ojos y oídos de este lugar, la única persona que parece verme como algo más que «la hija del jefe» o «la hermana competente que no es tan agresiva como Roberto».

—Estoy bien —miento desde el suelo.

—No, no lo estás —su voz es firme—. Y está bien no estarlo.

Me río, un sonido amargo que rebota entre las paredes de donde estoy.

—Tengo una reunión en una hora con los Domínguez. Y mañana vence el plazo para presentar la apelación del caso Méndez, y el viernes es la cena familiar y mi padre va a preguntar por qué todavía no he traído el nuevo cliente que prometí. No puedo darme el lujo de no estar bien.

Hay un silencio al otro lado; apoyo la cabeza en la pared y miro al techo.

—¿Cuándo fue la última vez que cogiste vacaciones? —pregunta.

Pienso en la pregunta, rebusco en mi cabeza cuándo realmente hice algo así.

—Fui a Barcelona hace dos años por el congreso de derecho corporativo.

—Eso no cuenta como vacaciones —responde resoplando.

Tiene razón. No cuenta.

—No tengo tiempo para vacaciones, Emi —aseguro.

—Entonces haz tiempo —su tono no admite réplica—. Sales de ese baño, terminas el día de hoy como puedas y mañana no vienes.

Yo me encargo de reorganizar tu agenda.

—No puedes —protesto.

—Sí puedo. Y lo haré. Olga, te he visto trabajar hasta la extenuación durante quince años. Nunca te he visto así. Necesitas parar antes de que tu cuerpo te obligue a hacerlo de una manera mucho peor.

Me quedo mirando la puerta cerrada. Es de color gris y tiene una palabra escrita en la parte inferior que dice «respira» con un marcador negro. Me pregunto quién la escribió. Me pregunto si también estaba sentada en el suelo cuando lo hizo.

—Está bien —digo, y mi voz suena cansada incluso para mí—. Organiza algo. Cualquier cosa, solo… lejos de aquí.

—¿Algo específico? —pregunta.

—Tranquilo. Yoga, meditación. Uno de esos retiros donde no tienes que hablar con nadie y puedes fingir que el resto del mundo no existe.

Escucho cómo se ríe.

—Perfecto. Te consigo algo. Ahora sal de ahí, lávate la cara y vuelve a esa reunión. Puedes hacerlo.

Tiene razón. Lo he hecho toda mi vida diciéndome «puedo hacerlo».

Me pongo de pie y salgo del cubículo; Emi solo me observa y se marcha, me deja espacio, sola delante de mi reflejo en el espejo. Hay una mujer de cuarenta y cinco años; tiene el pelo castaño perfectamente peinado en un moño bajo profesional. Maquillaje discreto. Traje de chaqueta y falda de sastre gris oscuro. Perlas en

las orejas que fueron de mi abuela. Se ve competente, exitosa, como si tuviera todo controlado.

Se ve como una mentira.

Pero es la mentira que he estado vendiendo durante décadas, así que enderezo los hombros y salgo del baño con la cabeza en alto.

Cuando vuelvo a la sala de reuniones, mi padre me lanza una mirada que no logro descifrar. ¿Decepción? ¿Preocupación? ¿Irritación porque interrumpí la reunión? Probablemente sea todo a la vez.

—Disculpen —digo con voz profesional—. ¿Dónde estábamos?

—En la cláusula 7.3, sobre la distribución de activos —dice el señor Ramírez.

Abro la carpeta y continúo como si nada hubiera pasado. Como si no hubiera estado hace cinco minutos en el suelo de un baño luchando por respirar. Como si no sintiera que mi vida entera se está desmoronando mientras hablo de porcentajes y plazos de ejecución.

Roberto me mira con una mezcla de burla y algo que podría ser preocupación si mi hermano mayor fuera capaz de preocuparse por alguien que no sea él mismo.

Termino la reunión. Sonrío, estrecho manos y prometo enviar los documentos revisados para el viernes.

Vuelvo a mi oficina y cierro la puerta. Me siento en mi silla y miro la pila de expedientes que espera mi atención. Pienso en el tiempo que llevo haciendo esto. Veintitrés años de expedientes, reuniones, cenas familiares y expectativas. Todos esos años siendo la hija perfecta, la abogada brillante, la socia confiable.

Y de repente, con una claridad que me aterra, me doy cuenta: no recuerdo la última vez que fui simplemente Olga. No recuerdo quién soy cuando no estoy en el despacho, en este traje, cumpliendo el rol que me fue asignado desde que tenía veintidós años y decidí estudiar derecho porque era lo que se esperaba de mí.

¿Cuándo dejé de elegir? ¿En qué momento permití que mi vida se convirtiera en esto?

Miro el reloj; queda poco para salir de aquí. Sé que mañana tendré que venir, que Emi no podrá modificarlo todo tan pronto, pero hoy solo quiero huir del lugar que creía que era mi refugio durante demasiado tiempo.

La puerta se abre y es mi padre, que, como siempre, entra sin llamar.

—¿Cómo estás? —pregunta, pero no veo preocupación en sus ojos.

—Mejor.

—Bien —se sienta en la silla frente a mi escritorio, la misma postura autoritaria que ha perfeccionado en cincuenta años de práctica legal—. Estos ataques de nervios son cosas de mujeres. Tu madre los tenía cuando eras pequeña. Solo necesitas aprender a controlarlos mejor.

Aprieto la mandíbula al escuchar las palabras de mi padre.

—No fue un ataque de nervios, papá. Fue un ataque de ansiedad.

—Es lo mismo —asegura él quitándole importancia, como siempre hace.

—No lo es.

Suspira, como si yo fuera una niña terca que no entiende cómo funciona el mundo.

—Mira, Olga, sé que esto ha sido difícil. Estamos con muchos frentes abiertos, muchos casos, mucha presión. Pero así es este negocio. Si no puedes manejarlo…

—Voy a tomarme unas vacaciones —lo interrumpo.

Se queda callado. Es probablemente la primera vez que lo interrumpo en mi vida adulta.

—¿Vacaciones? ¿Ahora?

—La próxima semana. Emi me está organizando un retiro —respondo seria. No puedo bajar la guardia o me manipulará con sus palabras.

—Olga, tenemos el caso de los Mendoza, la fusión de Arteta, el litigio de…

—Roberto puede encargarse —aseguro.

—Roberto no tiene tu atención al detalle. Además, los clientes confían en ti —dice, intentando que no haga lo que realmente necesito.

—Una semana, papá. Solo una —pido, y suena casi a súplica.

Me mira como si no me reconociera. Yo tampoco me reconozco a mí misma.

—¿Sabes lo que tu abuelo habría dicho sobre esto? Él trabajó hasta el día que murió. Nunca cogió vacaciones, nunca dejó que nada interfiriera con su compromiso con este bufete.

—Y murió de un infarto a los sesenta y dos años.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas. Mi padre se pone de pie bruscamente. Está enfadado.

—Una semana —dice con voz autoritaria—. Pero cuando vuelvas, espero que hayas recordado tus prioridades.

Sale de mi oficina dejando un silencio pesado. Me quedo mirando de nuevo mi escritorio: pilas de expedientes. Mi vida, resumida en papel y trabajo pendiente.

Mi teléfono vibra. Un mensaje:

Emi: Ya estoy en ello. Confía en mí.

Yo: Gracias.

No sé qué ha planeado Emi. No sé qué tipo de retiro será. Solo sé que necesito salir de aquí antes de que el siguiente ataque de ansiedad me encuentre en un lugar del que no pueda escapar.

Solo necesito una semana para respirar, para dormir, para no ser la socia Olga Aranda del prestigioso bufete Aranda & Asociados.

Una semana para recordar si todavía hay algo de mí debajo de todo esto. Es todo lo que pido. Ojalá supiera que en ese tiempo va a cambiar absolutamente todo.

CAPÍTULO 2

Olga

Anoche hablé con Emi; le dije que necesitaría unos días para dejar las cosas arregladas en el despacho, que tengo solo una semana para ese retiro y después volver con las pilas cargadas.

Estoy en mi despacho revisando por quinta vez el mismo contrato que podría recitar de memoria cuando golpean la puerta y entran directamente.

—Olga, tengo noticias —dice Emi con un tono que no logro descifrar. ¿Emoción? ¿Nerviosismo?

—Dime que encontraste algo tranquilo. Un balneario en los Pirineos, un monasterio budista, cualquier cosa donde pueda estar sola y en silencio.

—Mejor —responde emocionada—. Contacté con tu hermano.

Me quedo paralizada con el bolígrafo a medio camino entre el papel y mi boca.

—¿Con cuál de ellos?

—Con Javier —responde entrecerrando los ojos, como si la respuesta fuera evidente.

Por supuesto. Javier. Mi hermano menor, el rebelde, el que se escapó de la dinastía Aranda a los veinticinco años para

«encontrarse a sí mismo» viajando por el mundo. El que ahora está en algún lugar de Asia haciendo… lo que sea que haga Javier cuando no está decepcionando a nuestros padres.

—¿Por qué demonios llamaste a Javier? —pregunto, aunque parte de mí ya conoce la respuesta. Emi siempre ha tenido debilidad por mi hermano pequeño. Todos la tienen. Es difícil no querer a Javier cuando sonríe con esa manera suya de hacer que el mundo parezca menos complicado.

—Porque él sabe de estas cosas. Retiros, lugares para desconectar, experiencias transformadoras. Todas esas palabras que tu familia considera sinónimo de irresponsabilidad —hace una pausa —. Y porque es el único que realmente se preocupa por ti.

No puedo rebatir eso. Roberto me ve como competencia. Mis otros dos hermanos mayores, Luis y Marcos, hace años que se distanciaron del bufete y de la familia. Pero Javier… él siempre ha sido diferente.

—¿Y qué sugirió? —pregunto.

—Un resort en México. Cozumel, específicamente. Se llama Luna Llena. Dice que es perfecto para lo que necesitas.

—¿Un resort playero? A como mínimo a ocho horas de aquí. Emi, yo pedí tranquilidad, no margaritas y música de reguetón a todo volumen.

—No es ese tipo de resort —asegura—. Es especial. Enfocado en el bienestar, la conexión interior, ese tipo de cosas. Javier dice que tiene actividades de yoga, meditación, talleres de autoconocimiento. Justo lo que pediste.

Algo en su tono me hace sospechar. Conozco a Emi desde hace mucho tiempo y sé cuándo me está ocultando algo.

—¿Qué más?

—Nada más. Es un lugar hermoso, exclusivo, solo para mujeres. Eso debería gustarte, ¿no? Sin hombres tratando de conquistarte en el bar o mirándote en la piscina.

—Solo para mujeres —repito lentamente, y ahí está lo que me oculta.

—Sí. Ya sabes, un espacio seguro para que las mujeres puedan relajarse sin las típicas molestias masculinas.

Debería hacer más preguntas. Debería investigar por mi cuenta, pero estoy tan cansada que la idea de delegar en alguien es demasiado tentadora.

—¿Cuándo?

—La próxima semana. Vuelas el lunes y regresarías el domingo siguiente. Una semana completa.

—Está bien —digo, y las palabras salen antes de que pueda pensarlo demasiado—. Hazlo.

—¿En serio? —ahora es ella la sorprendida por mi respuesta.

—En serio. Confío en ti, y en Javier, supongo.

—Perfecto. Te envío todos los detalles por correo electrónico. Olga… —dice antes de salir—. Creo que esto es exactamente lo que necesitas.

Cuando se marcha, me quedo mirando la puerta cerrada. México. Cozumel. Un resort solo para mujeres en una isla del Caribe. Es tan

diferente de mi vida actual que casi parece ficción.

Decido buscar más información solo para estar más tranquila. Busco: Luna Llena Cozumel. La página web es elegante, minimalista. Fotos de playas vírgenes, bungalós frente al mar, mujeres en poses de yoga al atardecer. Las palabras clave saltan en la pantalla: Empoderamiento femenino. Conexión auténtica. Despertar interior. Espacio sagrado.

Muy místico para mi gusto, pero supongo que eso es exactamente lo que necesito. Algo completamente opuesto a las salas de reuniones y los códigos legales.

Dejo de mirar la pantalla y vuelvo al contrato que estaba revisando, pero las palabras se desdibujan. Por primera vez en semanas, hay algo más en mi mente aparte del trabajo. Una pequeña chispa de… ¿Qué? ¿Curiosidad? ¿Anticipación?

Esta noche, en mi apartamento, preparo la cena: ensalada (otra vez), pechuga a la plancha (otra vez), un vaso de vino blanco que se convierte en dos, luego en tres.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de mi hermano pequeño.

Javier: Emi me dijo que aceptaste. Estoy muy orgulloso de ti, hermana mayor.

Yo: ¿Qué tan loco es ese lugar al que me mandas?

Javier: Exactamente tan loco como lo necesitas. Confía en mí.

Yo: Eso es lo que me preocupa.

Javier: Olga, llevas cuarenta y cinco años siendo la hija perfecta, la hermana responsable, la abogada brillante. Una semana. Date solo ese tiempo para ser Olga.

Me quedo mirando el mensaje. «Solo Olga». Como si supiera quién es esa persona.

Yo: Gracias, Javier.

Javier: Te quiero. Y oye, mi teléfono no va a tener señal por un tiempo. Estaré en un sitio recóndito de Tailandia haciendo senderismo, pero cuando vuelvas, quiero que me cuentes todo.

Perfecto. Así que estaré sola en esto, sin red de apoyo, sin la opción de llamar a mi hermano pequeño si algo sale mal.

Tal vez eso es exactamente lo que necesito.

Los siguientes días pasan en un borrón de preparativos y despedidas incómodas. Roberto hace comentarios sarcásticos sobre «abandonar el barco justo cuando más trabajo hay». Mi padre dice poco, pero su silencio es más elocuente que cualquier palabra. Mi madre llama tres veces para recordarme que meta las pastillas para la alergia y preguntarme si realmente es necesario irme ahora.

Solo Emi parece feliz por mí, por esta decisión.

—Vas a volver renovada —asegura mientras me entrega una carpeta con todos los documentos del viaje.

Lo hace así porque dice que al pasar la aduana puede que me pidan la documentación impresa: pasajes, seguro, hotel.

—Emi, es solo una semana de yoga y meditación —respondo restándole importancia.

—A veces una semana es todo lo que necesitas para cambiar tu perspectiva.

El viernes por la noche hay cena familiar. Es una tradición semanal que odio y de la que nunca he podido escapar. Mis padres,

Roberto con su esposa divinamente arreglada y sus dos hijos perfectamente educados. Luis vive en Barcelona y hace años que no viene, y a Marcos, a él lo sacaron de la familia solo por elegir el amor. Se casó con una mujer maravillosa que nació donde mis padres creían que no era adecuado y que venía a quedarse con todo lo de mi hermano. El tiempo les ha demostrado a mis padres que se han equivocado, pero no son capaces de reconocerlo. Lleva más de veinte años casado con Amelia, una cubana, y tienen tres hijos. Marcos es todo lo que quiero en la vida: tener a alguien a mi lado que me ame de verdad y no por mi apellido o posición social.

—Gracias por venir —le digo a Emi, que está a mi lado, antes de bajar del coche.

—No podía perderme esto. ¿Estás preparada? —pregunta antes de bajarnos.

—No, pero tengo que estarlo.

Emi aprieta mi mano y salimos; le agradezco que me haya acompañado. Ya ha venido otras veces, así que no es extraño que yo aparezca con ella. Mi madre le preguntará por su marido, los niños, y yo tendré una tregua para que no se ocupen de mi decisión de marcharme una semana para poder desconectar.

—Así que te vas de vacaciones —dice Roberto mientras corta la carne con precisión—. Qué conveniente, justo cuando tenemos el caso Arteta.

—Ese caso puede esperar una semana —respondo.

—¿Puede? —pregunta mi padre, levantando la vista de su plato —. Porque los Arteta me llamaron esta tarde preguntando específicamente por ti.

—Les dije que estaría de regreso la próxima semana y que yo podía atender cualquier urgencia —interviene Roberto con una sonrisa que me encantaría borrarle de un guantazo.

—Qué considerado por tu parte —digo, y mi sarcasmo es tan sutil que solo Emi, sentada enfrente, lo capta.

—¿Adónde vas exactamente? —pregunta mi madre cambiando de tema, y por fin alguien me lo pregunta, porque hasta ahora solo me cuestionaban—. Porque si es uno de esos lugares con mosquitos y sin aire acondicionado…

—Es un resort en México. Cozumel. Muy civilizado, mamá. Con todas las comodidades modernas.

—¿Sola? —pregunta Roberto.

—Sola —confirmo.

—¿No es un poco… triste? —dice su esposa, Patricia, con esa voz dulce que usa cuando está siendo cruel—. Irse sola a un resort. A tu edad.

A mi edad. Como si cuarenta y cinco años fueran sinónimo de fracaso si no tienes esposo e hijos.

—Patricia —dice Emi con voz suave, pero firme—, hay algo liberador en viajar sola. Deberías probarlo alguna vez.

El silencio que sigue es tenso. Mi madre cambia de tema preguntando por los niños, y el resto de la cena transcurre en conversaciones triviales sobre el colegio, el trabajo de Roberto, los planes de verano.

Nadie me pregunta qué espero del viaje. Nadie pregunta cómo me siento realmente. Es como si mi ataque de ansiedad nunca

hubiera ocurrido. Todavía recuerdo las palabras de mi padre: «Son cosas de mujeres». Como si lo que me pasó fuera un tropiezo momentáneo que no merece más atención.

Cuando nos despedimos y salimos a la calle, respiro profundo el aire frío de marzo en Madrid. Faltan tres días para el lunes. Tres días para convencerme de que esto no es una locura.

Emi se dirige al coche y me deja espacio. Esa mujer me conoce mejor que mi madre y eso me cabrea. Que alguien que es externo a la familia me conozca mejor que mi entorno.

Conduzco en silencio hasta llegar al edificio donde vive Emi.

—Gracias —digo antes de que se baje.

—Esto es por ti, Olga, recuerda eso. Por estar bien, por saber quién eres en realidad, por disfrutar, aunque sea una semana en muchos años. No eres egoísta, ni una mala hija por mirar por tu bienestar. Estoy orgullosa de ti, de esta decisión, de lo que vas a hacer.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos queriendo salir sin control. La abrazo para agradecerle todo lo que está haciendo por mí, pero también para que no me vea débil, derrumbarme, porque es la primera persona que me ha dicho que está orgullosa de quién soy, de lo que voy a hacer.

Emi se separa, sujeta mi cara entre sus manos y limpia con el pulgar las lágrimas que ya brotan de mis ojos, deja un beso en la frente y sonríe, guiñándome un ojo.

—Todo va a estar bien —asegura antes de bajarse.

El sábado saco mi maleta del armario, esa que compré hace dos años para el congreso de Barcelona y que apenas he usado. La abro sobre mi cama y me quedo mirándola como si fuera un acertijo que no sé resolver.

¿Qué llevo a un retiro de yoga en el Caribe? No tengo ropa deportiva real. Tengo trajes de chaqueta, vestidos de cóctel para eventos, vaqueros que casi nunca uso. Mi ropa interior es práctica, beige, aburrida.

Cojo el móvil y marco el número de Emi.

—¿Qué llevo? —pregunto sin dejarla contestar.

—Ropa cómoda. Bañadores. Ropa para yoga, si tienes. Vestidos ligeros. Protector solar. Y Olga… —hace una pausa—. Nada de trabajo. Ni una carpeta, ni un expediente, nada.

—¿Cómo voy a pasar una semana sin…?

—Exactamente así —me interrumpe—. Una semana sin ser la abogada Olga Aranda. Solo Olga.

Ahí está otra vez la frase. «Solo Olga». Como si esa persona existiera separada del trabajo, del bufete, de las expectativas.

Cuelgo y miro mi armario. Al fondo, escondido detrás de los trajes, hay ropa que compré en un arrebato hace años y que nunca usé. Un vestido de verano azul claro, otro blanco de lino y un par de sandalias. También me compré un bañador negro de una sola pieza.

Meto todo en la maleta. Añado protector solar, un libro que llevo dos años intentando leer, mi *Kindle* con una lista de novelas que he ignorado. No meto nada de trabajo. Es la primera vez en veintitrés años que hago un viaje sin llevar, aunque sea, un expediente.

El domingo, el teléfono permanece en silencio. Javier está desconectado en algún lugar de Asia. Emi, respeta mi espacio. Mi familia no llama.

Me tumbo en el sofá y pienso que la semana que viene estaré en un sitio donde nadie me conoce, donde nadie tiene expectativas sobre quién soy o qué debo hacer.

Por primera vez en bastante tiempo, siento algo parecido a la esperanza. O tal vez es solo miedo disfrazado.

CAPÍTULO 3

Olga

El aeropuerto de Barajas está más lleno de lo que esperaba para un lunes a las siete de la mañana. Familias con niños pequeños, grupos de jóvenes con mochilas enormes, parejas de la mano camino de alguna aventura. Todos parecen saber exactamente adónde van y por qué. Mientras que yo estoy aquí con la maleta negra, un bolso de mano y una sensación creciente de que esto es un error monumental.

Voy al mostrador de embarque y, tras entregar mi DNI, me da el billete y me desea buen viaje. Veo marcharse la maleta por la cinta, ya no hay vuelta atrás. Una semana, solo una, ni siquiera tiempo para tener *jet-lag*. Además, el viaje es tan largo que llegaré agotada y solo querré dormir. La carpeta que me entregó Emi ni la abrí, la metí directamente en la mochila. La tengo por si necesito la documentación al entrar en México.

Una vez que llego a la T4S, miro las pantallas y el vuelo sale a las 9:20. Miro el reloj: las ocho de la mañana; faltan veinte minutos para que pongan la puerta de embarque. Me dirijo a una cafetería a tomar algo.

Me siento en una cafetería cercana para tener controladas las pantallas y saco el teléfono. Treinta y dos emails nuevos desde el

viernes por la noche. Abro el primero casi por instinto antes de recordar lo que Emi me dijo: «Nada de trabajo».

Cierro el email sin leerlo.

Abro el siguiente.

Lo cierro.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba.

—Señora, ¿está bien? —pregunta una voz masculina a mi lado.

Levanto la vista y veo a un hombre de unos cincuenta años, traje de negocios, maletín de ejecutivo. Probablemente va a alguna reunión importante en algún lugar importante a hacer cosas importantes, y quiero dejarlo bien claro, aunque tenga que volar no sé cuántas horas incómodo con ese traje.

—Perfectamente —miento.

—Es que estaba mirando su teléfono con tal intensidad que pensé que había malas noticias.

—Solo trabajo —respondo, y me doy cuenta de lo patético que suena. Lunes por la mañana, en un aeropuerto, a punto de irme de vacaciones, y estoy estresada por emails.

—Ah, lo entiendo completamente —dice, sentándose a mi lado sin ser invitado—. Yo tampoco puedo desconectar. Mi esposa siempre me dice que voy a tener un infarto si no aprendo a relajarme.

No me interesa su vida, pero asiento educadamente.

—¿Adónde va? —pregunta.

—A México —respondo secamente, a ver si se da cuenta de que no quiero conversación.

—¿Negocio o placer?

La pregunta me hace pensar. ¿Qué es esto exactamente? No es trabajo, pero tampoco estoy segura de que vaya a ser placentero. Es más bien… necesidad.

—Placer —digo finalmente.

—Yo voy a Londres. Reunión con inversores ingleses. Tres días de presentaciones y negociaciones —dice con un suspiro que no suena para nada cansado. Suena orgulloso—. Pero alguien tiene que hacerlo, ¿no?

Sí. Esa ha sido mi filosofía durante veintitrés años. Alguien tiene que encargarse de los casos difíciles, que trabajar los fines de semana, que sacrificar su vida personal por el bien del bufete.

Y ese alguien siempre he sido yo.

—Disculpe —digo poniéndome de pie—. Necesito hacer una llamada.

No necesito hacer ninguna llamada, solo quiero alejarme de ese hombre que me recuerda demasiado a mí.

Mi teléfono vibra. Un mensaje de Emi.

Emi: ¿Ya en la cola de embarque?

Sonrío, sabe a la hora que sale el vuelo, sabe todo, pregunta para estar al corriente de si estoy bien.

Yo: Todavía no.

Emi: ¿Cómo te sientes?

Ahí está la pregunta que quería hacerme desde el principio. Miro el mensaje varias veces. ¿Cómo me siento? Aterrada. Ansiosa. Como si estuviera a punto de saltar de un precipicio sin saber si hay agua abajo o solo rocas.

Yo: Bien. Un poco nerviosa.

Emi: Es normal. Va a estar increíble. Recuerda: nada de trabajo. Esta semana es solo para ti.

Yo: Lo sé.

Emi: ¿Lo sabes o lo entiendes? Porque no es lo mismo.

Tiene razón. Mi cabeza lo sabe, pero no lo entiende. No sé cómo ser solo para mí. Llevo toda mi vida siendo para otros: la hija perfecta, la hermana responsable, la abogada dedicada, la socia confiable.

¿Quién soy cuando no soy ninguna de esas cosas?

Yo: Intentaré entenderlo.

Emi: Eso es todo lo que pido. Ahora guarda el teléfono y disfruta del viaje. Y, Olga… gracias por confiar en mí.

Yo: Gracias por organizarlo todo.

Guardo el móvil en el bolso y miro mi reflejo en el ventanal del aeropuerto. Una mujer de cuarenta y cinco años con ojeras que no se eliminan con maquillaje, vestida con vaqueros que me quedan raros porque nunca los uso y una camiseta básica que suelo usar para estar en casa. No parezco yo. O tal vez, por primera vez en mucho tiempo, sí parezco yo y simplemente no reconozco a esa persona.

Miro las pantallas buscando la puerta de embarque y me dirijo hasta allí. Yo sola en un aeropuerto internacional con un bolso de mano, dirigiéndome a coger un vuelo directo de Madrid a Cancún para pasar una semana en lo que muchos llaman el paraíso.

No sé cuánto tiempo estoy sumida en mis pensamientos sentada, cuando anuncian que es hora de embarcar. Camino hacia la fila; avanza rápido. Estoy en la dos, no hay mucha gente y va avanzando. Llega mi turno, muestro mi pasaporte y mi tarjeta de embarque, atravieso el túnel que lleva al avión. Cada paso se siente como un acto de valentía o de cobardía, no estoy segura de cuál.

Encuentro mi asiento: 14A, ventana. Guardo mi bolso en el compartimento superior y me siento. A mi lado hay una pareja joven, probablemente veinteañeros. Están cogidos de la mano, susurrándose cosas y riendo.

Me pongo los auriculares antes de que intenten hablar conmigo.

Miro por la ventana y veo Madrid. La ciudad donde está mi apartamento vacío, mi oficina llena de expedientes, mi familia con sus expectativas, mi vida perfectamente ordenada que me estaba asfixiando últimamente.

El avión empieza a moverse. Ganamos velocidad. La ciudad se hace borrosa. Y de repente estamos en el aire, ascendiendo, y Madrid se vuelve pequeña, luego diminuta, luego desaparece bajo las nubes.

Cierro los ojos y respiro.

Once horas hasta Cancún. Todo ese tiempo para convencerme de que esto no es un error, para prepararme para lo que sea que me

espera en ese resort con el nombre místico que mi hermano pequeño eligió para mí.

Luna Llena. Qué nombre tan cursi. Pero supongo que, si voy a hacer esto, si voy a permitirme esta semana de locura, debería intentar hacerlo bien. Debería abrirme a la experiencia, como dirían esos libros de autoayuda que nunca leo.

CAPÍTULO 4

Olga

El piloto comunica que estamos descendiendo hacia el aeropuerto de Cancún; miro por la ventana y veo el mar Caribe por primera vez. Es tan azul que parece irreal, como si alguien hubiera saturado demasiado los colores en Photoshop.

El avión aterriza y todos aplauden. Nunca he entendido por qué la gente aplaude cuando aterriza un avión, como si los pilotos pudieran escucharnos y les importara nuestra aprobación.

Salgo del avión y el calor me golpea. Es húmedo, pegajoso, completamente diferente al frío seco de Madrid. Recojo la maleta y salgo del aeropuerto.

Fuera hay un mar de personas con letreros, taxistas gritando destinos. Busco mi nombre entre ellos hasta que lo encuentro: Olga Aranda – Luna Llena.

El hombre que sujeta el cartel es mayor, de unos sesenta años, con una sonrisa enorme y una camisa hawaiana que me parece espantosa.

—¡Señora Olga! —dice acercándose—. Bienvenida a México. Soy Santiago, su chofer hasta Playa del Carmen.

—Hola —respondo mientras él coge la maleta.

—¿Primera vez en Cancún?

—Primera vez en México —admito.

—¡Ah! Entonces está de suerte. Va a un lugar muy especial. Luna Llena es… —hace una pausa buscando las palabras—. Es un lugar que cambia a las mujeres que lo visitan.

—¿En qué sentido? —pregunto mientras caminamos hacia una furgoneta blanca.

—Eso tendrá que descubrirlo usted misma —dice guiñándome un ojo—. Pero todas las mujeres que llevo ahí llegan de una manera y se van de otra. Más ligeras, ¿sabes? Como si hubieran dejado algo pesado atrás.

Genial. Un chofer intenso. Exactamente lo que necesitaba.

Subimos al coche y Santiago arranca el motor. La música no la reconozco, pero tiene un ritmo alegre que hace que todo parezca una fiesta.

—Es una hora hasta Playa del Carmen, y de ahí, toma un ferry hasta Cozumel —explica Santiago—. ¿Tiene hambre? ¿Sed? Tengo agua fría.

—Agua estaría bien —digo.

Me pasa una botella y bebo agradecida. No me había dado cuenta de la sed que tenía hasta que la bebo.

Salimos del aeropuerto y tomamos la carretera. A ambos lados hay selva, verde brillante, completamente diferente de cualquier cosa que haya en Madrid.

—¿Sabes? —dice Santiago después de un rato—. Llevo cinco años llevando mujeres a Luna Llena. Y siempre puedo saber qué tipo

de semana van a tener por cómo se ven cuando las recojo.

—¿Y cómo me veo yo? —pregunto sin poder controlar mi curiosidad.

—Como alguien que lleva mucho tiempo cargando el mundo sobre sus hombros. Como alguien que se olvidó de cómo sonreír de verdad —hace una pausa—. Pero eso está bien. Para eso va a ese lugar.

No sé qué decir a eso, así que no digo nada. Miro por la ventana y veo el paisaje tan diferente que me ofrece México.

Llegamos a Playa del Carmen una hora después. Santiago me ayuda con la maleta hasta el muelle donde sale el ferry hacia Cozumel.

—El ferry sale en media hora —dice entregándome el billete—. Cuando llegue a la isla, alguien del resort la estará esperando. Es un viaje de una hora. Disfrútelo, el mar está tranquilo.

—Gracias, Santiago —digo, y me sorprende darme cuenta de que lo digo en serio.

—De nada, señora Olga —responde con una sonrisa—. Y recuerde: a veces tenemos que perdernos un poco para encontrarnos de verdad.

Me guiña un ojo y se va, dejándome en el muelle con la maleta y mis pensamientos.

Miro alrededor para saber dónde sentarme cuando una voz me detiene.

—Tienes manos de mujer fuerte.

Me giro y veo a una señora mayor sentada en un banco de madera. Debe de tener setenta años, tal vez más. Lleva un vestido colorido y tiene el pelo completamente blanco recogido en un moño. Sus ojos son de un color café tan claro que parecen miel.

—Perdón, ¿qué? —pregunto, confundida.

—Tus manos —repite agarrándome una mano—. Son fuertes, pero también cansadas. Llevan mucho peso que no les corresponde.

Retiro la mano rápidamente. Típico. Una vidente callejera buscando turistas ingenuos. He visto cientos en Madrid, especialmente en zonas turísticas. Siempre con el mismo discurso vago que podría aplicarse a cualquiera.

—No, gracias —digo educadamente y empiezo a alejarme.

—Tu destino está cerca del mar —continúa como si no me hubiera escuchado—. Puedo verlo en las líneas de tu vida.

Me detengo a pesar de mí misma y me río. No puedo evitarlo.

—Mi destino está cerca del mar —repito—. Vivo en Madrid, no hay mar allí.

La mujer inclina la cabeza y me mira con una expresión que no logro descifrar. Curiosidad mezclada con algo que parece, ¿lástima?

—No hablo del mar donde vives —dice—. Hablo del mar donde vas a renacer.

Esto es ridículo. Estoy cansada, necesito buscar un sitio para sentarme, y no tengo tiempo para charlatanas místicas.

—Mire, señora, no tengo…

—Tienes un hermano —me interrumpe—. Más joven que tú. Él ve lo que tú no puedes ver. Por eso te envió aquí.

Me quedo helada. ¿Cómo puede saber eso? Probablemente suerte, la mayoría de las personas tienen hermanos. Y lo de que sea más joven es una probabilidad del cincuenta por ciento.

—Y una mujer —continúa—. Alguien que trabaja contigo. Ella también te quiere, aunque tú pienses que solo es trabajo lo que las une.

Vale, esto ya es demasiado específico. Empiezo a sentir un hormigueo en la nuca.

—¿Cómo sabes…?

—Llevas tres anillos —dice mirando mis manos—. Uno en cada dedo anular y otro en el pulgar. Pero ninguno es de compromiso o matrimonio. Los usas como armadura, no como adorno.

Miro mis manos. Tiene razón. Llevo tres anillos de oro blanco en las manos, el más grueso en el pulgar. Nunca había pensado en ello como armadura, pero en el momento en que me lo dice, sé que es cierto.

—Has construido muros tan altos que olvidaste que dentro hay un jardín —la mujer se pone de pie lentamente, apoyándose en un bastón—. Pero los muros se pueden derribar. Los jardines se pueden regar de nuevo.

—¿Cuánto? —pregunto.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto dinero por la lectura?

La mujer sonríe, y hay algo en esa sonrisa que me hace sentir como una niña pequeña que no entiende nada del mundo.

—No quiero tu dinero, hija. Solo quería que supieras que lo que estás a punto de enfrentar te va a cambiar. Puedes resistirte, puedes luchar contra ello. Pero al final, el mar siempre gana. Es más sabio dejarse llevar por la corriente que ahogarse tratando de nadar contra ella.

Se da la vuelta y empieza a alejarse.

Me quedo ahí parada, completamente desconcertada. ¿Qué acaba de pasar? Esta mujer no me pidió dinero, no me dio ningún discurso de venta, no intentó venderme amuletos o limpiezas espirituales. Solo… dijo esas cosas y se fue.

—¡Espere! —la llamo.

La mujer se detiene, pero no se da la vuelta. Busco en el bolso y saco mi cartera. Solo tengo euros. Mierda. Tengo que cambiar dinero, probablemente en el hotel pueda hacerlo. Pero saco un billete de veinte euros y camino hacia ella.

—Tome —digo extendiendo el dinero—. Por su tiempo.

Ahora sí se gira y me mira. Esos ojos de color miel me estudian de una manera que me hace sentir completamente expuesta.

—No necesitas pagarme por decir la verdad —aclara—. Pero si te hace sentir más cómoda dar que recibir, lo acepto.

Coge el billete y lo guarda en el bolsillo de su vestido sin siquiera mirarlo.

—Gracias —murmuro, aunque no estoy segura de por qué le estoy dando las gracias.

—Una última cosa —dice—. En los próximos días, vas a querer huir. Muchas veces. Sobre todo, cuando sientas que estás perdiendo el control. Pero recuerda: a veces perderse es la única manera de encontrar el camino a casa.

Y con eso, se aleja, perdiéndose entre la multitud de turistas y vendedores ambulantes.

Me quedo ahí parada como una idiota, con la maleta a mi lado y un nudo extraño en el estómago. Probablemente todo fue una coincidencia. Una charlatanería bien ejecutada. Esta mujer probablemente hace esto todos los días con docenas de turistas perdidos y confundidos.

Pero entonces. ¿Por qué no me pidió dinero desde el principio? ¿Por qué se fue sin pedirme nada?

Sacudo la cabeza, tratando de despejar esos pensamientos. Tengo que concentrarme en llegar a mi destino y no andar pensando en las palabras de una mujer extraña.

CAPÍTULO 5

Frida

Camino descalza por los senderos de piedra de Luna Llena. Es mi ritual cada mañana: recorrer el lugar antes de que despierte, asegurarme de que todo esté en orden, conectar con la energía del espacio que he creado.

Tengo cuarenta y ocho años, aunque suelen calcularme menos. Hay días en que me siento como una mujer joven llena de energía, y otros en que el peso de todo lo que cargo me hace sentir mayor. Hoy es uno de esos días intermedios: centrada, presente, consciente del trabajo que tengo por delante.

Me detengo frente al bungaló número siete, el que asigné a la nueva huésped. Olga. La mujer de Madrid que llegará esta tarde.

La hermana de Javier.

Sonrío al pensar en él. Javier, con su barba descuidada y sus ojos preocupados, que apareció en Luna Llena hace casi un año como si el universo mismo lo hubiera guiado hasta aquí. Había llegado preguntando por retiros para mujeres, diciendo que quería entender qué hacíamos para poder recomendar el lugar desde su agencia de viajes.

Pero yo había visto la verdad en sus ojos desde el primer momento. No estaba aquí por su agencia. Estaba aquí por alguien más.

—Tengo una hermana —me confesó—. Y está rompiéndose por dentro, pero nadie puede verlo porque ella es demasiado buena ocultándolo.

Y de pronto empezó a hablarme de Olga. De su brillantez y su éxito. De las exigencias de su familia y su sometimiento. De sus quince horas diarias en la oficina y sus domingos respondiendo emails. De cómo había convertido su vida en una máquina perfecta donde no había espacio para sentir.

—No tiene pareja —me confesó Javier—. Ni amigas cercanas. Solo trabajo y más trabajo. Y cuando le pregunto si es feliz, me dice que la felicidad es un concepto sobrevalorado, que ella prefiere la satisfacción de lo conseguido.

Yo había escuchado en silencio, reconociendo el patrón. Lo había visto docenas de veces: mujeres brillantes que habían aprendido a sobrevivir cerrándose, controlando cada aspecto de sus vidas hasta que ya no quedaba espacio para vivir realmente.

—¿Y qué esperas que haga yo? —pregunté.

—No lo sé —respondió—. Solo sé que, si algún lugar puede llegar a ella, es este. Solo sé que necesita algo que rompa el patrón antes de que sea demasiado tarde.

Y así había comenzado nuestra colaboración. Javier incluyó Luna Llena en el catálogo de su agencia de viajes. Nos envía mujeres que buscan retiros de bienestar. Todo correcto, todo profesional.

Pero en el fondo, ambos sabíamos que estábamos esperando el momento adecuado para Olga.

Ese momento llegó hace menos de una semana.

—Ha colapsado, Frida —me dijo Javier en cuanto descolgué el teléfono—. Ha dado el paso de buscar ayuda, de darse un descanso. Está mal, pero lo bueno es que sabe que tiene que parar, aunque lo quiere hacer a medias.

—¿A medias?

—Quiere un retiro de yoga, una semana, solo eso —confesó—. Pero quiero que vaya ahí.

—¿Y crees que está lista? —pregunté.

—No sé si está lista —respondió—. Pero sé que es ahora o nunca.

Habíamos diseñado el plan perfecto. Emi le diría que sería una semana en un lugar que le recomendó su hermano Javier en México. Un lugar maravilloso. Le daría información básica: instalaciones de lujo, programa de yoga y meditación, comida saludable. Todo lo que Olga podría aceptar.

Pero no le diría la verdad completa. No le diría que el programa real era de dos semanas, no una. No le diría que Luna Llena no era un spa de lujo, sino un espacio de transformación. No le diría que estaría en círculos de mujeres explorando la vulnerabilidad, la sensualidad, el despertar. Y definitivamente no le diría que su hermano llevaba meses diseñando el retiro con Luz, para cuando llegase el momento.

—Es una mentira —le dije cuando me contó el plan—. Le estás mintiendo sobre qué es este lugar y cuánto tiempo estará aquí.

—Lo sé —respondió—. Créeme que lo sé. Me odio por ello, pero si le decimos la verdad, no irá, y si no va…

Dejó la frase incompleta, pero yo lo entendí. Javier estaba viendo cómo su hermana se desdibujaba y estaba desesperado.

—Tiene que ser decisión de ella quedarse —le advertí—. Desde que llegue sabrá la verdad y ella es la que tiene que elegir quedarse por sí misma. Si se quiere ir, le facilitaremos las cosas.

—Entiendo —dijo—. Solo denle una oportunidad. Solo… muéstrenle que es posible.

Y ahora ese plan está a punto de ejecutarse.

Entro en el bungaló número siete y reviso cada detalle. Veo el sobre sobre la mesa con el itinerario completo que le entregará Luz en el check-in. El momento en que Olga descubrirá que esto no es lo que le dijeron.

Siento un nudo en el estómago. No me gusta mentir. No me gusta manipular. Todo mi trabajo en Luna Llena se basa en crear espacios seguros y sinceros, y aquí estoy participando en un engaño. Pero también entiendo la desesperación de Javier. He visto a suficientes mujeres al borde del colapso como para reconocer las señales que él describía. Y a veces, solo a veces, las personas necesitan un empujón para ir al lugar que nunca elegirían por sí mismas.

La pregunta es: ¿qué hará Olga cuando descubra la verdad?

Salgo del bungaló y continúo mi recorrido matutino. Paso por cada instalación supervisando todo. No es que no confíe en mi personal, pero es algo que hago como rutina y me relaja. Me gusta

que todo esté en orden y ahora hay algo que no quiero reconocer y no me atrevo a decir en voz alta. Quiero que Olga se quede, que vea esto y decida quedarse.

Termino mi recorrido en la playa. Me siento en la arena y saco mi móvil. Tengo un mensaje de Javier de hace dos horas.

Javier: Ya lleva horas en el avión. Se subió, me lo confirmó Emi. Gracias, Frida. Por darle esta oportunidad.

Yo: Ahora está en sus manos. Confía.

Guardo el móvil y cierro los ojos para mi meditación. Pero hoy no puedo concentrarme con tanta facilidad. Sigo pensando en Olga, imaginando su reacción cuando Luz le entregue el itinerario completo. Cuando vea que son dos semanas, no una. Cuando lea los nombres de talleres que probablemente le aterroricen: «Despertar Corporal», «Masaje Tántrico», «Taller de Placer».

Javier me envió una foto de Olga. Una mujer hermosa, pelo perfectamente arreglado, traje impecable. Pero lo que más me había llamado la atención eran sus ojos. Incluso en una foto, incluso sonriendo, había dureza en ellos. Una armadura.

Me pregunto qué hay debajo de esa armadura. Me pregunto si tendremos la oportunidad de descubrirlo.

Me reúno con parte de mi equipo; Luz, la directora del resort. Marina, la que recoge a las huéspedes en el puerto y también es la que sale si necesitamos algo, la chica para todo. Isabel, que es la psicóloga; ella llegó aquí hace unos años para vivir la experiencia y terminó quedándose. Sofía, la instructora de yoga, y Carmen, la chef.

—Hoy llegan tres nuevas mujeres —comienzo a decir—. Melissa de Estados Unidos, Andrea de Chile y Olga de España. Melissa y Andrea llegaron a nosotras contactando directamente. Olga… es diferente.

Les cuento la historia completa, aunque Luz sí que sabe la realidad, pero el resto no. Les explico todo y cómo su hermano lo ha planeado todo.

—Eso va contra todos nuestros códigos de ética —asegura Carmen—. Consentimiento, transparencia: es nuestro lema.

—Lo sé —respondo—. Y si alguien no se siente cómoda con esto, lo entiendo perfectamente. Pero también sé que a veces las personas más necesitadas son las que más se resisten a pedir ayuda.

—¿Y si se quiere ir cuando descubra la verdad? —pregunta Sofía.

—Entonces la llevamos hasta el puerto para que vaya al aeropuerto —afirmo—. Sin presión, sin manipulación. Le mentimos para que llegara aquí, pero una vez que esté aquí, todo es decisión de ella. Si elige quedarse, se queda. Si elige marcharse, se va.

—¿Cuándo se va a enterar? —pregunta Isabel, que se ha mantenido callada hasta ahora.

—Cuando Luz le haga el check-in esta tarde —respondo—. Le dará el itinerario completo de dos semanas y veremos su reacción.

—Yo puedo contarle algo de su hermano durante el trayecto para que no la pille todo de improvisto —comenta Marina, y todas la miramos con cara de terror.

—No —suelta Luz—. No hagas nada.

—Déjenlo en mis manos, todo saldrá bien —asegura Marina.

—No quiero que le digas nada —le advierto.

—No veo mal la opción de que le hable del hermano, de la agencia de viajes, de que él eligió este lugar para ella —comienza a decir Isabel—. Creo que no es descabellada la idea de Marina.

—Ven, la psicóloga me ha dado permiso —dice satisfecha.

Yo miro fijamente a Isabel y hace un gesto para que confíe.

—Está bien. Pero tengan una charla ustedes dos —digo señalando a Isabel y Marina.

Me despido de las chicas y veo cómo se van marchando una por una hasta quedarme sola con mi cabeza hecha un lío porque jamás había aceptado algo así. Solo espero que Olga esté a gusto, que decida quedarse y que esta experiencia realmente le sirva.

CAPÍTULO 6

Olga

El barco zarpa de Playa del Carmen con destino a Cozumel, la isla donde será mi casa, mi hogar durante una semana. Mientras veo cómo la playa se desdibuja, observo cómo la gente saca fotos, gente que va a disfrutar de una aventura, mientras yo estoy acojonada de a dónde me ha traído mi crisis de ansiedad, donde Emi. Tras consultar con mi hermano, dijo que era el sitio perfecto para encontrarme y dejar por unos días el estrés del trabajo, el ruido de la ciudad y encontrar realmente a la verdadera Olga, no a esa en la que me he convertido con el paso de los años.

Cierro los ojos y me relajo, simplemente disfrutando de la brisa del mar. Huele a sal, a libertad, a algo que no había experimentado jamás.

«Tu destino está cerca del mar».

Las palabras de la mujer regresan a mi mente. Trato de decirme que son tonterías, que la mujer tiene las mismas frases para todo el mundo, pero mientras pienso eso, las frases se repiten en mi cabeza sin darme cuenta.

«Has construido muros tan altos que olvidaste que dentro hay un jardín».

Abro los ojos y miro al horizonte. Cozumel se ve a la distancia, una isla verde rodeada de aguas turquesas.

El ferry avanza, llevándome más lejos de todo lo que conozco y más cerca de… ¿qué exactamente? No lo sé. Y eso me aterra más que cualquier juicio al que me haya enfrentado.

«El mar siempre gana».

El ferry atraca y vamos saliendo de él. El muelle está lleno de actividad: vendedores de tours, taxistas, turistas negociando precios. Busco mi nombre otra vez y lo encuentro: una joven, de unos veinticinco años, vestida completamente de blanco, sostiene un letrero que dice «Olga Aranda – Luna Llena».

—Hola —dice acercándose con una sonrisa radiante—. Soy Marina, del resort. ¿Cómo estuvo tu viaje?

Me sorprende que me tutee, pero supongo que es parte del ambiente relajado.

—Largo —respondo honestamente—. Y extraño.

—¿Extraño? —pregunta cogiendo mi maleta.

Pienso en la mujer del muelle en Playa del Carmen, en sus ojos color miel y sus palabras que parecían saber demasiado.

—Nada, olvídalo. Solo es el cansancio del viaje —digo.

—Lo imagino, pero ya casi llegamos. Son solo veinte minutos en coche hasta el resort —me guía hacia un jeep blanco—. ¿Primera vez en Luna Llena?

—Primera vez —confirmo.

—Te va a encantar. Es… —busca las palabras, igual que Santiago —. Es especial. Diferente de cualquier otro lugar.

Todos dicen eso. «Especial». «Diferente». Empiezo a preguntarme en qué me he metido exactamente.

Subimos al jeep y Marina arranca. La isla es preciosa: casas coloridas, palmeras por todas partes, el mar siempre visible a un lado de la carretera.

—El resort está en la parte menos desarrollada de la isla —explica Marina—. Más privado, más tranquilo. Es solo para huéspedes. No permitimos que pasen visitantes durante el día. Queremos crear un espacio seguro donde las mujeres puedan realmente relajarse y ser ellas mismas.

—Javier, mi hermano, lo recomendó —digo.

Marina sonríe y abre mucho los ojos al escucharme.

—¡Oh! ¿Eres la hermana de Javi? —pregunta con entusiasmo—. Él personalmente organizó todo para ti.

Me quedo mirándola. Debe de estar confundida.

—¿Cómo que personalmente organizó todo?

—Sí, bueno… no sabías que Javi tiene una agencia de viajes, ¿verdad? Wanderlust Experiences. Se especializa en experiencias transformadoras. Trabaja mucho con nosotros —Marina me mira de reojo—. Estuvo aquí hace un año, quizá algo más, conoció las instalaciones, habló mucho con Luz y ahí salió que quizá tú necesitarías venir aquí. En ese instante se diseñó un programa por si al final decidías venir. Tu hermano te quiere mucho.

Siento cómo mi estómago se contrae. Javier no solo me recomendó este lugar. Lo diseñó para mí. Habló con estas personas sobre mí, sobre mi vida, sobre lo que cree que necesito.

—¿Qué más dijo? —pregunto con la voz más tensa de lo que pretendo.

Marina duda un momento.

—Dijo que eras brillante, dedicada, y que habías olvidado cómo vivir para ti misma. Dijo que necesitabas un lugar donde pudieras… despertarte.

Despertarme. Como si hubiera estado dormida durante años. Lo cual, supongo, no está tan lejos de la verdad. Pero que mi hermano menor se haya tomado la libertad de diagnosticar mi vida y prescribir el tratamiento me llena de una mezcla de gratitud y enfado que no sé cómo procesar.

«Un hermano más joven que tú. Él ve lo que tú no puedes ver».

Las palabras de la mujer del muelle vuelven y de repente un escalofrío recorre mi cuerpo a pesar del calor que hace.

El jeep se desvía por un camino de tierra y de pronto estamos rodeadas de vegetación densa. El camino tiene baches y me aferro a mi asiento mientras rebotamos.

—Ya casi llegamos —dice Marina—. Prepárate para ver el paraíso.

De pronto está ahí: Luna Llena Resort.

No es lo que esperaba. No hay edificios grandes ni recepciones ostentosas. Es más bien una colección de bungalós de madera entre palmeras y jardines tropicales. Todo está diseñado para mezclarse con la naturaleza. Hay caminos de piedra que pasan entre las

construcciones, hamacas colgadas y, al fondo, visible entre la vegetación, el mar más claro que he visto en mi vida.

—Bienvenida a Luna Llena —dice Marina deteniéndose frente a un porche abierto que parece ser la recepción.

Bajo del coche y veo a otras mujeres por ahí: algunas dirigiéndose hacia una de las estructuras de madera más grandes, otras en bikinis bajando a la playa, un grupo comiendo en lo que parece ser un restaurante al aire libre.

Todas se ven… relajadas. Felices. Como si no tuvieran ninguna preocupación en el mundo.

Me siento completamente fuera de lugar.

—Ven, vamos a hacer el *check-in* y te llevo a tu bungaló —dice Marina guiándome hacia la recepción.

La mujer detrás del mostrador debe de ser de mi edad, pelo largo y unos ojos verdes que hacen que te quedes mirándola. Hay algo en su presencia que hace que me ponga recta automáticamente, modo trabajo, profesional.

—Tú debes de ser Olga —dice con voz suave—. Soy Luz, la directora del resort. Bienvenida.

—Gracias —digo estrechando su mano.

Me entrega una carpeta de bienvenida, la abro y lo primero que leo me hace detenerme en seco:

«Programas de transformación integral – 15 días»

Quince días.

No una semana. Quince días.

Leo las palabras otra vez, convencida de que estoy alucinando por el *jet lag*.

«Programas de transformación integral – 15 días»

—Debe haber un error —digo, sin poder creerme lo que leo—. Yo solo reservé para una semana.

Luz intercambia una mirada con Marina.

—No hay ningún error —dice la directora—. Javier reservó el programa completo de dos semanas para ti. Quince días, trece noches. Es nuestro programa más intensivo; hay cosas diseñadas para ti.

Siento que el suelo se mueve bajo mis pies, aunque probablemente es solo el cansancio del viaje.

—No, no, no, no. Yo solo puedo estar fuera del bufete una semana. Máximo. Tengo cosas, tengo reuniones, tengo…

—Javier se encargó de todo eso también —interrumpe Luz—. Habló con tu madre, con tu asistente. Todos están al tanto de que estarás ausente quince días.

Tuvieron que enterarse cuando cogí el vuelo o incluso ahora mismo. Voy a matarlo. Voy a matar a Javier, lentamente, con mis propias manos.

—Esto es… esto es un secuestro —digo entre una risa forzada que oculta las ganas de llorar que tengo—. No pueden retenerme aquí contra mi voluntad.

—Por supuesto que no —afirma Luz con una tranquilidad que me irrita—. Eres libre de irte cuando quieras. Pero tu vuelo de regreso a Madrid está programado para dentro de quince días. Y

sinceramente, Olga, creo que tu hermano sabe mejor que nadie lo que necesitas.

—Mi hermano es un… —me detengo antes de decir algo de lo que me arrepienta—. Mi hermano no tiene derecho a tomar decisiones sobre mi vida.

—¿No? —pregunta Luz ladeando la cabeza—. ¿Y tú tienes derecho a destruir tu vida trabajando hasta el agotamiento?

Sus palabras me golpean como un guantazo. Esta mujer no me conoce. No tiene derecho a hablarme así.

Pero tiene razón, una pequeña voz en mi interior susurra. Tiene razón y lo sabe.

—Mira —dice Luz, con tono suave—. Sé que esto es un shock. Javier me advirtió que probablemente lo sería, pero estás aquí ahora. Ya hiciste el viaje. ¿Por qué no al menos te quedas esta noche, descansas, y mañana decides qué quieres hacer?

Tengo tantas ganas de decir que no, de exigir que me lleven de vuelta al aeropuerto ahora mismo, pero estoy cansada. Son más de once horas de vuelos, una hora en coche, cuarenta minutos de ferry y ese extraño encuentro con la mujer del muelle que aún me tiene descolocada.

Estoy en una isla en medio del Caribe y no tengo idea de cómo salir de aquí sin ayuda. Y una parte de mí, una parte pequeña y traidora, tiene curiosidad. Curiosidad sobre qué exactamente planeó Javier, sobre qué tipo de transformación este lugar promete.

—Está bien —digo finalmente—. Me quedo esta noche, pero mañana quiero hablar sobre cambiar mi reserva.

—Perfecto. También puedes quedarte esa semana y después marcharte. Podemos gestionar todos los cambios que sugieras —comenta Luz, aunque su sonrisa me inquieta—. Marina, ¿puedes llevar a Olga hasta su bungaló?

Sigo a Marina por el camino de piedra, mis pensamientos dando vueltas. Quince días. Dos semanas completas. ¿Cómo voy a sobrevivir dos semanas sin trabajar? ¿Qué se supone que haga con todo este tiempo?

«Vas a querer huir, muchas veces».

Saco mi móvil para llamar a Javier, para gritarle, para… no hay señal. Por supuesto que no hay señal.

—No hay wifi en las habitaciones —dice Marina, notando mi frustración—. Hay una zona común con internet limitado si realmente necesitas conectarte, pero te sugiero que aproveches el descanso digital. Es parte de la experiencia.

Descanso digital. Quince días. Programa de transformación integral.

¿En qué demonios me metió Javier?

Pasamos junto a otros bungalós, una piscina pequeña rodeada de plantas tropicales, un área con hamacas y cojines donde dos mujeres están leyendo.

—Aquí estamos —dice Marina deteniéndose frente a un bungaló al final del camino, el más cercano a la playa.

Abre la puerta y entramos.

Es increíble, no puedo negarlo. Techos altos con vigas de madera, cama enorme con mosquitera, puertas francesas que dan a una

terraza privada con vistas al mar. El baño es al aire libre, pero privado, con una ducha de lluvia y una bañera de piedra rodeada de plantas.

—Este es nuestro mejor bungaló —dice Marina dejando mi maleta—. Tu hermano insistió en que tuvieras el mejor.

Por supuesto que lo hizo. Probablemente pagó una fortuna por esto.

—Si necesitas cualquier cosa, hay un teléfono en la mesita de noche que conecta directamente con la recepción. También hay un pequeño baño interior. No solo tienes el que ves en el exterior —continúa Marina—. Las toallas de playa están en el armario. El minibar es gratis, todo incluido. Y Olga… —se detiene en la puerta—. Sé que probablemente esto no es lo que esperabas. Pero dale una oportunidad, ¿sí? He visto mujeres llegar aquí completamente cerradas y marcharse… transformadas.

Asiento porque no sé qué decir.

Cuando se va, me quedo sola en este sitio demasiado bonito, en esta isla demasiado perfecta, en este resort que definitivamente no es lo que pensaba que sería.

Abro el bolso y saco la carpeta que Emi me dio. La abro y me siento en la cama.

Dentro hay un itinerario detallado. Demasiado detallado. Cada día está planeado desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. Meditación al amanecer, clases de yoga, talleres de… espera.

Leo más cuidadosamente.

«Día 1: Círculo de Apertura - Soltar el Control»
«Día 2: Despertar corporal - Reconexión con la Sensualidad»
«Día 3: Danza Libre - Expresión sin Juicio»
«Día 4: Taller de Placer - Conociendo tus Deseos»
«Día 5: Ceremonia de Cacao - Apertura del Corazón»

Sigo leyendo, cada día más... intenso que el anterior.

«Día 7: Masaje Tántrico - Sanación a través del Tacto»
«Día 10: Taller de Sexualidad Consciente»
«Día 12: Ceremonia de Luna Llena – Integración»

Esto no es un retiro de yoga.

Esto es… ni siquiera sé qué es esto.

Busco qué más hay en la carpeta. Hay una carta escrita a mano e impresa. Emi debió de imprimirla, y esa letra la reconozco de inmediato, es de Javier.

Hola, hermanita.

Si estás leyendo esto, es porque decidiste abrir la carpeta. Probablemente estás furiosa conmigo. Probablemente quieras matarme. Lo entiendo.

Pero necesito que entiendas algo: te he visto consumirte durante años. Te he visto convertirte en una versión de ti misma que es eficiente, exitosa y completamente muerta por dentro. Te he visto olvidar cómo reír, cómo disfrutar, cómo VIVIR.

Luna Llena no es un resort de yoga común. Es un espacio sagrado donde las mujeres reconectan con partes de sí mismas que la sociedad les ha enseñado a reprimir. Sexualidad, placer, deseo,

alegría. Todo lo que tú has enterrado bajo capas de «debería» y «tengo que».

Sé que seguramente estás aterrada. Sé que tu primera reacción es huir. Pero te pido, te RUEGO, que te quedes. Que permitas que este lugar te toque. Que permitas que Luz y su equipo te guíen en este viaje.

No te estoy pidiendo que te conviertas en otra persona. Solo te estoy pidiendo que recuerdes quién eras antes de que decidieras que tu valor dependía de cuántas horas trabajaras.

Son quince días, Olga. Quince días de tu vida de más de cuarenta y cinco años. ¿No te mereces eso?

Todo está cubierto. Hablé con Emi. Ella se encargará de todo. Hablé con mamá, ella gestionará la ira de papá. Le expliqué que necesitabas esto. Olvídate de Roberto, él se va de vacaciones en agosto porque tiene niños, mientras tú te quedas a redactar contratos. No tienes ninguna excusa para no quedarte, excepto tu propio miedo.

Y sé que tienes miedo. Pero también sé que eres la mujer más valiente que conozco. Lo has demostrado toda tu vida. Ahora solo necesitas ser valiente para ti, por ti.

Te quiero. Confío en ti. Confía en este proceso.

Tu hermano, que te quiere.

Javier.

PD: Antes de que me llames gritando, recuerda que estoy en Tailandia sin señal hasta finales de mes. Así que tendrás que guardar

tu ira para cuando regrese. Para entonces, espero que, en lugar de gritarme, me des un abrazo y las gracias.

Dejo la carta encima de la cama.

Quiero estar furiosa. Quiero estar indignada. Quiero llamarlo y decirle que cruzó todos los límites. Pero en lugar de eso, siento cómo lágrimas caen por mis mejillas. Lágrimas de frustración, de miedo, de algo que podría ser gratitud, pero que se siente demasiado duro para admitirlo.

Me levanto de la cama y miro el mar a través de las puertas abiertas.

Quince días.

Sexualidad consciente. Masaje tántrico. Despertar sensorial.

Todas las cosas que he evitado, reprimido, negado durante décadas. Me río, un sonido amargo que sale de mi garganta y se transforma en algo parecido a un sollozo.

Estoy atrapada. Atrapada en el paraíso por dos semanas, cortesía de mi hermano pequeño, que pensó que sabía lo que yo necesitaba mejor que yo misma. Y lo peor es que probablemente tenga razón.

Respiro hondo, ese ejercicio de respiración que aprendí hace años y que nunca practico. Trece noches. Solo tengo que sobrevivir a ese tiempo de… lo que sea esto. ¿Qué tan difícil puede ser?

Miro mi reloj, son las seis de la tarde, hora local. Según el itinerario, la cena es a las ocho, seguida del «Círculo de Apertura», a las nueve.

Dos horas para ducharme, cambiarme y convencerme de que puedo ir a ese comedor y socializar con un grupo de desconocidas

en un retiro espiritual sobre «energía femenina sagrada» y «despertar sensual».

Dos horas para no entrar en pánico. Ese tiempo antes de que todo esto se vuelva real, muy real.

CAPÍTULO 7

Olga

Me ducho al aire libre y es una experiencia surrealista. Estoy completamente expuesta, miro al cielo, rodeada solo por plantas tropicales que apenas ocultan mi desnudez. El agua está perfecta. Me lavo el pelo y siento cómo la tensión del viaje empieza a disolverse. Pero no la ansiedad: esa sigue instalada en mi pecho.

Quince días. Sigo repitiendo el número en mi mente, como si fuera una sentencia.

Salgo de la ducha y empiezo a vestirme. Me miro en el espejo y dudo si cambiarme, pero luego me obligo a no hacerlo. Esto no es un juicio, no es una reunión con un cliente, no tengo que proyectar autoridad ni profesionalidad. Solo tengo que ser. Sea lo que sea que eso signifique.

Son las siete y media cuando salgo de mi bungaló. Hay otras mujeres caminando por los senderos de piedra, todas vestidas de manera casual, todas parecen mucho más cómodas que yo.

Me quedo en la entrada, sintiéndome como el primer día de colegio.

—¡Olga! —Marina me saluda desde una mesa cerca de la cocina —. Ven, siéntate con nosotras.

Camino hacia ella, consciente de que varias mujeres me miran. Marina está sentada con otras tres mujeres que parecen rondar mi edad.

—Chicas, ella es Olga, llegó hoy. Olga, ellas son parte del equipo. Esta es Sofía, nuestra instructora de yoga —señala a una mujer de unos cuarenta años, piel bronceada y ojos oscuros.

—Bienvenida —saluda Sofía con una sonrisa cálida—. ¿Lista para tu primera noche?

—Honestamente, no sé para qué tengo que estar lista —respondo, y mi sinceridad las hace reír.

—Esta es Isabel —continúa Marina, señalando a otra mujer—. Es nuestra terapeuta, psicóloga.

Isabel tiene el pelo completamente blanco y corto, y debe de tener unos cincuenta y tantos. Hay algo en su mirada que hace que me relaje, que baje la guardia.

—No te preocupes —dice Isabel—. Todo a su tiempo. Esta noche es solo para conocernos.

—Y ella es Carmen —continúa Marina—. Nuestra chef y también guía en algunos talleres.

Carmen debe de tener casi la misma edad que Isabel o quizás un poco más joven. Tiene tatuajes por los brazos y una energía que me agota solo de mirarla.

—¿Vegetariana? ¿Vegana? ¿Alergias? —pregunta Carmen directamente.

—Como de todo —respondo.

—Perfecto. Esta noche tenemos ceviche de pescado local, ensaladas frescas y un postre de mango que te va a hacer llorar de felicidad.

Reímos por las palabras de Carmen y todas se quedan en silencio cuando una mujer se acerca. Su mirada es penetrante, mis ojos conectan con los suyos y me quedo enganchada. La mujer se acerca a la mesa y saluda.

—Ella es… —empieza a decir Marina.

—Frida —corta a Marina y extiende su mano—. Bienvenida a Luna Llena. Espero que te sientas cómoda entre nosotras.

No soy capaz de hablar, es como si mis palabras no pudieran salir, de pronto me siento torpe, estúpida. Me encantaría perderme en esa mirada, me transmite una paz que jamás había sentido.

—Bueno, chicas, me retiro, después las veo —se despide y yo sigo ahí, petrificada, mirando cómo se aleja.

Siento cómo unos dedos se ponen delante de mi cara y, al girarme, veo que es Marina sonriendo, y el resto de las chicas me miran con la misma curiosidad.

—Es… joder, esa mujer me ha transmitido una paz con solo mirarme, es como si nada pudiera perturbarla. ¿Quién es? —pregunto con curiosidad.

—Frida —responde Isabel—. Te lo ha dicho.

Frida, repito el nombre interiormente, necesito saber más de ella, ahora mismo hay una curiosidad en mí que no creo que sea profesional.

Después del encuentro con esa mujer enigmática, la conversación fluye a mi alrededor. Sofía está contando algo sobre un encuentro casual con alguien de la isla. Marina ríe. Isabel simplemente la observa. Carmen interrumpe con comentarios sarcásticos que las hacen reír a todas.

Me siento como una observadora en un mundo que no entiendo completamente.

—¿Y tú? —pregunta Sofía girándose hacia mí—. ¿Qué te trae a Luna Llena?

Todas me miran expectantes.

—Mi hermano —respondo, dejando para mí que fue una vil mentira.

—Qué hermano más considerado —dice Carmen.

—O qué hermano más inteligente —agrega Isabel, sonriendo—. ¿Sabías exactamente a qué venías?

—Pensé que era un retiro de yoga —confieso—. Me acabo de enterar de que son quince días y de que hay… otras cosas en el programa.

Se miran entre ellas con una expresión que no logro descifrar. ¿Diversión? ¿Comprensión? ¿Lástima?

—Las primeras veinticuatro horas son siempre las más difíciles —asegura Sofía—. Todos los mecanismos de defensa están al máximo. La mente racional está buscando razones para huir. Es completamente normal.

—¿Y después de las veinticuatro horas? —pregunto.

—Después empieza el verdadero trabajo —responde Isabel—. Pero no te preocupes por eso ahora. Disfruta de la cena, conoce a otras mujeres y deja que el círculo de esta noche te sorprenda.

Llega la cena y es, tengo que admitirlo, espectacular. El ceviche está fresco y perfectamente sazonado. La ensalada tiene ingredientes que nunca he probado. Y el postre de mango es tan bueno que casi, casi me hace olvidar mi ansiedad.

Casi.

Mientras comemos, otras chicas se acercan a presentarse. Hay una alemana llamada Greta que está en su segunda semana. Una chilena, Andrea, que ha llegado hoy por la mañana y está tan perdida como yo, solo que ella sabía a lo que venía. Una estadounidense, Jennifer, que habla demasiado rápido y demasiado fuerte de todas las revelaciones que ha tenido.

—Es mi tercera vez aquí —dice Jennifer—. No puedo estar lejos más de seis meses sin que sienta que necesito volver. Este lugar me salvó la vida. Literalmente.

—¿Cómo? —pregunto antes de poder detenerme.

—Llegué aquí hace dos años después de un divorcio horrible. Había olvidado completamente quién era, fuera de ser la esposa de alguien. Ni siquiera recordaba la última vez que había tenido un orgasmo —dice esto último sin bajar la voz, y varias mujeres en mesas cercanas asienten como si fuera la cosa más normal del mundo.

Me atraganto con el agua.

—En serio —continúa Jennifer—. Pasé quince años en un matrimonio donde el sexo era solo un deber. Nunca exploramos, nunca experimentamos. Yo fingía, él eyaculaba, y eso era todo. Pensé que así era como tenía que ser.

—¿Y aquí cambiaste eso? —pregunta Andrea, claramente tan fascinada como incómoda.

—Aquí aprendí que mi placer importa. Que mi cuerpo no es solo un objeto para el disfrute de otro. Que tengo derecho a pedir lo que quiero, a explorar lo que me gusta, a decir no a lo que no me gusta —Jennifer me mira directamente—. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo realmente bueno, Olga?

La pregunta hace que me sienta incómoda, no quiero contar mi intimidad, no necesito exponerme. Ahora mismo solo quiero matar a mi hermano.

—Yo… no creo que eso sea…

—¿Relevante? —interrumpe Jennifer—. Es completamente irrelevante. Porque si no puedes recordar la última vez que tuviste sexo increíble, o si nunca lo has tenido, entonces una parte fundamental de tu humanidad está dormida.

Miro alrededor buscando ayuda, pero todas las mujeres en la mesa me observan con interés. No hay juicio en sus ojos, solo curiosidad.

—Hace años —admito finalmente—. Y no estoy segura de que fuera increíble. Fue… adecuado.

—Adecuado —repite Carmen con una mueca—. La palabra más triste del diccionario cuando se trata de sexo.

—No todas vienen aquí por temas sexuales —interviene Isabel, lanzándole una mirada de advertencia a Jennifer—. Algunas vienen a reconectar con su creatividad, su alegría, su sentido de propósito. El despertar sexual es solo una parte del proceso, no el objetivo final.

—Pero es una parte importante —insiste Jennifer.

—Para ti lo fue —dice Sofía—. Pero cada mujer tiene su propio camino. Olga descubrirá el suyo.

Me siento agradecida por la intervención, aunque la conversación me ha dejado más ansiosa que antes. No he venido aquí a tener revelaciones sexuales. No he venido aquí a aprender a tener orgasmos mejores o a explorar mi sexualidad dormida.

¿O sí?

La pregunta me incomoda más de lo que debería.

Terminamos de cenar y Carmen empieza a recoger los platos. Ya no hay sol, es noche cerrada y el cielo está lleno de estrellas, más de las que he visto nunca en Madrid.

—El círculo empieza en quince minutos —anuncia Marina—. En el salón principal. Venid cuando estéis listas.

Las mujeres empiezan a levantarse, algunas caminan juntas, otras solas. Yo me quedo sentada, mis piernas negándose a moverse.

—¿Primera vez en un círculo de mujeres? —pregunta Isabel, sentándose a mi lado.

—Primera vez en muchas cosas —respondo.

—Es menos aterrador de lo que piensas. Nos sentamos en círculo, Frida nos guía en una apertura, compartimos un poco sobre

por qué estamos aquí, y eso es todo. Sin presión, sin expectativas.

—¿Frida es la directora? Pensaba que era Luz.

Isabel sonríe y ladea la cabeza.

—La directora es Luz. Frida es… especial. Ya la conocerás. Es quien guía los círculos, entre otras cosas.

—¿Y si no quiero compartir? —pregunto.

—Entonces no compartes. Nadie te obliga a nada aquí, Olga. Todo es invitación, nunca exigencia —asegura.

Asiento, aunque no me siento convencida.

CAPÍTULO 8

Olga

Caminamos juntas hacia el salón principal, un espacio circular con suelo de madera y cojines dispuestos en círculo. Ya hay mujeres sentadas, algunas en meditación, otras hablando en voz baja. Elijo un cojín entre Andrea y una mujer que no he conocido todavía. La desconocida me sonríe, pero no dice nada. Más mujeres van llegando hasta que parece que ya estamos todas. Entonces entra ella.

Frida.

Esa mujer llena el espacio de una manera que no puedo explicar. Sus ojos me vuelven a atrapar. Oscuros, profundos, con una intensidad que hace que quiera mirar hacia otro lado y al mismo tiempo sea imposible hacerlo.

Se sienta en un cojín que completa el círculo. No es más grande que los demás, no está elevado, no hay nada que la distinga del resto de nosotras. Y, aun así, está claro que ella es el centro de gravedad de este espacio.

—Bienvenidas —dice con esa voz llena de calidez—. Bienvenidas a este círculo sagrado. Bienvenidas a este espacio de hermandad. Bienvenidas a vosotras mismas.

Hay algo hipnótico en su tono. Algunas mujeres cierran los ojos. Otras, como yo, se quedan mirándola fijamente.

—Esta noche damos la bienvenida a nuevas integrantes —continúa Frida—. Olga, Andrea y Melissa, que acaban de llegar.

Siento todas las miradas sobre mí y me obligo a no encogerme. Frida me mira directamente, y siento como si pudiera ver a través de todas mis capas de defensas. Es incómodo y tranquilizador al mismo tiempo.

—Empezaremos con una meditación de conexión —dice—. Cierren los ojos si se sienten cómodas haciéndolo. Lleven su atención a su respiración.

Cierro los ojos porque es más fácil que mantenerlos abiertos bajo el escrutinio de Frida.

—Inhalen —la voz de Frida es suave, guiando—. Exhalen. Con cada respiración, suelten el mundo exterior. Suelten las expectativas. Suelten el miedo.

Respiro. Intento soltar. No funciona.

Frida sigue guiándonos y ahora tengo una mano en el pecho y siento el latido acelerado del corazón. Ansioso. Asustado. Habla de valor, y esa palabra resuena en mi cabeza. ¿Es valor lo que me trajo aquí? ¿O fue simplemente no tener otra opción porque mi hermano me engañó?

—Cuando estén listas, abran los ojos —dice Frida.

Abro los ojos y veo a otras mujeres haciendo lo mismo. Algunas tienen lágrimas en las mejillas. Otras sonríen. Andrea me mira e intercambiamos una mirada de «¿qué estamos haciendo aquí?».

—Esta noche vamos a compartir nuestras intenciones —dice Frida —. No por qué vinieron, sino qué esperan encontrar aquí. Qué parte de vosotras está pidiendo atención. Qué jardín interno necesita ser regado.

«Has construido muros tan altos que olvidaste que dentro hay un jardín».

Las palabras de la mujer del muelle vienen de nuevo, y de repente tengo la sensación de que todo esto está conectado de alguna manera que no entiendo.

—Empezaré yo —comienza Frida—. Mi intención esta semana es servir a cada una de vosotras en su camino. Mantener este espacio seguro para que puedan hacer el trabajo que necesitan hacer.

Esta mujer sigue siendo un misterio para mí. Y mi curiosidad necesita saber quién es exactamente, qué es Frida para este lugar.

Se vuelve hacia la mujer a su izquierda, invitándola a continuar, y recuerdo haberla visto en el comedor.

—Soy Greta —dice—. Mi intención es profundizar en lo que empecé la semana pasada. Abrir mi corazón completamente, incluso cuando da miedo.

La siguiente mujer habla sobre reconectar con su creatividad. La siguiente sobre su relación con su cuerpo después de un cáncer de mama. La siguiente sobre aprender a poner límites.

Cada historia es diferente. Cada dolor es único, pero hay un hilo común: todas estas mujeres están buscando algo que perdieron o que nunca tuvieron. El círculo avanza y se acerca a mí. Mi corazón late más rápido con cada mujer que comparte.

Andrea habla primero.

—Soy Andrea —su voz suena nerviosa—. Vine porque… porque no sé quién soy fuera de ser madre. Mis hijos ya son grandes, ya no me necesitan como antes, y me siento… vacía. Mi intención es descubrir quién soy ahora.

Varias mujeres asienten con comprensión. Algunas murmuran «gracias por compartir». Y ahora es mi turno. Todas me miran expectantes, pero la mirada de Frida es diferente. No es expectante, es… paciente, como si tuviera todo el tiempo del mundo para esperar lo que sea que necesito decir.

—Soy Olga —me presento—. Vine porque mi hermano pequeño pensó que lo necesitaba. Y mi intención es… —me detengo, buscando las palabras correctas.

¿Cuál es mi intención? ¿Sobrevivir a estos quince días? ¿Volver a Madrid exactamente igual que como me fui? ¿Decirle a Javier y a Emi que estoy bien y que todo esto fue innecesario?

Los ojos de Frida me sostienen. No hay presión en su mirada, solo una invitación silenciosa a ser honesta.

—Mi intención es… estar abierta —digo, sorprendiéndome a mí misma—. No sé a qué, pero intentaré estar abierta.

—Perfecto —dice Frida con una sonrisa que me atrapa—. La apertura es todo lo que pedimos.

El círculo continúa. Más historias, más intenciones, más vulnerabilidad de la que he presenciado en toda mi vida profesional. Cuando la última mujer termina de hablar, Frida nos guía en otro momento de silencio.

—Ahora vamos a hacer un ejercicio simple —indica—. Van a mirarse a los ojos con la persona frente a vosotras en el círculo. Solo mirarse. Sin hablar, sin sonreír por obligación, sin hacer nada excepto ver y ser vistas.

La mujer frente a mí es mayor, de unos sesenta años, con pelo gris largo y ojos increíblemente azules.

—Tres minutos —dice Frida—. Mantengan el contacto visual. Cuando se sientan incómodas, quédense. Cuando quieran mirar para otro lado, quédense. La incomodidad es donde sucede el crecimiento.

Nuestras miradas se encuentran y empiezo a contar los segundos mentalmente. Uno, dos, tres… Sus ojos son amables, no hay juicio en ellos, solo curiosidad. Diez, once, doce… Empiezo a sentir algo extraño en mi pecho. Como presión. Veinte, veintiuno, veintidós… Sus ojos se humedecen ligeramente. ¿Está llorando? ¿Por qué está llorando? Treinta, treinta y uno… La presión en mi pecho aumenta. Tengo ganas de mirar para otro lado, de romper este contacto que se siente demasiado íntimo.

«Cuando se sientan incómodas, quédense».

Me quedo.

De repente me doy cuenta de que he perdido la cuenta. No sé cuánto tiempo ha pasado. Un minuto, dos, una eternidad. Y en los ojos de esta desconocida veo algo que me desarma completamente: compasión. No lástima, sino compasión. Como si pudiera ver todo el peso que cargo, todos los años de pretender que estoy bien, toda la soledad que he negado.

Siento lágrimas rodando por mis mejillas antes de darme cuenta de que estoy llorando. No he llorado en público en años. Décadas, quizás. Pero aquí estoy, mis lágrimas cayendo por mi rostro frente a todas estas mujeres, mirando a los ojos de una mujer cuyo nombre ni siquiera sé.

—Y respiren —dice la voz de Frida, sacándome del trance—. Agradezcan a su compañera con una reverencia.

Inclino mi cabeza hacia la mujer de ojos azules. Ella hace lo mismo.

—¿Cómo se sienten? —pregunta Frida.

—Vulnerable —responde alguien.

—Vista —dice otra.

—Aterrada —admite una tercera.

—Todo eso es válido —dice Frida—. Ser vista de verdad, sin máscaras, sin defensas, es uno de los actos más valientes que podemos hacer. Y eso es lo que acaba de pasar.

Me limpio las lágrimas discretamente, esperando que nadie lo note, pero Andrea me aprieta la mano, un gesto que me reconforta.

—Para cerrar esta noche —indica Frida—, vamos a repetir una frase. Es un mantra simple: «Soy suficiente tal como soy».

Empieza a decirlo, Frida, con voz suave. Las otras mujeres se unen. Yo no digo nada. Solo escucho, dejando que las voces me envuelvan.

«Soy suficiente tal como soy».

¿Cuándo fue la última vez que me sentí suficiente? ¿Alguna vez me he sentido suficiente?

Siguen repitiendo esa frase, creciendo en volumen y poder. Las voces se entrelazan, creando una armonía que no parecía posible. La voz de Frida es el hilo conductor, sosteniéndolas a todas.

Y entonces, casi sin darme cuenta, mi voz se une. Débil al principio, luego más fuerte.

«Soy suficiente tal como soy».

Mentira, grita mi mente. No lo eres. Nunca lo has sido. Por eso trabajas tanto, te esfuerzas tanto, te exiges tanto. Pero sigo diciendo la frase de todas formas.

El mantra termina y el silencio que sigue es profundo. Puedo escuchar el océano a lo lejos, las cigarras cantando en la noche, mi propia respiración.

—Gracias por su presencia esta noche —dice Frida—. Mañana empezamos temprano. Meditación a las seis, desayuno a las siete y nuestra primera sesión a las ocho. Descansen bien.

Las mujeres empiezan a levantarse, algunas abrazándose, otras saliendo en silencio. Yo me quedo sentada, con las piernas sin fuerzas para sostenerme. Veo cómo la mujer de ojos azules se acerca.

—Soy Patricia —se presenta con un acento que suena a francés —. Gracias por verme.

—Olga —respondo—. Yo… gracias también.

—La primera noche siempre es la más difícil —dice—. Pero lo hiciste bien, estuviste presente.

Asiento, porque no confío en mi voz.

Se aleja y yo finalmente me pongo de pie. Las piernas me tiemblan ligeramente.

Frida está hablando con un pequeño grupo de mujeres. Hay algo en la manera en que la escuchan, en cómo se inclinan hacia ella, que me hace pensar que es mucho más que una simple terapeuta. Pero cuando me mira y me sonríe brevemente, no hay ninguna autoridad en ese gesto. Solo calidez.

Salgo y siento el aire fresco de la noche. El camino de regreso a mi bungaló está iluminado por pequeñas luces solares entre las plantas. Puedo escuchar conversaciones suaves, risas y el sonido del mar.

Camino lentamente, procesando todo lo que acaba de pasar. El círculo, las intenciones, el ejercicio de miradas. Todo se siente surrealista, como si hubiera entrado en una realidad alternativa donde las mujeres se sientan en círculo y dicen que son suficientes. Después está Frida. Hay algo en ella que no logro identificar. Una especie de sabiduría tranquila, una presencia que no necesita anunciarse. No se presentó como alguien con un cargo importante, no mencionó ningún título, no reclamó autoridad. Y, sin embargo, todas en ese círculo la seguían como si fuera la persona más importante del lugar.

Llego a mi bungaló y abro la puerta. Todo está exactamente como lo dejé, no podría ser de otra forma. Me pongo el pijama, me lavo la cara y los dientes y me meto en la cama. Debería revisar mi teléfono. Debería intentar conectarme al wifi y revisar mis emails y

WhatsApp. Debería hacer algo productivo y, en lugar de eso, me quedo mirando el techo, escuchando las olas.

Pienso en los ojos azules de Patricia, en cómo me vio, realmente me vio, en esos tres minutos interminables. En la mujer del muelle y sus palabras que no puedo sacar de mi mente. En Javier y su carta, en su insistencia de que necesito esto. En Frida y su presencia magnética, en la manera en que guio el círculo. En mi vida en Madrid: mi apartamento vacío, mi oficina llena de expedientes, mi rutina predecible y ordenada. Y pienso en la pregunta de Jennifer: ¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo realmente bueno?

La respuesta es deprimente. No solo no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve sexo realmente bueno. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve sexo. ¿Dos años? ¿Tres? ¿Más? En algún momento dejó de importarme. Dejó de ser una prioridad. Dejó de ser siquiera un pensamiento.

Mi vida se volvió trabajo, familia, obligaciones. Mi cuerpo se volvió una herramienta para cumplir esas funciones, no una fuente de placer o alegría.

«Una parte fundamental de tu humanidad está dormida».

Me doy vuelta en la cama, tratando de encontrar una posición cómoda. El mosquitero se balancea con la brisa que entra por la ventana que he dejado abierta.

Mañana a las seis es la meditación al amanecer. Luego el desayuno. Luego… consulto mentalmente el itinerario que memoricé sin querer.

«Día 1: Taller – Soltar el control».

Genial. Justo lo que una abogada controladora necesita en su primer día completo de retiro forzado.

Cierro los ojos y trato de dormir, pero mi mente no deja de dar vueltas. Imágenes de cuando estuve hablando con las chicas en el restaurante, del círculo, fragmentos de conversaciones, la sensación de los ojos de Patricia sobre mí. La voz de Frida. Y debajo de todo eso que no quiero enfrentar, pero que se niega a ser ignorada, hay miles de preguntas:

¿Y si Javier tiene razón? ¿Y si realmente necesito esto? ¿Y si he estado tan ocupada sobreviviendo que olvidé cómo vivir?

El sonido de las olas se empieza a escuchar cada vez más lejano, el sueño comienza a llevarme, el cansancio hace acto de presencia, y mi último pensamiento es:

«Mi última noche como la Olga que llegó. Mañana comienza el proceso de convertirme en la Olga que quiero ser. Sea quien sea esa persona».

CAPÍTULO 9

Olga

Me despierta un golpe en seco, como si alguien golpeara algo. Abro los ojos en la oscuridad, desorientada. Por un segundo no sé dónde estoy. Las sábanas son diferentes, el aire huele distinto y hay demasiado silencio.

Luego recuerdo que estoy en México, en el resort que me reservó mi hermano con la complicidad de Emi, y que me quedan quince días.

El ruido vuelve a escucharse, es como si golpearan un gong; su vibración resuena por la habitación y me doy cuenta de que debe de haber algún altavoz que hace que su sonido se amplifique. Cojo mi teléfono de la mesilla y miro la hora: 5:45 a.m.

Meditación a las seis, recuerdo.

Gruño enfadada y me tapo la cara con la almohada. En Madrid estaría durmiendo todavía. Mi alarma sonaría a las seis, y aun así me despierto cansada todos los días. Pero aquí, por alguna razón que desconozco, mi cuerpo se siente en alerta. Sin embargo, noto que he descansado más de lo que hago en mi ciudad, es extraña esta sensación.

Me obligo a salir de la cama. El aire de la mañana es casi frío. Me pongo unas mallas y una sudadera, me lavo la cara y camino hacia el salón principal siguiendo a otras figuras somnolientas en el camino.

El salón está en penumbra, iluminado solo por velas. Ya hay varias mujeres sentadas en sus cojines, algunas con los ojos cerrados, otras mirando hacia el océano a través de las puertas abiertas. Frida está sentada en el mismo lugar que anoche, con las piernas cruzadas, la espalda perfectamente recta, las manos descansando sobre sus rodillas. Sus ojos están cerrados, y hay una calma en ella que hace que todo el espacio se sienta tranquilo.

Encuentro un cojín y me siento, tratando de imitar su postura. Mi espalda protesta inmediatamente. ¿Cuánto tiempo se supone que debo mantenerme así? Más mujeres van llegando hasta que somos una veintena. No todas las del retiro. Anoche había más. Algunas aparentemente eligieron dormir en lugar de meditar al amanecer.

Inteligentes.

Exactamente a las seis en punto, Frida abre los ojos.

—Buenos días —dice con esa voz que te envuelve, calma, tranquila, relajada—. Gracias por elegir estar presentes esta mañana. Vamos a recibir el nuevo día juntas.

No hay explicaciones elaboradas, no hay instrucciones complicadas. Solo su voz guiándonos.

—Cierren los ojos si se sienten cómodas. Lleven su atención a la respiración.

Cierro los ojos. Mi mente inmediatamente empieza a hacer listas: necesito revisar mis emails, llamar a Javier para decirle que quiero matarlo, hablar con Emi para saber si hay alguna emergencia en la oficina…

—Noten los pensamientos que llegan —continúa Frida, como si pudiera leer mi mente—. No los juzguen, no los persigan.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

—La mente está acostumbrada a estar ocupada. Déjenla tener sus pensamientos, pero no le den todo su poder. Vosotras no sois vuestros pensamientos, solo observadlos.

Intento observar. Veo mi mente saltar de un pensamiento a otro: el trabajo, Javier, Emi, Madrid, mi familia, el círculo de anoche, los ojos de Patricia, la pregunta de Jennifer sobre el sexo…

—Cuando se den cuenta de que se perdieron en un pensamiento, regresen suavemente a la respiración, no hay juicios, solo vuelven a concentrarse.

Regreso a mi respiración. Uno, dos, tres respiraciones antes de que mi mente se vaya otra vez.

Esto es imposible.

—Inhalen paz, exhalen resistencia.

¿Qué resistencia? No estoy resistiendo nada, solo estoy… Bueno, está bien, tal vez sí estoy resistiendo.

—Ahora lleven su atención a su corazón, sientan su latido. Ese órgano increíble que trabaja sin descanso para mantenerlas vivas.

¿Trabaja? Yo sí que debería estar trabajando y no aquí sentada poniendo una mano en mi pecho para sentir el latido de mi corazón,

pero lo hago. Late con fuerza, rápido, ansioso, como siempre.

—Envíen gratitud a su corazón. Por cada latido, por cada momento que les ha dado.

Nunca he pensado en agradecerle a mi corazón. Suena ridículo. Pero… ¿Por qué no? Ha estado latiendo durante cuarenta y cinco años sin que yo le preste atención.

—Gracias —susurro mentalmente, sintiéndome tonta.

—Y ahora, lentamente, empiecen a despertar. Muevan los dedos de las manos y los pies. Hagan cualquier movimiento que su cuerpo necesite.

Abro los ojos. Me doy cuenta de que el sol comenzará a asomarse por el océano.

—Vamos a la playa —pide Frida, poniéndose de pie.

Todas nos levantamos y caminamos hacia la playa. La arena está fría bajo mis pies descalzos. Nos ponemos en línea frente al mar, viendo cómo el sol sale poco a poco desde el agua. Es simplemente maravilloso. No hay otra palabra. ¿Por qué nunca me paré a ver un amanecer? La respuesta llega de inmediato: porque no tenía tiempo para eso. No hay tiempo en Aranda & Asociados, no hay tiempo en una vida que está construida por trabajo y más trabajo.

—Un nuevo día comienza, con nuevas posibilidades —dice Frida a mi lado.

El sol sigue subiendo. Veo a algunas mujeres sonriendo. Andrea, a mi lado, me coge la mano sin decir nada. No la aparto. Nos quedamos ahí hasta que el sol está completamente visible, una presencia brillante en el cielo de la mañana.

—Gracias —dice Frida—. Desayuno en media hora.

Las mujeres empiezan a disiparse, algunas caminan por la playa, otras regresan a sus bungalós. Andrea me suelta la mano y se aleja. Yo me quedo parada, mirando al océano.

—¿Qué tal tu primera meditación? —la voz de Frida me hace girarme.

Está de pie a unos metros de mí, descalza en la arena. Puedo ver las líneas finas alrededor de sus ojos, las arrugas que comienzan a aparecer. Debe de tener casi cincuenta, calculo. Pero hay algo en su energía que la hace parecer mucho más joven.

—Bien —respondo—. Aunque no estoy segura de haberlo hecho bien.

Frida sonríe, y en ese instante quiero que no deje de hacerlo, quiero que sonría siempre, que me sonría a mí.

—No hay manera correcta o incorrecta de meditar. Solo hay que estar presente, y lo estuviste.

—Pasé la mayor parte del tiempo pensando en mi lista de pendientes —admito.

—Eso también es estar presente: con tu mente hiperactiva, con tu resistencia, con tu necesidad de control —sus ojos me miran directamente—. Todo eso es parte de quién eres ahora mismo.

—No estoy segura de que eso sea bueno —digo sin poder controlar mis palabras.

—No hay partes buenas o malas, solo partes. Todas merecen ser vistas, reconocidas, aceptadas.

Quiero discutir. Quiero decirle que algunas partes definitivamente son problemáticas y necesitan ser controladas, no aceptadas. Pero hay algo en su presencia que hace que las palabras se desvanezcan.

—El desayuno es a las siete —dice—. Luego tenemos nuestro primer taller a las ocho, «Soltar el control» —una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. Algo me dice que va a ser interesante para ti.

Y con eso se aleja, caminando por la playa. La observo. Esa sensación extraña está volviendo. Ese magnetismo, esa paz que transmite. ¿Quién es esta mujer? ¿Y por qué siento que podría ver directamente a través de todas mis defensas si se lo permitiera?

Sacudo la cabeza y camino de regreso al bungaló. Tengo quince minutos para ducharme, vestirme y prepararme para un día completo de… lo que sea que esto vaya a ser.

CAPÍTULO 10

Olga

El desayuno es en el mismo comedor de anoche, pero noto el ambiente diferente. Las mujeres hablan y ríen mientras comen fruta fresca, yogur, cereales y lo que Carmen llama «el mejor pan de masa madre que comeremos».

Me siento con Andrea, Greta y una mujer colombiana llamada Camila que llegó hace tres días. La conversación va sobre el tiempo, lo bueno que está el café, lo increíble que fue ver el amanecer. Nadie menciona el círculo de anoche, nadie pregunta cómo dormí o si estoy nerviosa por el taller. Todo es normal, y me encanta esta normalidad.

Hasta que llega Jennifer y se sienta en nuestra mesa con su plato repleto de comida.

—Primer taller —dice—. ¿Listas para soltar el control?

—Tan lista como se puede estar —responde Andrea.

—Es intenso —advierte Jennifer—. Sofía no se anda con rodeos. Te va a hacer confrontar toda tu necesidad de controlarlo todo y a todos.

—Suena aterrador —digo.

—Lo es —Jennifer me mira directamente—. Pero también es liberador. Una vez sueltas, aunque sea un poquito, sientes el espacio que creas, como si te entrara más aire para respirar.

—No estoy segura de necesitar soltar el control —miento—. Soy bastante flexible.

Camila y Greta se ríen junto con Jennifer.

—Todos decimos eso el primer día. Después, Sofía nos muestra un espejo y vemos lo rígidas que realmente somos —asegura Greta.

A las ocho menos cinco, caminamos hacia un salón diferente. Es más pequeño. Esta vez el ventanal da a la naturaleza, no se ve el mar desde aquí. Hay colchonetas. Sofía ya está sentada en una de ellas en posición de loto. Somos doce mujeres en total.

—Buenos días —saluda Sofía con una sonrisa. Hay algo depredador en su mirada, como si ella fuera el gato y nosotras, el ratón—. Bienvenidas al taller más incómodo de toda vuestra estancia aquí.

Genial.

—Vamos a hablar del control, de cómo lo usamos para sentirnos seguras, de cómo nos protege, pero también nos aprisiona, y de qué sucede cuando lo soltamos.

Se pone de pie tan rápido que, si yo lo intentara, acabaría de boca contra el piso. Esa mujer tiene una elasticidad que ya quisiera yo.

—Antes de hablar sobre el control, vamos a sentirlo. Vamos a experimentar qué se siente en el cuerpo cuando intentamos tener el control y cuando nos rendimos. De pie —ordena.

Todas nos levantamos de inmediato.

—Quiero que tensen cada músculo de su cuerpo. Puños cerrados, mandíbula apretada, hombros hacia atrás, abdomen apretado. Tensen todo como si estuvieran tratando de contener el mundo entero.

Lo hago. Mi cuerpo entero, completamente rígido, como si fuera una estatua.

—Manténganse así, verán que les cuesta respirar.

Mi respiración es superficial, atascada en mi pecho. Mis hombros empiezan a doler, mi mandíbula está tan apretada que duele.

—Esto es el control —dice Sofía caminando entre nosotras—. Así es como se siente el cuerpo: rígido, doloroso, insostenible. Y, aun así, muchas de vosotras viven así todo el tiempo.

Lo que dice es tan real. Esto se siente… familiar. Dolorosamente familiar.

—Ahora, con un gran suspiro, suéltenlo todo. Dejen que vuestros cuerpos se relajen completamente.

Exhalo y dejo que mi cuerpo afloje. Mis hombros caen, mis brazos cuelgan, mis puños se abren, mi mandíbula se abre. Es un alivio instantáneo y realmente abrumador.

—¿Sienten la diferencia? —pregunta Sofía.

Varias mujeres asienten.

—El control se siente como seguridad, pero es solo tensión disfrazada. Es agotador y nos va rompiendo poco a poco.

Nos hace repetir el ejercicio tres veces más. Tensión, liberación, así. Cada vez es más difícil volver a la tensión, como si mi cuerpo se negara a volver a ese estado.

—Ahora, siéntense —indica.

Nos sentamos y Sofía hace lo mismo y vuelve a colocarse en posición de loto. Es como si esa fuera la postura en la que se siente más cómoda, y yo no puedo ni siquiera subir una pierna encima de otra sin desestabilizarme.

—Vamos a compartir un poco de nosotras —comienza a decir—. ¿Qué controlan en vuestras vidas? ¿Y por qué?

Silencio.

Hasta que Greta levanta la mano.

—Controlo todo lo que como, cada caloría, cada ingrediente. He hecho eso durante treinta años.

—¿Por qué? —pregunta Sofía.

—Porque si no controlo mi comida, mi peso, entonces no sé quién soy. Mi valor siempre ha estado ligado a mi cuerpo.

—¿Cómo se siente eso?

—Agotador —admite Greta con lágrimas en los ojos—. Estoy tan cansada.

Sofía asiente, y el silencio vuelve.

—¿Alguien más? —pregunta Sofía después de unos minutos.

Una mujer joven habla sobre controlar su agenda hasta el último minuto. Otra, sobre controlar las emociones de todos a su alrededor

para evitar conflictos. Andrea admite que controla cada aspecto de las vidas de sus hijos, incluso ahora que son adultos.

Y después de eso, Sofía me mira directamente a los ojos.

—Olga, ¿qué controlas tú?

Todas me miran y siento que me hago pequeña en este lugar.

—Yo… mi trabajo, supongo. Mi tiempo, mis resultados.

—¿Eso es todo? —pregunta, y sé que quiere más, sabe que puedo controlar muchos aspectos de mi vida.

—Mis emociones —agrego—. No me permito sentir cosas que interfieran con mi productividad.

—¿Cómo qué?

—Tristeza, soledad, miedo. —las palabras salen sin poder controlarlas—. Si empiezo a sentir esas cosas, podría no poder parar. Así que las controlo, las guardo, las ignoro.

—¿Y cómo te funciona eso?

Pienso en las noches en mi apartamento vacío. En las vacaciones que nunca tengo, en el hecho de que no he llorado en años hasta anoche en el círculo.

—No muy bien —admito en voz baja.

—El control es una ilusión —dice Sofía—. Pensamos que, si podemos controlar nuestras vidas, estaremos seguras, pero la vida es incontrolable. Las personas enferman, los trabajos terminan, las relaciones cambian. Todo fluye y se transforma, y ningún control puede detener eso.

Se pone de pie otra vez.

—Ahora vamos a hacer un ejercicio de confianza. Pónganse en parejas.

Siento un nudo en el estómago. Ansiedad, conozco esa sensación.

Andrea y yo nos emparejamos. Sofía nos da instrucciones: una persona cierra los ojos, la otra la guía por el salón.

—La persona con los ojos cerrados debe rendirse completamente. Confiar, soltar el control de dónde va, cómo va. La persona que guía es responsable de su seguridad.

Andrea cierra los ojos primero. Le cojo la mano y la guío lentamente alrededor del salón. Camina tensa, vacila, cada paso es un acto de fe.

Luego es mi turno.

Cierro los ojos y le doy la mano a Andrea. La oscuridad es inmediata y desconcertante.

—Te tengo —la escucho decir—. Confía en mí.

Doy un paso, luego otro. Mi corazón late rápido. ¿Y si me tropiezo? ¿Y si choco con algo? ¿Y si…?

—Suelta el control, Olga —dice la voz de Sofía cerca de mí—. Solo camina, Andrea te tiene.

Trato de relajarme, trato de confiar, pero cada fibra de mi ser quiere abrir los ojos, tomar el control, asegurarme de que estoy bien.

—Respira —me recuerda Andrea.

Respiro, camino y me tropiezo de la tensión, pero Andrea me sostiene.

—Te tengo.

Y poco a poco, empiezo a creerle. Caminamos por lo que parecen horas, pero solo son minutos, y en algún momento, algo en mí se tranquiliza. Mis pasos se vuelven más seguros, mi respiración se calma.

Esto es lo que se siente al soltar el control. Esta vulnerabilidad aterradora y extrañamente liberadora.

—Abran los ojos —indica Sofía.

Parpadeo por la claridad. Andrea me sonríe.

—Lo hiciste bien —dice.

—No me caí —respondo sorprendida.

—Porque confiaste, aunque fue difícil, lo hiciste.

Nos sentamos otra vez. Sofía nos mira con una sonrisa.

—El control nos protege, pero también nos aísla, nos impide conectar verdaderamente con otras personas, con nosotras mismas, con la vida. Cuando soltamos, aunque sea un poco, creamos espacio para algo nuevo. Algo que no podemos planear o predecir.

Hace una pausa.

—Vuestra tarea para hoy es notar dónde están controlando. No juzgarlo, solo notarlo y, si se sienten con fuerza, experimenten soltar, aunque sea una pequeña cosa. Vean qué sucede.

El taller termina, y cada una va por libre, porque al final este espacio es eso, libertad de decidir también. Y yo estoy decidiendo,

procesando, sintiendo mi cuerpo de una manera diferente, como si acabara de descubrir que he estado cargando un peso extra que no necesito.

—¿Cómo fue? —me pregunta Jennifer, apareciendo a mi lado.

—Incómodo, revelador. No estoy segura todavía.

—Así empieza —sonríe—. El primer día es el reconocimiento, los siguientes son donde haces el trabajo real.

—Quedan catorce días —digo, más para mí misma que para ella.

—Catorce días que pueden cambiarte la vida, si los dejas.

«Si los dejo», ahí está otra vez. La elección, la invitación.

Camino de regreso a la habitación, las palabras de Sofía resonando en mi mente. «El control es una ilusión». He construido toda mi vida alrededor del control. Mi carrera, mis rutinas, mi imagen, mis emociones. Todo muy bien gestionado, planificado, controlado.

¿Y si Sofía tiene razón? ¿Y si todo eso es solo tensión disfrazada de seguridad? ¿Y si realmente lo que necesito es soltar? Las preguntas me aterran y me intrigan por saber si es verdad.

Entro en mi bungaló y veo la carpeta de Javier sobre la mesita de noche. La cojo y la abro, y comienzo a leer nuevamente.

«Necesito que entiendas algo: te he visto consumirte durante años. Te he visto convertirte en una versión de ti misma que es eficiente, exitosa y completamente muerta por dentro. Te he visto olvidar cómo reír, cómo disfrutar, cómo vivir».

Tiene razón. No sé cómo vivir si me sacan de mi espacio. Quizá esto me ha hecho darme cuenta de que necesito parar, volver a reír,

a disfrutar.

Cierro la carpeta y me siento en la terraza, mirando hacia la playa.

—Soltar el control —susurro.

La realidad es que por ahora solo puedo intentarlo. Me quedan catorce días. Necesito darme este tiempo. Será difícil, pero al menos estoy aquí, presente. Eso ya es un comienzo.

CAPÍTULO 11

Olga

Ahora tengo un tiempo libre antes de almorzar. Observo como algunas mujeres que van a la playa, otras que leen, y yo, que se supone que debo hacer algo. ¿No hacer nada?

Voy a mi habitación con la intención de coger mi móvil y mirar la contraseña del wifi para poder ver mis emails, revisar los *WhatsApp. Necesito* control, eso que he intentado soltar en la clase de Sofía.

Cojo el móvil que dejé en la mesilla y, cuando voy a conectarme, lo dejo en la mesilla de nuevo. Sé que solo tengo que meterme en ajustes, buscar el wifi y mirar en la documentación que me entregaron la contraseña. Es simple, fácil, pero aquí estoy, debatiéndome sobre si hacerlo o no.

«Tu tarea es notar dónde estás controlando».

Esto... Esto es controlar. Esta necesidad compulsiva de revisar, de estar al tanto, de asegurarme de que nada se está cayendo a pedazos sin mí. Como si el mundo no pudiera funcionar sin mi supervisión constante. Es ridículo cuando lo pienso así. Soy buena en mi trabajo, sí. Pero no soy indispensable, nadie lo es.

Me alejo de la mesilla para no tener la tentación de volver a coger el móvil. Salgo a la terraza y miro el mar. Mi corazón late

rápido. Mi mente me grita que esto es una mala idea, pero mi cuerpo se siente más ligero. Soltar el control, aunque sea una pequeña cosa.

Camino hasta llegar a la playa, mis pies al entrar en contacto con el agua se sienten como un relajante. Miro el horizonte y ahí está mi cabeza de nuevo, juzgándome. ¿Habrá respondido García a la propuesta del proyecto nuevo? ¿Habrá algún problema con los Arteta? ¿Estará Emi controlando todo con mi familia?

«Solo notarlo, no juzgarlo».

Noto cómo mi mente no puede quedarse quieta. Noto que cada pensamiento es sobre el trabajo, sobre problemas, sobre cosas que necesitan ser resueltas. Noto que incluso aquí, en este paraíso, mirando al mar bajo un sol que calienta mi cuerpo, no puedo simplemente estar. No sé cómo.

La hora del almuerzo llega y camino hasta el salón. No quiero hablar con nadie, no quiero nada, solo que el día se termine, que mi mente deje de batallar y se silencie, pero no sé cómo se hace eso.

Me siento en una mesa sola y recuerdo cómo tuve que confiar en Andrea, cómo por primera vez me dejé guiar por alguien.

—¿Puedo sentarme? —la voz de Frida me sobresalta.

Levanto la vista y ahí está ella, con un plato en la mano y esa presencia que hace que el espacio a su alrededor parezca más tranquilo.

—Claro —respondo, aunque mi corazón empieza a latir con fuerza.

—¿Cómo fue el taller? —pregunta mientras corta un trozo de pescado.

—Difícil —admito—. Más difícil de lo que esperaba.

—Sofía tiene ese efecto. No se anda con rodeos —dice sonriendo —. ¿Algo específico que te haya resonado?

Dudo de si contarle. Esa mujer es prácticamente una desconocida, pero hay algo en su mirada que me hace querer hablar, querer compartir.

—Lo del control —digo—. Me di cuenta de que he estado controlando cada aspecto de mi vida durante tanto tiempo que ni siquiera sé cómo sería soltarlo.

—¿Y eso te asusta?

—Me aterra —afirmo.

Frida asiente, como si mi respuesta fuera completamente razonable.

—El control nos da la ilusión de seguridad. Sobre todo para las mujeres que hemos tenido que luchar por un espacio profesional. El control se convierte en nuestra armadura.

—¿Tú también eras así? —pregunto. Quiero saber más de Frida, extrañamente quiero saber todo sobre ella.

—Sí —responde con una risa que me hace sonreír—. Antes de estar aquí, era médica. Cirujana cardiovascular, para ser exacta.

Me quedo mirándola, procesando la información. Esta mujer que guía meditaciones y habla sobre soltar y fluir, que parece la encarnación de la paz, ¿era cirujana?

—Sé lo que estás pensando —dice, y sus ojos brillan de diversión —. No encaja, ¿verdad?

—No es eso, es solo que… es sorprendente.

—Pasé diez años en quirófanos. Controlando cada variable, cada incisión, cada decisión. La vida de las personas dependía literalmente de mi capacidad de controlarlas. Y era buena en eso, excelente, incluso —hace una pausa para beber agua—. Pero me estaba matando.

Sus palabras me resultan tan familiares que duelen.

—¿Qué pasó? —pregunto.

—Colapsé. No tan dramático como suena, pero sí fue definitivo. Estaba en medio de una cirugía de doce horas y de repente mis manos empezaron a temblar. Tuvieron que sacarme del quirófano —baja la mirada al recordarlo—. Fue la primera vez que mi cuerpo me dijo «no» de una manera que no pude ignorar.

—Eso debió de ser devastador —digo, pensando en cómo me sentiría yo si tuviera que dejar el bufete.

—Lo fue —admite—. Mi vida entera estaba construida alrededor de ser cirujana, de ser la mejor. Cuando eso se derrumbó, no sabía quién era.

—¿Y cómo llegaste aquí? —pregunto con curiosidad.

—Tuve una amiga que me arrastró a un retiro en la India. Fui resistiéndome todo el camino, convencida de que era una pérdida de tiempo. Pero algo pasó ahí, algo se abrió —sus ojos me miran directamente—. Descubrí que había una manera diferente de existir, una manera que no requería que me rompiera para tener valor.

—Y creaste esto —digo, porque necesito confirmar que ella es la propietaria, es pura curiosidad por la mujer que tengo delante.

—Algo así. Primero tuve que deshacer décadas de lo que era lo correcto y lo que no. Tuve que aprender a escuchar mi cuerpo en lugar de dominarlo. Tuve que aprender que el control no es lo mismo que el poder.

Hay algo en su historia que hace que me sienta menos sola, menos fracasada por haber tenido ese ataque de ansiedad en la sala de reuniones.

—¿Extrañas la cirugía? —pregunto.

—A veces —responde—. Extraño la sensación de saber exactamente qué hacer en cada momento, pero no extraño a la persona que tenía que ser para hacer ese trabajo. Esa mujer estaba agotada, aislada, completamente desconectada de sí misma.

—Y ahora, ¿cómo te sientes?

—Ahora estoy completa de una manera que nunca estuve en el quirófano —afirma sonriendo—. Ayudo a sanar de una manera diferente, y me permito ser humana, imperfecta, vulnerable.

Terminamos de comer en silencio. No siento la necesidad de llenar el espacio con palabras, y ella tampoco parece necesitarlo.

—¿Tienes planes esta tarde? —pregunta mientras recoge su plato.

—El itinerario dice que ahora es el taller de escritura creativa con Carmen.

—Opcional —aclara—. Todo aquí es opcional, Olga. Puedes ir al taller, puedes leer en la playa, puedes quedarte en tu habitación. La

idea es que escuches qué necesitas.

—No estoy segura de saber hacer eso —admito.

—Entonces ese es tu trabajo —dice poniéndose de pie—. Aprender a escucharte a ti misma otra vez. Empieza preguntándote: ¿qué necesito ahora mismo? Y confía en la respuesta que venga.

—¿Y si la respuesta es volver a Madrid?

Frida me observa como nadie jamás lo ha hecho, como si lo que yo dijera es importante, como si realmente me viera.

—Entonces te vas a Madrid, pero asegúrate de que seas tú la que está respondiendo, no tu miedo.

Y con eso se va, dejándome sola con mis pensamientos y una pregunta que no puedo ignorar: ¿cuántas de mis decisiones han sido mías y cuántas han sido tomadas por el miedo?

Me quedo sentada en la mesa mucho después de que termino de almorzar, mirando a mi alrededor. ¿Qué necesito ahora mismo? La respuesta me resulta difícil. Estoy acostumbrada a preguntar qué debo hacer, qué se espera de mí, qué es lo más productivo.

Me vienen a la mente los ojos de Frida, sus labios, su manera de moverse. Y en este instante la quiero a ella, saber qué saben sus labios, cómo sería tocar su cuerpo. Sacudo la cabeza quitando esos pensamientos, no he venido aquí para eso.

CAPÍTULO 12

Frida

Camino hacia el salón donde Carmen imparte el taller de Escritura Creativa. No suelo asistir a estos talleres. Prefiero mantener cierta distancia profesional, dejar que las chicas tengan su espacio sin mi presencia constante. Pero hay algo que me empuja a ir, y no puedo identificarlo. O tal vez sea por Olga. Lleva dos días aquí y hay algo en ella que no puedo dejar de mirar. El magnetismo que tiene esa mujer me atrapa de una forma que prefiero no analizar.

Me acerco y puedo escuchar la voz de Carmen desde fuera.

—Escriban sobre el secreto que nunca han contado. El que cargan en silencio, el que pesa, pero que mantienen guardado porque temen que las juzguen.

Me detengo en la puerta sin entrar. Puedo ver a las mujeres inclinadas sobre sus cuadernos, escribiendo.

Cuando voy a entrar, escucho a Carmen decir:

—¿Alguien quiere compartir?

Silencio.

Luego, una voz que reconozco inmediatamente.

—Yo —dice Olga.

Me quedo helada en la entrada, con la mano en el marco de la puerta. Algo me dice que no debo entrar, que esto es privado, pero mis pies se niegan a moverse.

—Tuve un aborto espontáneo hace quince años —la voz de Olga es tranquila, pero puedo escuchar el temblor—. Tenía treinta años, estaba en una relación de cuatro años con un hombre que quería casarse, tener hijos, toda la vida tradicional.

Puedo ver cómo muchas alzan la mirada hacia Olga. El silencio es absoluto.

—Cuando descubrí que estaba embarazada, entré en pánico. No quería un bebé. No quería casarme, pero tampoco sabía cómo decir eso sin decepcionar a todos: a él, a mi familia, a las expectativas de lo que debería querer una mujer de mi edad.

Mi corazón late más rápido de lo normal. Conozco esa sensación, ese peso de las expectativas que no elegiste, pero que cargas de todos modos.

—Así que no dije nada. Fingí estar feliz. Empezamos a planear la boda. Él hablaba sobre nombres para el bebé, sobre convertir el despacho de su casa en una habitación infantil. Y yo… yo solo me sentía atrapada.

Hace una pausa, demasiado larga para mí.

—A las diez semanas, empecé a sangrar. Fui al hospital y me dijeron que lo había perdido. Y lo primero que sentí fue… alivio —su voz se quiebra—. Un alivio tan profundo que me asustó. ¿Qué tipo de mujer siente alivio por perder un bebé?

—Una mujer honesta —escucho a Carmen.

—Después vino la culpa —continúa Olga—. Porque todos esperaban que estuviera devastada. Mi pareja estaba destrozado. Mi madre lloraba. Y yo solo me sentía en paz. Como si me hubieran dado una segunda oportunidad.

Me apoyo contra la pared; mi respiración se vuelve superficial. Es demasiado familiar, demasiado cercana.

—Rompí con él tres meses después. Le dije que necesitaba tiempo para procesar la pérdida, pero la verdad es que no podía seguir mintiendo. No podía casarme con alguien cuando lo único que sentía era obligación.

—¿Qué pasó después? —pregunta alguien.

—Me enfoqué completamente en mi carrera. Me puse el DIU sin decirle a nadie. Me prometí que nunca más dejaría que las expectativas de otros dictaran mi vida. Y durante estos quince años, he cumplido esa promesa.

—¿Y ahora? —pregunta Carmen.

—Ahora me doy cuenta de que, en el proceso de no dejarme controlar por las expectativas de otros, me dejé controlar por el miedo. Miedo de volver a estar en esa posición de vulnerabilidad en pareja, miedo de querer algo que no encaje en mi plan, miedo de sentir.

El silencio vuelve. Uno en el que incluso puedo escuchar latir mi corazón.

—Nunca se lo he contado a nadie —dice Olga—. Ni a mi hermano Javier, ni a Emi, ni a mi terapeuta de aquellas dos sesiones. Todos

piensan que fue una tragedia que me endureció. Nadie sabe que fue una liberación.

—Hasta ahora —dice Carmen—. Gracias por ser valiente y compartir esto con nosotras.

Escucho el sonido de las mujeres moviéndose, posiblemente abrazando a Olga, mientras yo sigo aquí, paralizada en la puerta, con el corazón latiendo demasiado rápido. Porque conozco esa historia. No exactamente la misma, pero sí demasiado parecida.

Me alejo en silencio antes de que alguien me vea. Camino rápido hacia mi oficina, necesito espacio, necesito respirar. Una vez dentro, cierro la puerta y me siento tras mi escritorio, me miro las manos y veo cómo tiemblan ligeramente.

Yo también tuve un aborto, cuando estaba en el pico más alto de mi carrera como cirujana. También entré en pánico. También sentí alivio cuando lo perdí; también me sentí como un monstruo por ese alivio.

La diferencia es que yo estaba sola. No había una pareja esperando casarse conmigo. No había planes de boda. Solo estaban mi carrera, mi ambición, mi certeza de que un bebé arruinaría todo lo que había construido.

Después de esa pérdida, decidí ligarme las trompas. Fue una decisión permanente que tomé sin decirle a nadie, ni siquiera a mi familia. Porque sabía que, si dejaba la puerta abierta, la presión vendría, y yo no podía permitirme esa debilidad.

Durante años, me dije que había sido la decisión correcta. Y tal vez lo fue, pero escuchar a Olga hablar sobre el miedo que la controló después… veo mi propio reflejo en esas palabras.

Dos golpes en la puerta me hacen sobresaltarme.

—¿Frida? —es la voz de Isabel—. ¿Puedo pasar?

—Sí —respondo poniéndome recta en la silla.

Isabel entra y me mira con esos ojos que ven más allá de mis propios miedos.

—¿Estuviste en el taller de Carmen? —pregunta.

—Solo pasaba —miento.

—Ajá —dice, no muy convencida—. Y casualmente pasabas cuando Olga estaba contando su historia.

—¿Cómo sabes que…?

—Carmen te vio —dice, sentándose frente a mí—. Pensó que yo debería saberlo, dado que… bueno, por tu historia.

Por supuesto, Carmen es una de las pocas personas que conocen mi pasado completo. Solo lo saben Luz, Isabel, Sofía y Carmen.

—Es solo una coincidencia —digo.

—Ya —dice—. ¿Qué hacías por esa zona? —pregunta, mirándome fijamente.

—Pasear, ya te lo he dicho. Pasaba y ya —miento, otra vez.

—Claro, paseando. ¿Por qué aceptaste que viniera alguien engañada aquí?

—Su hermano me pidió ayuda, ya te lo dije —me defiendo.

—Frida, ¿qué te pasa con ella?

—Me recuerda mucho a mí. Cuando Javier me contó, me vi reflejada en ella, era como si me estuviera contando mi vida —

admito—. Olga, soy yo antes de todo esto.

—Sí —dice Isabel—. Solo venía para saber si estabas bien, por si te había removido cosas del pasado.

—Las removió, pero estoy bien —respondo, pero otra vez vuelve la mentira.

—Vale, entonces me voy —dice, poniéndose de pie.

—Espera —le pido, e Isabel, sin que le diga nada, se vuelve a sentar—. Me atrae mucho y…

—Te aterra —completa ella.

Hay algo en Olga que me atrae de una manera que no puedo definir. No es solo saber que ella pasó por lo mismo. Es algo más.

—No puede pasar nada —aseguro—. Es una huésped. Hay límites éticos claros.

—Carmen no opina lo mismo de esos límites —comenta, y las dos nos reímos.

Hace mucho tiempo que decidimos no meternos en la vida de nuestra chef, si ella quiere ir de flor en flor y es con consentimiento, es correcto.

—¿Qué hago con esto, Isabel? —pregunto, sujetando sus manos.

—Que seas honesta contigo misma sobre lo que sientes. Que reconozcas la atracción sin actuar sobre ella. Y que consideres que tal vez Olga necesita escuchar tu historia tanto como tú necesitabas escuchar la suya.

—No voy a usar mi pasado para conectar con ella.

—No se trata de usarlo —dice Isabel—. Se trata de compartir tu humanidad. Olga está luchando con las mismas cosas con las que tú luchaste. Ver que alguien ha pasado por eso y ha salido del otro lado, eso podría ser exactamente lo que necesita.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras.

—Además —continúa Isabel—, tal vez tú necesitas esto. Llevas años ayudando a otras mujeres a sanar, pero ¿cuándo fue la última vez que te permitiste ser vulnerable? ¿Por qué compartiste tu propia historia?

—Comparto mi historia todo el tiempo —protesto.

—Compartes la versión editada —corrige—. La parte sobre dejar la cirugía, lo que te llevó a crear Luna Llena, pero no hablas sobre el aborto, sobre la ligadura de trompas, sobre las relaciones que saboteaste porque tenías miedo de ser vulnerable.

Sus palabras me duelen porque es una realidad, siempre cuento la versión editada, como lo hice hoy con Olga.

—No sé si pueda hacer eso —admito.

—No tienes que hacerlo ahora —dice Isabel—. Pero piénsalo, y mientras tanto, no te alejes de Olga. Tu instinto es aislarte cuando sientes algo, lo has hecho toda tu vida. Pero ¿qué pasaría si esta vez te permitieras sentir?

—Es una huésped —repito.

—Sí, y cuando termine su retiro, se irá a Madrid y probablemente nunca la vuelvas a ver —asegura—. Pero mientras está aquí, podrías permitirte conectar sabiendo que es solo por trece días. Habla con ella como mujer, no como la dueña del resort.

Se pone de pie para irse, pero se detiene en la puerta.

—Frida, has creado este espacio para que las mujeres se abran, sean vulnerables, se transformen, pero tú misma te has mantenido detrás de tus muros. Tal vez Olga no solo sea tu reflejo. Tal vez es tu oportunidad de practicar lo que predicas.

Después de eso se va, dejándome sola con mis pensamientos y un nudo en el pecho que no puedo deshacer.

Isabel tiene razón, lo sé. He pasado años guardando mis propias heridas mientras ayudo a otras a sanar las suyas. He creado una versión de mí misma que es sabia, centrada, sanada. Pero debajo de todo eso, sigo cargando con el peso de decisiones que nunca he procesado completamente.

El aborto que me alivió y me aterrorizó al mismo tiempo. La ligadura de trompas que aseguró que nunca tendría que enfrentar esa decisión otra vez. Las relaciones que terminé antes de que pudieran volverse demasiado serias. Todo porque tenía miedo de querer algo que no podía controlar.

Y ahora está Olga, con su propia historia de alivio y culpa, su propio miedo de querer algo fuera de su plan. Es como mirar un espejo, pero uno que muestra no solo quién fui, sino quién podría haber sido si hubiera elegido de forma diferente.

No voy a alejarme de Olga, pero tampoco voy a actuar sobre esta atracción. En cambio, voy a hacer lo que Isabel me dijo. Voy a compartir mi historia con ella, no como terapeuta o guía, sino como una mujer que entiende exactamente por lo que está pasando. Porque tal vez eso es lo que ambas necesitamos. No una conexión romántica, sino una conexión humana. Un recordatorio de que no

estamos solas en nuestras luchas, en nuestras decisiones difíciles, en nuestro miedo de querer cosas que no podemos controlar.

Salgo de mi oficina y camino hacia la playa. Necesito aire, necesito espacio para procesar todo esto.

Mientras camino por la arena, pienso en cómo voy a abordar esto. ¿Le digo directamente a Olga que escuché su historia? ¿Espero a que surja en una conversación? ¿Comparto mi propia experiencia sin mencionar la suya?

No sé cómo lo voy a hacer. Ahora no tengo que pensar en ello. Y mientras sigo caminando por la arena, las olas mojan mis pies, el rostro de Olga en el almuerzo viene a mi mente y sonrío.

Aprendí que el miedo no es porque estoy haciendo algo mal. Es la señal de que estoy haciendo algo real.

CAPÍTULO 13

Olga

La veo.

Cuando termino de hablar en el taller, cuando Carmen me abraza y las otras mujeres empiezan a acercarse, veo una sombra moverse en el pasillo. Una silueta alta y delgada que se queda paralizada durante un segundo antes de desaparecer.

Frida.

No sé cuánto escucha. No sé cuánto tiempo está ahí parada, del otro lado de la puerta entreabierta. Pero sé que es ella. Reconocería su forma de moverse en cualquier lugar, esa elegancia que parece estudiada, pero que en realidad es solo parte de quién es.

Y sé que huye.

Eso es lo que más me desconcierta. No que esté ahí escuchando —el taller se supone que es un espacio abierto, cualquiera puede entrar—, sino que se vaya en cuanto termino mi relato. Como si hubiera escuchado algo que no debería.

Después del taller, cuando al fin logro escapar de las conversaciones y los abrazos, la busco. Voy a la recepción y pregunto directamente por ella, pero me dicen que no saben dónde está. Me veo intentando encontrarla por el resort sin éxito, cada vez

que veo a alguien que se le parece, mi corazón se acelera, y se me calma cuando me doy cuenta de que no es ella.

Esto es ridículo. Soy una mujer adulta, por el amor de Dios. No debería estar persiguiendo a nadie por las instalaciones como una adolescente.

Pero aquí estoy, buscando a una mujer para hablar con ella.

A las siete y media de la noche me rindo y voy al comedor principal. Las chicas ya están ahí: Isabella, Andrea, Greta y algunas otras que reconozco de los talleres. Me hacen señas para que me una a ellas.

—¡Olga! —grita Greta, haciendo aspavientos con las manos—. Ven, tenemos chisme de una de nosotras.

Me acerco sonriendo y me siento entre Andrea y Greta. Estas mujeres me hacen sentir bien.

—¿Qué chisme? —pregunto.

—Isabella se ha enamorado del jardinero —dice Andrea riendo—. Quiere clases particulares de jardinería.

—¡No me enamoré! —protesta Isabella, aunque sus mejillas se ponen rojas—. Solo dije que tenía todo muy bonito, que me gustaba lo que hacía.

Todas nos reímos. Es un alivio este momento después del peso emocional del taller, de no encontrar a Frida.

—¿Y tú, Olga? —pregunta Greta mientras come de su ensalada—. ¿Cómo te sientes después de hoy? Fue muy valiente lo que hiciste.

Me encojo de hombros sin saber muy bien qué decir, pero ellas siguen con la mirada fija en mí.

—Me siento… expuesta —admito—. Como si hubiera dejado salir algo que había estado guardando demasiado tiempo y ahora no sé cómo volver a esconderlo.

—No tienes que esconderlo —dice Andrea—. Esa es la idea, ¿no? Dejar que salga, dejar que respire.

—Lo sé —digo—. En teoría, pero en la práctica da miedo.

—Todo lo que vale la pena lo da —dice Isabella—. Yo llevo tres retiros aquí. El primero vine solo a relajarme, a escapar de mi matrimonio infeliz. El segundo vine a divorciarme mentalmente antes de hacerlo legalmente. Este tercero… vine a aprender a estar sola sin sentirme abandonada.

—¿Y funciona? —pregunto—. ¿Aprender a estar sola sin sentirte así?

—Algunos días sí, otros no —responde con honestidad—. Pero cada vez se vuelve un poco más fácil. Y lugares como este, personas como vosotras, ayudan.

—Yo vine porque mi hijo me dijo que estaba convirtiéndome en una controladora y amargada —dice de repente Andrea—. Me envió aquí como regalo de cumpleaños. Al principio me ofendí muchísimo, pero ahora agradezco que me haya obligado a verme en el espejo.

—Yo, porque me lo recomendó mi terapeuta —comienza a decir Greta—. Dijo que necesitaba reconectar con mi feminidad, con mi cuerpo. Después de años de sentirme rota por no poder tener hijos, había olvidado que mi cuerpo era más que un sistema reproductivo fallido.

Sus palabras resuenan en mí. Todas estamos aquí porque algo en nosotras se rompió, se perdió o se olvidó. Y estamos aquí intentando encontrarnos de nuevo.

—No he visto a Frida después del taller de Carmen —dice Isabella de repente, y mi corazón da un salto—. Es raro. Normalmente, suele estar por aquí.

—Carmen me dijo que tuvo una emergencia —dice Andrea—. Algo en la ciudad.

Me concentro en la comida, tratando de no mostrar el interés que siento por Frida.

—Es una mujer fascinante, ¿verdad? —continúa Isabella—. Tan misteriosa. Todas las veces que he venido, siento que no la conozco.

—Es profesional —dice Greta—. Mantiene límites, como debe ser.

—Pero a veces los límites son solo miedos disfrazados de profesionalismo —comenta Isabella.

Antes de que pueda hablar, una voz familiar interrumpe nuestra conversación.

—Buenas noches, señoritas —dice Luz, acercándose a nuestra mesa con una sonrisa—. ¿Cómo estuvo la cena?

—Buenísima, como siempre —responde Isabella—. Aunque el postre de chocolate hoy no estaba y ese está increíblemente bueno.

—Lo tendré en cuenta y se lo diré a Carmen —promete Luz, y después me mira directamente—. Olga, me alegro mucho de que hayas decidido quedarte. Cuando llegaste, parecía que no ibas a pasar de la primera noche.

Todas las miradas se vuelven hacia mí. Siento cómo mis mejillas arden.

—Fue la sorpresa inicial, llegar pensando una cosa y encontrar otra.

—Me alegro de que le hayas dado una oportunidad a Luna Llena, y a ti misma —dice Luz.

Se despide y continúa su ronda por el comedor, deteniéndose en cada mesa para asegurarse de que todo esté bien.

—Entonces, ¿casi te vas? —pregunta Andrea cuando la directora se aleja.

—Sí —admito—. Realmente, casi no me llego a quedar la primera noche. Estaba convencida de que esto era un error.

—¿Y qué cambió? —pregunta Greta.

Pienso en lo que he hecho aquí desde mi llegada hace unos días. En el abrazo sincero de Sofía, el de Carmen hoy, en las palabras sobre quedarme y enfrentar lo que me asustaba. Pienso en ella, en Frida, en la forma en que me mira durante el desayuno, en cómo me trata, en la curiosidad que me produce esa mujer.

—Alguien me recordó que huir no resuelve nada —digo—. Y que a veces lo más valiente es quedarse.

—Amén a eso —señala Isabella, levantando su copa de agua—. Por quedarse. Por enfrentar nuestras mierdas.

Todas chocamos nuestras copas, riendo ante el brindis poco elegante, pero completamente honesto.

Después de la cena, salimos a caminar por los jardines. Isabella nos cuenta historias escandalosas de sus citas después del divorcio

que nos hacen reír hasta que nos duele el estómago. Greta habla sobre su nueva obsesión con la cerámica, y Andrea nos enseña fotos de sus nietos en su móvil.

Es todo tan normal, como si las conociera de toda la vida, y eso es exactamente lo que necesito.

Cuando pasamos por el salón donde será el círculo nocturno de mujeres, donde Frida es la guía, Isabella me mira.

—¿Vas a ir? —pregunta.

Pienso en ello. Todo aquí es opcional, es un espacio para compartir pensamientos del día, meditar juntas, crear conexión. Pero estará Frida, la veré y no sé si podré sostener su mirada o ella la mía. Necesito hablar con ella en privado.

—No esta noche —respondo—. Creo que necesito procesar todo lo de hoy en privado.

—Te entiendo —dice Andrea—. A veces el silencio es la mejor terapia.

Nos despedimos, les doy las buenas noches y camino sola de vuelta a mi cabaña. El camino está iluminado. A esta hora, la mayoría de las huéspedes están ya en el círculo o en sus habitaciones. Escucho el sonido del mar, el canto de los grillos, y siento una paz que jamás antes había experimentado.

Cuando llego a mi bungaló, me detengo en la entrada. No quiero entrar todavía, no quiero estar sola con mis pensamientos. Pero aquí estoy. Entro, me preparo un té y voy al sofá que está en el porche.

En ese instante me permito pensar en lo que he estado evitando todo el día. Frida en el taller, escuchando mi historia y huyendo. ¿Por

qué? ¿Es demasiado para ella? ¿Cruza alguna línea invisible al escuchar algo tan personal sobre una huésped? ¿O es otra cosa?

Pienso en todas nuestras conversaciones desde que llegué. La forma en que me miró esa primera noche, con una intensidad que me hizo sentir desnuda. La conversación cuando me contó por qué había dejado su trabajo.

Ella me ve. Eso es lo que me asusta y me atrae al mismo tiempo. Lo hace de una manera que nadie más lo ha hecho, ni siquiera mi familia, ni las mujeres con las que acabo de cenar. Frida me ve, y eso me aterra porque no sé qué hacer con eso. Y sospecho que ella tampoco.

Debería asustarme porque vine aquí a descubrirme, a soltar, y sin embargo estoy intrigada por una mujer. Lo raro es que no me aterra. O tal vez sí, pero es un miedo diferente al que estoy acostumbrada. No es el miedo paralizante que me ha acompañado durante años. Es algo más suave, más vulnerable.

Es el miedo de querer algo que no puedo controlar. De sentir algo que no puedo planear.

Me pregunto si mañana la veré y, si eso pasa, si tendré el valor de decirle que sé que estuvo allí, que sé que escuchó parte de mi historia y que no me molesta. Algo me dice que ella me entiende más de lo que yo me puedo imaginar, pero eso tendré que averiguarlo mañana, no ahora, no hoy.

CAPÍTULO 14

Frida

Camino hasta llegar a la playa y la veo: sentada en el césped mirando al horizonte. Me quedo a una distancia observándola. Hay algo diferente en ella, sus hombros más relajados, como si hubiera soltado un peso que llevaba cargando demasiado tiempo. O tal vez solo estoy proyectando lo que quiero ver.

—¿Vas a quedarte ahí o vas a sentarte? —dice Olga sin girarse.

Me sobresalto, no sabía que me había visto.

—Perdón, no quería interrumpir tu momento —me excuso.

—No lo haces —responde, y esta vez sí se gira para mirarme—. De hecho, estaba esperando que aparecieras.

—¿Esperándome? —pregunto mientras me acerco.

—Como no te vi en el desayuno, tampoco en el almuerzo, pregunté por ti y, digamos que me dijeron que te gusta pasar por aquí muchas veces antes de seguir con tu día —dice, y palmea el espacio a su lado en el césped—. Siéntate.

Obedezco, manteniendo una distancia prudente entre nosotras.

—Escuchaste mi historia en el taller —dice. No es una pregunta.

Siento cómo la sangre me sube hasta ruborizarme.

—Yo… No era mi intención espiar, pero cuando llegué a la puerta y comenzaste a hablar, no quise interrumpir.

—Lo sé —dice con calma—. Te vi en el pasillo, y cuando terminé, vi la forma en que huiste.

Nos quedamos en silencio. No sé qué decir, cómo explicar por qué me afectó tanto escucharla.

—Carmen también me dijo algo —continúa Olga—. Me dijo que tú tienes tu propia historia. Una parecida a la mía, y me imagino que no es la que me contaste de dejar la cirugía.

Mi mente piensa en Carmen y su bocaza, no sé si agradecerle o enfadarme por decirle eso.

—No debió decirte eso sin mi permiso —digo.

—No me dio detalles —aclara Olga—. Solo me dijo que, si alguna vez necesitaba hablar con alguien que realmente me entendiera, tú podrías. Pero que tenía que ser yo quien te lo pidiera, no que te lo impusiera alguien.

Giro la cabeza para mirarla directamente. Me encanta su mirada, sus ojos muestran una vulnerabilidad que no había visto antes. Ya no es esa dureza de no querer estar aquí, ahora es distinto, como si compartir esa parte de ella la hubiera hecho más humana.

—¿Me lo estás pidiendo? —pregunto.

—Sí —responde—. Porque desde que llegué aquí, siento que me ves de una forma que nadie más lo hace. Y no sé si es porque contigo soy muy transparente o tú muy perceptiva, o porque… —hace una pausa—. O porque has estado donde yo estoy ahora.

Respiro hondo. Isabel tiene razón. Este es el momento de ser honesta, de practicar lo que predico.

—Tuve un aborto espontáneo hace diecisiete años —empiezo, y mi voz suena extrañamente tranquila considerando que casi nunca hablo de esto—. Tenía treinta y dos años, estaba terminando mi residencia en cirugía cardíaca. Era uno de los programas más competitivos del país y yo estaba decidida a ser la mejor.

Olga no dice nada, solo me escucha.

—No tenía pareja seria. Había sido una relación casual con un colega, algo que surgió del estrés y las largas horas en el hospital. Cuando descubrí que estaba embarazada, fue como si el mundo se detuviera —continúo, las palabras fluyen más fácil de lo que me esperaba—. No podía tener un bebé, no en ese momento. Mi carrera, todo por lo que había trabajado, se desmoronaría.

—¿Qué hiciste? —pregunta.

—Consideré abortar. Incluso pedí una cita, pero seguía posponiendo la fecha. No porque quisiera el bebé, sino porque no era capaz de decidir. Y entonces, a las ocho semanas, mi cuerpo decidió por mí.

Olga estira su mano y la pone encima de la mía, apretándola. Me muerdo los labios para contener lo que siento al contacto.

—Cuando el ginecólogo me dijo que ya no había embarazo, sentí alivio —digo, y es la primera vez que utilizo esa palabra en voz alta —. Un alivio tan profundo que me asustó. Porque se supone que las mujeres tras algo así deben estar devastadas, ¿verdad? Se supone que debemos llorar la pérdida, sentirnos vacías.

—Pero tú, al igual que yo, no te sentiste así —afirma Olga.

—Me sentí liberada. Y luego me sentí como un monstruo por sentirme así —admito—. Durante semanas, fingí estar triste cuando la gente me preguntaba. Mi madre lloraba por un nieto que no iba a tener. El colega con el que había estado se ofreció a apoyarme, y yo solo quería volver al quirófano, volver a mi vida normal.

—¿Y lo hiciste?

—Sí. Una semana después estaba de vuelta en el hospital, trabajando turnos de veinticuatro horas, demostrando que nada me había afectado —digo, recordando esos días—. Pero algo había cambiado en mí. Empecé a tener ataques de pánico en el quirófano, pensando en que podía volver a quedarme embarazada, estaba obsesionada con eso. Cometí algunos errores, estaba aterrorizada, sabía que si no mantenía relaciones estaba a salvo, pero sabía que esa no era la solución definitiva.

—¿Qué pasó entonces?

—Tomé una decisión drástica —respondo—. Me hice ligar las trompas. Una decisión permanente, irreversible. Tenía treinta y dos años y ningún médico quería hacerlo, decían que era demasiado joven, que podría cambiar de opinión. Pero insistí hasta encontrar a alguien que accediera.

Olga me mira y vuelve a apretar mi mano, como para que sepa que está ahí, como si yo no lo supiera ya.

—¿Te arrepentiste?

—No del procedimiento en sí —respondo con honestidad—. Pero sí de la razón por la que lo hice. No fue una decisión libre, fue por el

miedo. Miedo de volver a estar en esa posición, miedo de querer algo que no encajara en mis planes, miedo de ser vulnerable.

—Como yo cuando me puse el DIU —dice Olga.

—Exactamente como tú —confirmo—. Y durante años me dije que había sido la decisión correcta. Terminé mi residencia, me convertí en una cirujana de éxito, pero los ataques de pánico no se fueron. Aunque supe cómo acallarlos, pero cada vez que entraba en el quirófano sentía que me ahogaba.

—Por eso dejaste la cirugía, según me contaste —dice Olga.

—Por eso dejé la cirugía, porque hubo una vez que no pude controlarlo —ratifico—. O cambiaba mi vida o me destruía a mí misma. Fue puro instinto de supervivencia.

—¿Y Luna Llena? —pregunta—. ¿Cómo llegaste de los ataques de pánico a crear este lugar?

—Terapia. Mucha terapia —digo sonriendo—. Y tiempo. Pasé dos años sin hacer nada productivo, solo existiendo, sanando. Mi familia pensaba que había tenido un colapso nervioso. Tal vez lo fue. Pero en ese tiempo empecé a entender algo.

—¿Qué?

—Que había pasado toda mi vida huyendo de la vulnerabilidad. Controlando cada aspecto de mi existencia para nunca tener que enfrentar el miedo de querer algo que no pudiera controlar. El aborto fue el catalizador, pero el problema venía de mucho más atrás.

Olga asiente, como si mis palabras le fueran familiares.

—Cuando finalmente empecé a sanar, quise crear un espacio donde otras mujeres no tuvieran que llegar al punto de quiebre al

que yo llegué —continúo—. Un lugar donde pudieran ser vulnerables sin juicio, donde pudieran tomar decisiones desde el amor y no desde el miedo. Así nació Luna Llena.

—Pero tú sigues controlando —dice Olga—. Este lugar es increíble, tu trabajo es importante, pero sigues manteniendo los muros altos. Te he visto, la dueña perfecta, la guía sabia, siempre ayudando a otras, pero ¿qué hay de ti?

Es verdad lo que dice. Isabel me lo dijo ayer.

—Tienes razón —admito—. He sanado muchas cosas, pero no todas. Sigo teniendo miedo de la vulnerabilidad, de querer cosas que no puedo controlar.

—¿Cómo qué? —pregunta, y hay algo en su tono que hace que mi corazón lata más rápido.

Aquí está el momento de ser completamente honesta.

—Como tú —digo, sin poder controlar mis palabras—. Me atraes, Olga. De una manera que no puedo ni quiero identificar. Y eso me aterroriza porque eres una huésped, porque hay límites éticos, porque no sé qué hacer con este sentimiento.

El silencio que sigue me está matando. Espero que Olga se levante, que se aleje, que ponga distancia entre nosotras. Pero no lo hace.

—Yo también —susurra tan bajo que casi no lo escucho—. También me atraes, también me aterra.

Nos miramos, su mano ya no está encima de la mía. Hay algo eléctrico entre nosotras, algo que ninguna de las dos sabe cómo manejar.

—No puede pasar nada —digo, más para mí misma que para ella —. Sería inapropiado, poco ético.

—Lo sé —dice Olga—. Pero agradezco que seas honesta, que no finjas que esto no está pasando.

—No soy buena fingiendo —admito—. A pesar de todos mis años de práctica.

Olga se ríe, y eso hace que se rompa la tensión.

—¿Sabes qué es lo más extraño de todo esto? —dice—. Que vine esperando encontrar paz, claridad, respuestas. Y en cambio te encontré a ti, y ahora estoy más confundida que nunca.

—Lo siento —digo.

—No lo sientas —responde—. Es una confusión buena, del tipo que te hace creer que no estás muerta, que hay algo más que el trabajo.

Nos quedamos sentadas mirando el mar. Sin decir nada, solas con nuestras propias batallas para no hacer que esto que nos pasa se vuelva físico.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Olga rompiendo el silencio.

—No lo sé —admito—. Pero creo que podemos empezar por ser honestas la una con la otra. Sin expectativas, sin planes.

—Puedo hacer eso —afirma Olga.

—Yo también —digo, aunque no estoy completamente segura.

Se pone de pie y por un momento pienso que se va a ir. Pero en lugar de eso, extiende su mano hacia mí.

—Camina conmigo —dice—. Enséñame tu lugar favorito de Luna Llena.

Sujeto su mano y me levanto. El contacto me da una descarga eléctrica, pero ninguna de las dos se suelta.

—¿No quieres ir a cenar? —pregunto.

—No tengo hambre de comida —dice, y mi corazón se acelera—. Tengo hambre de hablar, de saber de ti.

Empezamos a caminar por la playa, nuestras manos se separan poco a poco. La llevo hacia una pequeña cala escondida.

—Este es mi lugar favorito —digo cuando llegamos—. Vengo aquí cuando necesito saber porque hago lo que hago.

Olga observa todo a su alrededor.

—Es precioso —dice—. Pero también solitario.

—Sí —admito—. Supongo que eso resume mi vida bastante bien. Bonita, pero solitaria.

—¿Por elección? —pregunta.

—Por miedo —corrijo—. Pero estoy tratando de cambiar eso.

Olga se gira para mirarme a los ojos directamente.

—Yo también —asegura—. Por eso estoy aquí. Por eso compartí mi historia en el taller. Por eso estoy teniendo esta conversación contigo en lugar de huir.

—Somos muy parecidas —digo suspirando—. Dos mujeres exitosas, independientes, aterradas de la vulnerabilidad.

—Dos mujeres valientes —corrige Olga—. Porque estar aquí, hacer esto, admitir lo que sentimos, es más valentía que cualquier

otra cosa que hayamos logrado en nuestras carreras.

Tiene razón. Es más aterrador estar aquí, en este lugar solitario, siendo honesta sobre mis sentimientos, que cualquier cirugía que haya realizado.

—Frida —dice Olga, y la forma de decir mi nombre hace que algo se derrita dentro de mí—. Gracias por compartir tu historia. Por confiar en mí.

—Gracias a ti por escucharme y no huir.

—Todavía podría hacerlo —dice sonriendo—. Quedan doce días de mi retiro.

—Podrías —concuerdo—. Pero espero que no lo hagas.

—No lo haré —promete—. Porque por primera vez, siento que alguien me ve realmente. No a la abogada exitosa, no a la hija perfecta, no a la mujer que tiene todo controlado. Sino a mí. Con todos mis miedos y contradicciones.

—No me asusta lo que veo —respondo.

Eso es mentira. Me asusta muchísimo no saber cómo controlar todo lo que siento por ella, pero también me emociona de una manera que hacía años que no sentía.

Nos quedamos allí hasta que el frío de la noche nos obliga a volver. Caminamos lentamente, sin prisa, disfrutando del silencio cómodo que se ha instalado entre nosotras.

Cuando llegamos a su cabaña, Olga se detiene.

—Buenas noches, Frida —dice.

—Buenas noches, Olga —respondo.

Hay un momento en el que nos quedamos paradas, sin saber qué hacer. ¿Un abrazo? ¿Un beso en la mejilla? ¿Nada?

Olga pasa su mano por el lateral de mi brazo, recorriéndolo hasta tocar mis dedos.

—Es mejor despedirnos así, no sé si…

—Yo tampoco lo sé —la corto.

Porque la realidad es que, si beso a Olga, no voy a poder controlarme. Ella sonríe.

—Gracias por todo, por ser sincera, por hacerme sentir que no estoy sola.

—No estás sola —le aseguro.

Y cuando camino hacia a mi propia casa esa noche, me doy cuenta de que yo tampoco lo estoy. Y eso me da mucho miedo y me emociona a partes iguales.

CAPÍTULO 15

Olga

Me despierto antes del gong de la mañana. Anoche, después de caminar con Frida por la playa y despedirnos con ese roce en mi brazo que me dejó la piel erizada, tardé en dormirme. No por ansiedad, sino por algo completamente diferente. Una especie de ansia por despertarme pronto que no sé nombrar.

Pienso en ella. En la forma en que me miró cuando me confesó que se sentía atraída por mí y yo le dije que me pasaba lo mismo. Mi cuerpo está despierto de una manera que no he sentido antes. No es solo atracción física, es algo que no sé cómo llamar.

El gong suena y me levanto. Hoy es día de taller «Despertar Corporal – Reconexión con la Sensualidad» con Sofía. Cuando vi el nombre en el itinerario hace días, me dije que no iría. Sonaba a algo que me aterraba. «Ya conozco mi cuerpo», me dije, pero la realidad es que me he dado cuenta de que no.

Pero ahora, después de todo lo que he experimentado aquí, después de anoche con Frida, siento curiosidad. Tal vez incluso necesito esto.

Me pongo unas mallas y una camiseta cómoda, me recojo el pelo en una coleta y salgo. Camino hacia el salón donde será el taller y veo a otras mujeres dirigiéndose en la misma dirección.

Andrea me alcanza y caminamos juntas.

—¿Lista para el taller de hoy? —me pregunta con una sonrisa.

—Honestamente, no sé para qué tengo que estar lista —admito.

—Sofía es intensa —dice Andrea—. Dicen que nos va a hacer sentir cosas que probablemente hemos estado evitando.

—Últimamente parece que todo aquí me hace sentir cosas que he estado evitando —murmuro.

Andrea me mira de reojo, pero no pregunta. Hay una regla en Luna Llena: cada mujer comparte lo que quiere, cuando quiere. Nadie presiona.

Llegamos al salón y es diferente de como lo había visto. Las colchonetas están mucho más separadas. Hay unas velas encendidas y Sofía está en el centro, sentada en la posición de loto, con los ojos cerrados.

Somos doce mujeres en total. Reconozco a la mayoría: Greta, Isabelle, Patricia —la francesa de ojos azules—, Camila, Jennifer y alguna más de la que no recuerdo su nombre.

Cuando ya estamos todas sentadas, como si algo le avisara de que ya no falta nadie. Sofía abre los ojos.

—Buenos días —dice con esa sonrisa particular que tiene—. Hoy vamos a hacer un trabajo que tal vez sea el más difícil que hagan aquí. Vamos a reconectar con nuestros cuerpos.

Hace una pausa mientras su mirada recorre a cada una de nosotras.

—Empezamos con la respiración. Cierren los ojos.

Obedezco. La oscuridad es inmediata y desconcertante.

—Lleven su atención a su respiración. Noten cómo el aire entra, llena sus pulmones y sale llevándose la tensión.

Respiro. Uno, dos. Mi mente quiere dispersarse, hacer listas, pensar en Frida, en Madrid, en todo menos en mi respiración, pero la voz de Sofía me ancla.

—Ahora llevamos la mano al pecho para sentir nuestro corazón.

Hago lo que indica y noto cómo late con fuerza, rápido, como siempre.

—Ahora muevan esa mano lentamente por su cuerpo. Su cuello, sus hombros, sus brazos. Noten la textura de su piel, las sensaciones que les produce.

Muevo mi mano por mi cuello, mi piel está caliente. Sigo por mi hombro y me doy cuenta de que está tenso, como siempre. Bajo por mi brazo y noto que casi nunca me toco de esta manera. Con atención, con curiosidad.

Y entonces, sin quererlo, mi mente piensa en alguien: Frida tocándome así. Sus manos en mi cuello, en mis hombros, explorando mi piel con curiosidad. El calor que me recorre es inmediato.

—Este es su cuerpo —continúa Sofía—. El único que tendrán. El vehículo de toda su experiencia. Hoy vamos a honrarlo, a escuchar lo que tiene que decirnos.

Yo ya no puedo concentrarme en las palabras de Sofía. Porque mi cuerpo está hablando, y lo que dice es claro. Imagino las manos de Frida bajando por mi brazo, entrelazándose con mis dedos. Imagino

su boca en mi cuello, su respiración contra mi piel, y mi cuerpo reacciona de una forma que me aterra y me excita al mismo tiempo. Siento el calor entre mis piernas. Un latido, una necesidad que no había experimentado en años. Tal vez jamás de esta manera, tan intensa, tan urgente.

—Ahora pónganse de pie —dice Sofía—. Vamos a hacer movimientos libres.

Me pongo de pie, mareada. Mi cuerpo tiembla de una forma que no puedo controlar.

Sofía pone música.

—Muevan su cuerpo de la forma que quieran. Sin juicio, sin forma correcta. Solo sientan el ritmo.

Las mujeres empiezan a moverse a mi alrededor. Greta balancea las caderas, Jennifer mueve los brazos. Pero yo me quedo casi paralizada, porque todo lo que puedo pensar es en Frida.

En cómo sería estar en su cama, bajo sus manos. En cómo se sentiría su peso sobre mí, su cuerpo contra el mío. En cómo sonaría mi nombre en sus labios cuando… Me llevo una mano al pecho, jadeando. Esto es demasiado, no puedo controlar lo que mi cuerpo está sintiendo con lo que imagina. Siento mis pezones endurecerse contra mi camiseta, siento la humedad entre mis piernas, siento cómo todo mi cuerpo está sensible.

Nunca he deseado a nadie así. Ni siquiera a Mario en los primeros días, cuando todavía había algo parecido a la pasión entre nosotros. Esto es diferente, es hambre, es necesidad, es mi cuerpo pidiendo algo que lleva años sin tener. Empiezo a moverme para poder liberar algo de la tensión. Muevo mis caderas, arqueo mi espalda y con

cada movimiento imagino que ella está ahí, mirándome, tocándome. La imagen es tan real que casi puedo sentirla. Frida detrás de mí, sus manos en mis caderas, su boca en mi cuello. Yo girándome hacia ella, nuestros cuerpos presionándose, mi mano enredándose en su pelo mientras la atraigo para besarla.

Un gemido se escapa de mis labios antes de que pueda detenerlo. Me detengo, abriendo los ojos, asustada de que alguien me haya escuchado, pero todas las mujeres están absortas en sus propios movimientos, en sus propias experiencias. Nadie me está mirando. Excepto Sofía, que me observa desde el centro del círculo con una pequeña sonrisa, como si supiera exactamente lo que está pasando en mi mente, en mi cuerpo. El calor sube hasta mis mejillas al sentirme descubierta y aparto la mirada.

—Están recordando que sus cuerpos no son solo una herramienta. Son una fuente de placer, de alegría, de vida.

La palabra «placer» hace que mi mente vuelva a Frida. A imaginar su boca explorando mi cuerpo. Sus manos descubriendo dónde me gusta que me toquen. Su voz susurrando mi nombre mientras… Tengo que detener esto. Estoy desbordada por mi propio deseo.

Sofía nos pide a que nos acostemos en nuestras colchonetas, que nos relajemos y que pongamos nuestras manos en la barriga.

Llevo mis manos, Sofía sigue hablando, pero yo no puedo concentrarme en lo que dice. Mi cuerpo se ha rebelado, y yo no tengo el control. Mi mente vuelve a Frida. ¿Cómo me tocaría ella? ¿Con cariño? ¿Con pasión? ¿Ambas? Imagino sus manos donde están las mías ahora, pero moviéndose más abajo. Imagino sus

dedos explorando, descubriendo, haciendo que mi cuerpo se arquee de placer. Aprieto mucho los ojos, intentando borrar esas imágenes de mi cabeza.

Esto es lo que Sofía quería despertar en nosotras. Esta conexión con el cuerpo, con los deseos, con la sensualidad. Pero no esperaba sentir tanto.

—Pueden abrir los ojos —dice Sofía.

Lo hago, con una mezcla de emociones, confusión y deseo no resuelto.

Sofía habla de hacer las paces con nuestra sensualidad. Las chicas hablan de cómo se han sentido, mientras yo me quedo callada, porque no puedo expresar con palabras lo que acabo de sentir.

No puedo decir: «Acabo de descubrir que deseo a una mujer de una forma que nunca he deseado antes, y mi cuerpo está pidiendo cosas que no sé si estoy lista para dar».

Cuando el taller termina, salgo sintiéndome mareada. Mi cuerpo todavía vibra, todavía pide. Me quedo quieta fuera, intentando controlar el deseo, y entonces escucho su voz.

—Intenso, ¿verdad?

Me giro y ahí está Frida, apoyada contra un árbol. Y verla, después de todo lo que acabo de imaginar, hace que mi cuerpo reaccione de inmediato. Siento el calor subiendo por mi cuello, siento mi respiración agitada.

—Tú estabas allí —digo, y no es una pregunta.

—Al final —admite—. No quería interrumpir, pero quería verte.

Nos miramos y no puedo evitar preguntarme si puede ver lo que sentí. Si puede notar todavía el deseo que recorre mi cuerpo.

—¿Cómo te sientes? —pregunta, acercándose.

«Cachonda», pienso, y sonrío ante mis propios pensamientos. Pero es la verdad: me siento así.

—Como si acabara de despertar de un sueño muy largo —respondo—. Y no sé si me gusta o me da miedo.

—Puede ser las dos cosas —dice Frida, y da otro paso hacia mí.

Está tan cerca que puedo oler su perfume, y mi cuerpo reacciona como si acabara de tocarme. Siento cómo late mi sexo, una necesidad tan grande que me hace contener la respiración.

—Olga —dice mi nombre, y hace que mi piel se erice al escucharlo—. Puedo ver el cambio en ti, es como si estuvieras más presente.

—Lo estoy —admito, y también más despierta, más hambrienta, más viva—. Es algo extraño.

—Lo sé —dice, y levanta su mano para acariciar mi rostro.

Cuando sus dedos tocan mi mejilla, es como si una corriente eléctrica recorriera todo mi cuerpo. Cierro los ojos para poder sentir su tacto. Es el primer contacto después de lo de anoche, y después de todo lo que acabo de imaginar, se siente demasiado intenso.

—Tu cuerpo sabe lo que quieres —susurra Frida—. ¿Puedes escucharlo?

«Claro que puedo escucharlo», pienso. Está gritando.

Mi cuerpo quiere que la atraiga, que elimine ese espacio entre nosotras. Quiere sentir su boca contra la mía, sus manos explorando, quiere saber cómo se siente su piel bajo mis dedos, cómo suena cuando gime mi nombre. La intensidad de mi deseo me asusta. He pasado cuarenta y cinco años siendo racional, controlada. Y ahora mi cuerpo me está pidiendo algo que no sé cómo se hace.

—Sí —susurro—. Pero también me asusta.

—A mí también —admite Frida, y su honestidad me desarma—. Pero creo que ya estamos hartas de dejar que el miedo decida, ¿no?

Su pulgar acaricia mi mejilla y es un gesto simple, pero hace que mi respiración se entrecorte. Mi cuerpo está tenso de necesidad, cada parte de él encendida.

—¿Qué propones? —pregunto.

—Que escuchemos nuestros cuerpos —dice Frida—. Que dejemos de controlar esto y simplemente veamos qué pasa.

Giro mi cara para besar su mano. Cuando lo hago, escucho cómo suspira. Ese pequeño sonido me sorprende, y el deseo hace que mi vientre se contraiga. Quiero provocar más sonidos así. Quiero descubrir qué hace que se estremezca, qué hace que pierda esa compostura serena que siempre mantiene.

—Olga —dice, y suena como una advertencia—. Si hacemos esto…

—Lo sé —la interrumpo—. Todo cambia.

Nos quedamos así, su mano en mi cara, mi boca contra su palma. La tensión es tan espesa que podría cortarse con un cuchillo.

Después de un rato, Frida baja su mano y da un paso atrás. Ya no siento el calor en mi rostro.

—Tengo que… Hay cosas que necesito hacer —dice—. Pero esta noche, después de la cena, ven a la cala. A nuestro lugar.

—¿Nuestro lugar? —pregunto.

—Donde te llevé la otra noche —aclara—. Si quieres hablar, si quieres… lo que sea que quieras. Estaré ahí.

Lo que sea que quiera. Mi mente se llena de imágenes. Frida y yo en esa cala escondida, mis manos en su pelo, su boca en mi cuello, nuestros cuerpos enredados en la arena.

—Iré —respondo.

Frida me mira con esa intensidad con la que solo ella me ha mirado, luego se va, dejándome parada bajo la claridad del día con mi cuerpo vibrando de necesidad.

CAPÍTULO 16

Frida

Sé que hemos quedado y espero que vaya a la cala, pero he estado evitándola todo el resto del día, porque me aterra pensar que pueda decirme que es mejor no encontrarnos en nuestro lugar, que no ha venido para esto y que decida no verme más y alejarse.

Me refugio en mi bungaló como si fuera una adolescente asustada, y eso me cabrea. Tengo cuarenta y nueve años, por Dios. He vivido, he amado, he dejado ir. No debería estar escondiéndome como una niña. Pero aquí estoy.

Golpean mi puerta y sé quién es antes de abrir. Isabel en estos años me conoce perfectamente y sabe que, si no estoy por el complejo, estaré aquí. Abro y ahí está con dos tazas de té en las manos y esa mirada de que sabe todos mis secretos.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Me hago a un lado y ella entra, dejando las tazas en la mesita baja antes de sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas. Me siento frente a ella y cojo una de las tazas, aunque con el calor que hace beber té caliente sea casi una tortura.

—¿Vas a decirme qué pasa o vamos a fingir que es casualidad que lleves todo el día encerrada? —dice Isabel.

—Necesitaba espacio —respondo, y es una excusa tan mala que me chirría hasta a mí.

—¿De quién? ¿De Olga o de ti misma?

Mierda. Ella siempre va al grano, sin rodeos, sin medias tintas.

—De ambas, supongo.

—¿Qué pasó? —pregunta.

Suspiro y dejo la taza encima de la mesa. No tiene sentido ocultarle nada. Ya hemos hablado de Olga.

—Hoy fui a verla al taller de Sofía y hemos quedado en vernos en la cala. Y anoche, después de dar un paseo, le confesé que me atraía.

—¿Y ella?

—Dijo que sentía lo mismo —respondo.

—¿Entonces cuál es el problema? —pregunta sin entender mi dilema.

—¿Cuál es el problema? —repito—. Olga está en medio de un proceso, vino aquí engañada casi. Ahora ha decidido quedarse y yo estoy pululando a su alrededor. Soy su instructora de yoga, técnicamente, estoy en una posición de poder. Y vive en Madrid. En algo más de una semana se va y yo me quedo aquí, como siempre.

Isabel toma un sorbo de su taza de té con una calma que sabe que me irrita cuando ella cree que estoy siendo demasiado dramática.

—Olga es una mujer adulta —dice—. Tiene cuarenta y cinco años, no veinte. Es perfectamente capaz de tomar sus propias

decisiones sobre lo que quiere y con quién.

—Pero está vulnerable ahora mismo. Está descubriendo quién es, qué quiere. Y yo… —me detengo buscando las palabras—. Yo no hago esto. No me involucro con mujeres que están de paso.

—No te involucras con nadie —responde.

Me quedo callada porque tiene razón. Isabel se inclina hacia adelante.

—Frida, ¿cuántas veces hemos tenido esta conversación en los últimos años? ¿Tres? ¿Cuatro?

Sé exactamente a qué se refiere. Paola, hace dos años. Una mujer de Guadalajara que venía cada dos meses al retiro. Química innegable y yo simplemente retrocedí. Luego Patricia, la chef que contraté para que ayudara a Carmen y que estuvo trabajando aquí tres meses, me buscaba constantemente, y yo siempre mantuve la distancia. Y Esther, justo el año pasado, que prácticamente me suplicó que le diera una oportunidad.

Todas terminaron yéndose frustradas, y yo me quedé aquí, sola, diciéndome que era lo mejor.

—Esas eran situaciones diferentes —me excuso.

—¿Lo eran? Porque yo lo veo de otra forma, siempre encuentras una razón. Paola vivía demasiado lejos. Patricia era una empleada. Esther era muy joven e impulsiva. Siempre hay una excusa perfecta para mantener tu corazón bajo llave.

—No son excusas. Son razones muy válidas.

—Son muros —asegura Isabel—. Con Olga es diferente porque ella no es ninguna de las otras, es diferente, se ha colado en ti sin

darte cuenta. Y eso te aterroriza porque sabes que, si te permites sentir esto, no va a haber marcha atrás.

Hay tanta verdad en esas palabras que me asusta. Me levanto porque necesito moverme, camino hacia la ventana y miro al exterior.

—Por eso mismo debo alejarme —digo—. Porque tienes razón. Si la dejo entrar de verdad, si me permito sentir esto completamente, no va a haber vuelta atrás. Y se va. Vuelve a su vida. ¿Y yo qué? ¿Me quedo aquí destrozada porque me permití creer que podía ser diferente?

—¿Por qué entonces has quedado con ella? —pregunta.

—Porque cuando la tengo cerca no puedo controlarme. Quiero tocarla, sentirla, recorrer su cuerpo con mis manos —digo y me tapo la cara—. Mierda, estoy perdida.

—Lo estás. Es cuestión de días que caigas porque las dos sabemos que te mueres de ganas. Todo depende de ti, Frida. Si quieres disfrutar este poco tiempo, o deja que pasen los días y al final caigas. ¿O piensas esconderte?

—No quiero eso. Pero ella se va.

—Ya lo sabemos. Tú lo sabes y ella también. Nadie ha hecho promesas sobre eso. Pero ¿eso significa que estos días no importan? ¿Que lo que puedas sentir ahora es menos real porque tiene fecha de caducidad?

—Significa que cuando se vaya va a doler.

—Tal vez —dice—. O tal vez valga la pena. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste algo así, Frida?

—No lo recuerdo —digo pasándome las manos por el pelo, sintiendo frustración—. Por eso me da miedo. Porque si me permito sentir esto, si la dejo entrar, no va a ser como con otras. Va a ser algo que me va a marcar. Y cuando se vaya…

—Cuando se vaya, vas a sufrir. Sí. Probablemente mucho. Pero también vas a sentir algo que no has sentido antes: la oportunidad de sentir, de no haber vivido esto a medias, de no haber pasado el resto de tu vida preguntándote qué hubiera pasado si te hubieras atrevido.

—Es que tengo que pensar en el futuro. No puedo simplemente…

—¿Por qué? —me interrumpe Isabel—. ¿Por qué no puedes simplemente dejarte llevar? Simplemente sentir sin analizar. Disfrutar sin proyectar. Estar con alguien sin preguntarte cada segundo cómo va a terminar.

—Porque no sé cómo se hace.

—Creaste esto para las mujeres, para que no proyectaran las cosas que querían los demás, para que desconectaran. Y tú, te has perdido en ese proceso, y ahora estamos las dos aquí, sabiendo que caerás en los brazos de Olga y te estás resistiendo a hacerlo, y me juego lo que quieras a que le has dicho que simplemente se deje llevar. Pero te entra el miedo y te escondes. ¿Me equivoco?

Respiro profundamente, Isabel me conoce tan bien.

—No, no te equivocas —reconozco.

—Date la oportunidad de sentir sin pensar en el mañana. Eso es futuro. Vive el ahora. Por una vez en tu vida, permítete sentir.

Porque vale más haber tenido este tiempo de algo real que toda una vida protegiéndote, que en realidad es solo soledad disfrazada.

—Suena fácil.

—No lo es —asegura Isabel—. Para nada, pero es necesario. Porque si dejas que Olga se vaya sin haberte permitido sentir esto, sin haberlo vivido, vas a arrepentirte el resto de tu vida.

Me abraza y le devuelvo el abrazo.

—Tengo tanto miedo —susurro contra su hombro

—Lo sé, pero el miedo no puede ser la razón para no vivir.

Cuando Isabel se va, me quedo sola con sus palabras resonando en mi cabeza.

Miro a través del ventanal intentando dejar la mente en blanco, pero no puedo, ahora mismo es un torbellino. Pienso en todas las veces que retrocedí, en todas las mujeres que dejé ir porque había una razón perfecta para no arriesgarse. Pienso en cómo he vivido mis últimos años: segura, tomando el control. Y pienso en Olga. En cómo me miró anoche cuando admitió que siente algo por mí. Isabel tiene razón, si la dejo entrar, no va a haber vuelta atrás. Pero eso es lo que quiero, intentarlo, vivirlo, disfrutarlo.

Miro el reloj y ya es hora de ir a la cala, necesito saber si ella también quiere arriesgarse a esto que nos está pasando. Camino con paso firme hasta llegar, no está, es temprano todavía.

No sé cuánto tiempo paso absorta mirando el mar, pero cuando me doy cuenta, ella está allí, puedo notarlo.

—Viniste —digo cuando se pone a mi lado.

—Dijiste que viniera si quería —responde—. Y quiero.

Nos quedamos en silencio, con ella se siente bien estar así.

—Hoy en el taller —comienza a decir—. Hubo algo que se despertó en mí.

—¿Qué despertó? —pregunto girándome para mirarla.

—Deseo —admite, y su voz es casi un susurro—. Pensé en ti. Durante todo el taller, todo lo que podía pensar era en ti. En cómo sería estar contigo. En cómo se sentiría que me tocaras. Y mi cuerpo reaccionó de una forma que me abrumó.

Cierro los ojos un momento, intentando contenerme.

—Olga —susurro—. Si sigues hablando así, no voy a poder mantener la distancia.

—Entonces no la mantengas.

Nos miramos y en ese momento sé exactamente lo que quiero, y es a ella. Paso mi mano por su cara ella atrapa mi mano entre su hombro y su cara, estoy perdida, lo sé.

—¿Estás segura? —pregunto—. Porque una vez que crucemos esta línea…

—Estoy segura —me interrumpe—. Quiero escuchar a mi cuerpo.

Acerco mis labios a los suyos y la beso, al principio es tímido, explorando cómo reacciona Olga, hasta que ella se abre paso con su lengua en mi boca. Dejo que entre, que explore. Mis manos recorren su espalda, las de ella se han aferrado a mi cintura, atrayéndome para no dejar que me separe.

Nuestras lenguas parecen conocerse, bailan al mismo compás, sus manos sueltan mi cintura y suben por el costado debajo de mi

camiseta. Si sigue así, no podré controlarme más. No quiero que pase aquí en la playa, con la arena metiéndose por cada rincón.

—Olga —susurro contra su boca—. Aquí no, y quiero…

—Yo también quiero —dice y tira de mí.

Corremos por la playa hasta llegar al resort y en ese instante Olga se para y se gira para mirarme.

—¿Tu bungaló o el mío? —pregunta.

—El mío —afirmo y ahora soy yo la que tira de ella para correr como dos crías por los senderos que llevan hasta mi cabaña.

CAPÍTULO 17

Olga

Entramos al bungaló a tropezones, con una urgencia torpe y maravillosa que no recuerdo haber sentido ni en mi adolescencia. Frida cierra la puerta y el mundo exterior desaparece. Ya no existe nada, ni el bufete, ni las exigencias de mi padre, ni Madrid, ni siquiera el resto del resort.

Mi espalda queda ahora contra la puerta. Cuela sus manos por debajo de la camiseta hasta llegar a mi sujetador y quitarlo con una facilidad que me abruma. Sigue recorriendo mi cuerpo y yo simplemente me dejo hacer. No quiero controlar nada, solo dejarme llevar por Frida, sentirme viva como nunca lo he sentido.

—Olga —susurra contra mi cuello, y mi nombre en su boca suena demasiado perfecto.

No respondo con palabras, mi garganta está seca. Mis manos van hasta su pelo y se enredan en él. Necesito desordenarla, ver a la mujer detrás de la calma, a la Frida que siente miedo y deseo a partes iguales, la que confesó sus secretos en la playa.

Me guía hasta la cama mientras seguimos besándonos. Nos quitamos las camisetas y nos quedamos en sujetador, el mío ya desabrochado, solo tiene que tirar de él para que caiga, pero no lo hace. Cuando mis piernas dan con la cama, caigo y nos miramos

riéndonos. Frida se coloca encima de mí y mi cuerpo comienza a temblar. Me mira desde arriba, sus manos colocadas a cada lado de mi cabeza y el deseo en sus ojos. Coloca un dedo en mi canalillo y lo va bajando, todavía no estoy desnuda del todo y a ella eso parece divertirle.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, y ahora sí tiene sus dedos colocados para deshacerse de mi sujetador.

—Cállate y bésame —respondo, tirando de ella hacia abajo, sellando sus labios con los míos.

Y entonces, todo se vuelve intenso. Nos quitamos el resto de la ropa con desesperación y una torpeza que nos hace reír. Mis manos recorren su espalda desnuda mientras nos besamos. Frida mueve las manos como si supiera dónde tocarme. Recorre mi cuerpo haciéndome estremecer, exigiendo más contacto, más besos, más de todo.

Noto cómo la humedad crece entre mis piernas y cómo mi sexo palpita, y ella ni siquiera lo ha tocado. Mi respiración cada vez es más agitada, quiero más, necesito más y se lo hago saber moviendo mis caderas. Frida se separa un poco y pasa su lengua por mi labio inferior, haciendo que cierre los ojos. Comienza a bajar dejando un reguero de besos por mi pecho para seguir hasta mi barriga y terminar en mi pubis. Levanta la vista y se encuentra con la mía, con mi mirada de súplica, de que necesito sentirla.

—Eres preciosa —susurra antes de seguir dejando besos por el interior de mis muslos.

Esto es desesperante, necesito que me coma, así sin vergüenza, que abra mis piernas y que hunda su cara en mi sexo y me haga

gemir de placer, que pare esta tortura y que me dé el placer que mi cuerpo está necesitando ahora mismo.

—Frida, por favor —suplico.

Ella alza la vista de nuevo, nuestras miradas hablando, y entonces hace subir mis piernas. Cierro los ojos para después notar su lengua en mi clítoris y soltar un gemido que inunda la habitación.

Frida comienza un baile con la lengua que me hace sentir un placer inexplicable, mi cuerpo se rinde al deseo, a su voluntad. Cuando cree que es el momento indicado, mete dos dedos, haciendo que mi espalda se arquee de inmediato. Entra y sale al ritmo que necesito mientras sigue moviendo la lengua por mi clítoris, no tardo demasiado en llegar al clímax, me arrasa, siento cómo va llegando hasta que exploto y se lo hago saber con un grito de puro placer.

Cuando llego al orgasmo, me quedo jadeando, con el corazón latiendo tan fuerte que duele. Estoy empapada en sudor, temblando. Frida sube por mi cuerpo y se acurruca a mi lado, atrayéndome hacia ella.

Y de pronto lloro. No es tristeza, sino liberación. Como si hubiera estado conteniendo la respiración durante años y ahora por fin pudiera hacerlo.

—¿Estás bien? —pregunta, acariciando mi pelo.

—No lo sé —admito—. Creo que nunca había estado tan bien y tan asustada al mismo tiempo. Me siento desarmada contigo.

Frida besa mi frente y apoya su barbilla en mi cabeza.

—Bienvenida al club. Yo también estoy aterrada, si te sirve de consuelo.

Bajo mi mano hasta su sexo y está empapada. Escucho el suspiro al contacto, sigo apoyada en su pecho y muevo mi mano entre sus pliegues. Juego con su clítoris, mientras Frida cada vez está más agitada, no pide, ya lo hace su respiración por ella. Comienza a mover sus caderas para buscar más contacto.

—Más rápido —casi suena a súplica.

Lo hago, mi mano tocando su parte más erógena, y a los pocos minutos siento cómo su mano atrapa la mía y grita de placer. Se deja llevar por el orgasmo, y para mí ese sonido es una melodía.

Nos quedamos en silencio un largo rato. El único sonido en la habitación, entre las paredes del bungaló, es nuestra respiración. Siento que quiero quedarme aquí, así con ella, sin movernos. Siento que un peso enorme que llevaba en mi vida ha caído sin ni siquiera saber que lo llevaba. Mis lágrimas siguen saliendo en silencio. Frida besa mi pelo y no dice nada, solo acaricia mi espalda. No sé el tiempo que estamos ahí, pero cuando ya estoy más calmada, me coloco para mirarla a los ojos. Su pelo está revuelto, sus labios hinchados, sus ojos me sonríen. Se ve humana, vulnerable, no la mujer que parece tenerlo todo controlado. Es alguien en una cama igual de expuesta que yo.

—¿Y ahora qué? —pregunta la abogada que llevo dentro. Necesito definir los términos, establecer acuerdos.

Frida suspira y entrelaza sus dedos con los míos.

—Ahora estamos aquí, en la cama, tú y yo.

—Sabes a lo que me refiero —insisto, aunque no quiero hacerlo —. Me quedan diez días. Tengo una vida en Madrid que me espera. Tú tienes la vida aquí. Esto tiene fecha de caducidad.

Frida se incorpora apoyándose en su codo para mirarme mejor.

—Lo sé, y podríamos pasar las próximas horas analizando por qué esto es una mala idea. Podríamos hacer una lista de los pros y los contras. Podríamos hablar de por qué va a doler cuando te vayas, de por qué deberíamos haber mantenido la distancia.

Pasa un dedo por mi clavícula, haciéndome estremecer.

—O podemos decidir que estos diez días van a ser nuestros. Sin pensar en el día once. Solo el ahora. Vivir el presente, como siempre digo en mis clases, aunque yo misma sea un desastre aplicándolo.

Miro sus ojos oscuros. Lo que he vivido estos días, quizás Javier tenga razón. A veces hay que perderse para encontrarse. Y tal vez valga la pena el dolor por este presente. ¿Cuándo fue la última vez que elegí algo solo porque lo quería, sin pensar en la utilidad o el futuro?

—Tengo miedo —confieso—. No soy buena con las despedidas, ni con perder el control.

—Yo tampoco —asegura—. Pero prefiero tener miedo contigo durante diez días que estar pensando en qué pudo haber pasado.

Sonrío, una sonrisa que no es para un cliente, ni para mi padre o el resto de la familia. Es mi sonrisa para ella.

—Diez días —acepto—. Pero te advierto, Frida, voy a hacer que estos diez días cuenten como si fueran cien.

Ella se ríe a carcajadas y me abraza para volver a soltarme y mirarme directamente a los ojos.

—Acepto el desafío, abogada.

Me besa y es lento, sintiendo cada caricia, nuestras lenguas hablando lentamente. No es desesperado, no busca nada en concreto, solo explorar nuestras bocas. Me encanta besar a esta mujer. ¿Cuánto hacía que no me permitía esto? No tengo una respuesta, tal vez porque ha pasado mucho tiempo desde que le permití a alguien desearme o que yo deseara a alguien.

El momento lo rompen nuestras tripas sonando, no hemos cenado.

—El sexo me da hambre —dice Frida riendo.

—Parece que a mí también —admito—. ¿Tienes servicio de habitaciones para la jefa?

—Me temo que la cocina está cerrada, pero tengo comida aquí. Fruta, queso, algo de pan, vino. No es una cena gourmet como las de Carmen, pero…

—Es perfecto —la interrumpo—. Cualquier cosa comestible me parece un manjar ahora mismo.

Se levanta de la cama completamente desnuda y sin ninguna vergüenza, caminando con una naturalidad que envidio. Me quedo mirándola, admirando su espalda, las curvas de sus caderas. Es hermosa. Y por los diez días siguientes, es mía. Ese pensamiento posesivo me sorprende.

—Voy contigo —digo.

Me levanto y busco algo que ponerme. Encuentro su blusa de lino blanca tirada en el suelo. Me la pongo y me abotono un par de botones. Me queda grande, pero huele a ella y eso me gusta.

Me dirijo hacia la pequeña cocina del bungaló y me apoyo en el marco de la puerta, viéndola cómo prepara las cosas.

—Aquí tienes —dice, pasándome una copa—. Es vino mexicano, del Valle de Guadalupe. Espero que te guste.

Tomo la copa y nuestros dedos se rozan, y siento la electricidad que hay entre nosotras.

—Brindemos —propone.

—¿Por qué brindamos? —pregunto—. ¿Por el caos?

—Por soltar el control —dice, y chocamos suavemente nuestras copas.

—Por soltar el control —repito y bebo.

El vino está buenísimo. Comemos queso y fruta con las manos, sentadas en la pequeña alfombra que tiene en el salón, apoyadas contra el sofá. Hablamos. No de traumas pasados ni de miedos futuros, sino de cosas triviales. Le cuento sobre la obsesión de mi padre con las corbatas azules. Ella me cuenta sobre la vez que intentó aprender a hacer surf y casi se rompe la nariz. Nos reímos, nos tocamos, ella me pasa una uva y sus dedos rozan mis labios. Yo le limpio las migas de la comisura de la boca y termino besándola. En un momento dado me quedo absorta mirando por la ventana.

—¿Qué pasa? —pregunta Frida.

—Me acabo de dar cuenta de algo —digo, mirándola fijamente—. Desde que llegué aquí no he mirado mi móvil. No he revisado los emails, los posibles *WhatsApp*, no sé si me odian o si la empresa es un desastre.

—¿Te importa?

Pienso en la respuesta. Pienso en la ansiedad que me consumía hace solo unos días en el aeropuerto. Pienso en la necesidad de estar conectada.

—No —respondo—. No me importa en absoluto. Estoy aquí, realmente aquí.

Frida sonríe, deja su copa a un lado y me rodea con sus brazos, haciendo que apoye mi cabeza en su pecho.

—Eso es suficiente, Olga. Estar aquí es suficiente.

Cierro los ojos y me dejo sostener. Por primera vez en mi vida adulta, no necesito hacer nada, lograr nada, demostrar nada. Solo ser. Y mientras la noche avanza en esta isla perdida en el mar Caribe, abrazada a una mujer que hace unas horas me aterraba y ahora parece ser lo único que tiene sentido en todo esto. Sé que Javier tenía razón. Necesitaba despertar. Y vaya si lo he hecho.

CAPÍTULO 18

Frida

Me despierto con el peso de Olga en mi pecho. Su respiración es calmada, como si nada pudiera perturbarla. Me quedo quieta, solo observándola, memorizando cada detalle: cómo su pelo cae sobre mi pecho, cómo sus labios están ligeramente entreabiertos, cómo su mano rodea mi cintura.

Diez días. Eso es lo que tenemos.

Podría dejar que la ansiedad me consuma, podría empezar a hacer cálculos mentales de cuántas horas son diez días, cuántos momentos nos quedan, podría anticipar el dolor que vendrá cuando se vaya, podría ser la Frida que calculaba todo. Pero no quiero hacerlo.

Isabel tiene razón, he pasado demasiados años protegiéndome del dolor futuro y por eso me he perdido demasiadas cosas del presente. No lo haré esta vez.

Olga se mueve entre mis brazos y abre los ojos lentamente, me mira y sonríe, esa sonrisa hace que mi corazón vaya más rápido.

—Buenos días —susurra.

—Buenos días —respondo, pasando mis dedos por su pelo.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta?

—No mucho —miento. Llevo al menos media hora mirándola como una acosadora.

Se estira, su cuerpo desnudo rozando el mío, y tengo que hacer un esfuerzo para no empezar algo que nos haría perdernos el desayuno.

—Tengo que ir a mi bungaló —dice—. Cambiarme, ducharme.

—Puedes ducharte aquí —sugiero, y la idea de verla bajo el agua hace que mi cuerpo se estremezca.

—Si me ducho aquí contigo, no vamos a salir de este bungaló en todo el día —asegura sonriendo.

—¿Y eso es malo?

—Tentador —admite—. Pero deberíamos aparecer en el desayuno antes de que la gente empiece a hacer preguntas.

—¿No quieres que sepan que pasamos la noche juntas?

—No quiero ser la comidilla del resort, la abogada que se lía con la dueña. Eso es lo que no quiero.

Tiene razón, aunque la idea de mantener esto en secreto me molesta más de lo que debería. Quiero gritar que esta mujer increíble pasó la noche conmigo, pero sé que no es posible. Olga aún tiene talleres pendientes, y yo tengo que mantener cierta profesionalidad con el resto de las huéspedes.

—Está bien —acepto—. Pero esta noche te vienes aquí.

—¿Es una orden? —pregunta arqueando una ceja.

—Una invitación muy insistente.

Se inclina y me besa, agarra su nuca y la atraigo más para tener mayor contacto. Cuando nos separamos un poco, lo hacemos para respirar.

—Acepto tu invitación —susurra contra mis labios—. Pero ahora tengo que marcharme o no respondo de mis actos.

La veo levantarse y vestirse, lo hace lentamente, como si supiera el efecto que tiene en mí. Se pone mi blusa de lino, la que usó anoche, dejándola entreabierta para que pueda ver el canalillo que forman sus pechos.

—Devuélvemela después —digo.

—Tal vez —responde con una sonrisa—. O tal vez me la quede como recuerdo.

Cuando se va, me quedo en la cama unos minutos más, procesando todo. Anoche fue… no tengo palabras. Intenso, vulnerable, perfecto y aterrador. Porque sé que estoy sintiendo cosas por Olga y que en diez días se va a Madrid y yo me quedaré aquí, en la isla, con una sensación de corazón roto que tardará en sanar. Pero si de algo estoy segura es de que valdrá la pena. Vale la pena sentir esto, aunque después duela.

Me levanto y me preparo para el día. Ducha rápida, ropa cómoda. Cuando llego al comedor, Olga ya está ahí, sentada entre Andrea y Greta. Lleva el pelo mojado recogido en un moño desordenado. Se ve preciosa.

Nuestras miradas se cruzan a través del comedor. Sonríe, un gesto que sé que solo es para mí, y siento mariposas en el estómago como si fuera una adolescente. Me sirvo el café y me siento en la mesa con las chicas, frente a Sofía.

—Estás diferente esta mañana —dice.

—¿Diferente cómo?

—No lo sé —dice y me observa—. Más relajada, tal vez.

—Dormí bien —digo, concentrándome en mi café.

—Ajá —dice sonriendo—. ¿Y eso tiene nombre?

—Sofía… —digo y miro directamente a Isabel, que toma su café y se encoge de hombros.

—Está bien, está bien —levanta las manos Sofía, sabiendo que no voy a contar nada—. No haré preguntas, pero me alegro.

Hablamos entre todas un rato, obviando que saben que he pasado la noche con Olga. Después del desayuno veo cómo Olga se acerca y ellas desaparecen, de pronto todas tienen cosas pendientes.

—¿Tienes planes para hoy? —pregunta Olga en voz baja.

—Depende —respondo—. ¿Qué tienes en mente?

—Pensé que tal vez podrías enseñarme más de la isla. Lugares que no están en el itinerario.

—Digamos que conozco algunos sitios de esta isla —respondo mordiéndome el labio inferior.

—Perfecto. Te veo en la entrada en media hora —dice y se marcha.

Media hora después, salgo y le hago subir al jeep. Círculo por las carreteras de la isla con el viento dándonos en la cara y el sol en la piel. La llevo a una playa escondida donde no hay muchos turistas y

es perfecta. Cuando bajamos y caminamos atravesando un camino estrecho, llegamos y Olga la mira con asombro.

—Es perfecta —asegura.

Pongo la toalla en la arena y comienzo a sacarme la ropa, quedando en bikini bajo la atenta mirada de Olga. Extiendo la mano y tiro de ella.

—Ahora tú, quiero la ropa fuera.

—No he traído bikini —asegura Olga.

—Una pena, en una isla como esta hay que venir siempre preparada.

Olga sonríe, me muerde el labio y tira un poco de él.

—¿Pretendes que me meta en el agua desnuda? —pregunta pegada a mi boca.

—No, aunque me encantaría. Puedes bañarte en ropa interior.

Olga comienza a sacarse la ropa y veo que me ha mentido, sí lleva bikini. Ladeo la cabeza y la observo. Cuando termina, agarro su mano y nos dirigimos hasta la orilla.

—Al agua —digo tirando de ella.

Olga se resiste un poco, pero después simplemente se deja llevar. Jugamos a salpicarnos hasta que nos abrazamos y comienzo a besarla, no hay nadie y puedo permitirme hacerlo. Mi mano baja por el costado hasta llegar a su sexo y Olga exhala un suspiro de placer.

—Más —pide aferrándose a mis hombros.

No paro, meto mi mano entre el bikini y hago que me mire. Comienzo a mover la mano entre sus pliegues, mientras Olga ahoga

sus gemidos contra mi boca.

—Frida —jadea mi nombre como una plegaria—. No pares.

No lo hago. Sus manos aprietan mis hombros. Olga se deja llevar por el placer, hasta llegar al orgasmo, y se aferra a mi cuerpo para poder mantenerse de pie.

—Hola —le digo cuando puede volver a mirarme.

—Hola —dice riendo—. No habíamos venido a esto —asegura.

Yo simplemente me encojo de hombros. Me encanta tocarla, hacer que grite mi nombre, es el mayor placer que he sentido jamás, no necesito nada más, solo escucharla decir mi nombre cuando está a punto de correrse. Es música para mis oídos.

—No tengo mucha fuerza para…

—Shhh —la corto—. Estoy bien.

Olga vuelve a aferrarse a mí y yo dejo un beso en su hombro. Después de un rato salimos y nos tumbamos en las toallas y dejamos que el sol nos caliente la piel.

—Deberíamos volver —digo acariciando su rostro, aunque la realidad es que no quiero.

—Cinco minutos más —me pide.

—Cinco minutos más —acepto.

Pero los cinco minutos se convierten en diez, luego en veinte. No nos importa. El resort puede esperar, el mundo puede esperar. Porque en este momento, en esta playa escondida, bajo el sol, solo existimos nosotras y eso es suficiente.

CAPÍTULO 19

Olga

Estoy en medio de una conversación con Andrea sobre lo absurdo de las dietas détox cuando las luces se apagan. Todo pasa muy rápido; de estar en el comedor con una iluminación suave, a pasar al momento siguiente a la oscuridad más absoluta.

De pronto el comedor se ilumina por un rayo y se escuchan gritos, algunos de sorpresa, otros de miedo. Mi corazón se acelera, esa ansiedad familiar que me dice que tengo que tomar el control, solucionar problemas.

Pero entonces escucho la voz de Luz, calmada y firme en la oscuridad.

—Tranquilas, chicas. Es solo un apagón. Pasa a menudo en la isla.

Poco a poco empiezan a encender velas por todo el comedor. Carmen aparece con un candelabro como si fuera una escena de una película de época. En cuestión de minutos, el lugar está iluminado por decenas de velas.

—¿Esto pasa seguido? —pregunta Jennifer.

—Si hay tormenta, sí —responde Sofía—. Pero hay generadores de emergencia que mantienen funcionando lo importante: las

neveras, el sistema de agua, las luces de seguridad de los caminos. Pero las habitaciones y los espacios comunes estarán sin electricidad hasta mañana, probablemente.

—¿Y el aire acondicionado? —pregunta una de las chicas.

—Eso no es importante según los generadores —dice Carmen riendo—. Puedes abrir las ventanas, la brisa del mar ayuda a refrescar.

Miro alrededor buscando a Frida. Hoy, casi desde que desperté esta mañana, no hemos coincidido. La veo cerca de la entrada hablando con Isabel. Como si sintiera mi mirada, gira la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Me sonríe y yo siento que mi corazón late más rápido.

—Chicas, tenemos velas de sobra —dice Luz, que se ha colocado en el centro del comedor—. Cada una puede llevarse algunas a su bungaló. Recomiendo que se vayan pronto porque la tormenta empeorará y la poca iluminación que hay les complicará la llegada hasta sus habitaciones; no queremos tener que salir corriendo con alguien por un tropiezo. Todo pasará.

Las mujeres empiezan a dispersarse, cogiendo velas y despidiéndose. Andrea me abraza antes de irse.

—Que duermas bien —dice guiñándome un ojo.

Me pregunto si sabe algo, si es tan obvia mi conexión con Frida.

—¿Tienes planes para esta noche? —susurra a mi espalda Frida.

—Depende —respondo girándome—. ¿Tienes alguna sugerencia?

—Mi bungaló tiene una chimenea.

Río por lo que acaba de decir, aunque llueve, hace mucho calor.

—Con esta temperatura una chimenea no es muy práctica —respondo.

—También tengo una botella de vino que estaba guardando para una ocasión especial —dice alzando la ceja.

—¿Esto cuenta como una ocasión especial?

—Un apagón con la mujer que me gusta —dice, y siento cómo mi pecho se encoge—. Yo diría que sí.

Caminamos juntas hacia su habitación. Los senderos están iluminados con luces solares, apenas suficientes para ver en una noche de oscuridad absoluta. Frida sujeta mi mano y me guía. Cuando llegamos, enciende algunas velas.

—Toma asiento —dice señalando la alfombra frente al sofá—. Voy por el vino.

Me siento en el suelo, apoyando la espalda contra el sofá. Es más cómodo de lo que me esperaba. Frida regresa con la botella y dos copas. Se sienta a mi lado, tan cerca que nuestros hombros se tocan.

—Es un vino de Argentina —dice mientras sirve—. Un Malbec que compré hace meses y estaba esperando el momento adecuado para abrirlo.

—¿Y es este?

—Contigo, cualquier momento es el adecuado —responde, y siento cómo el calor sube hasta mis mejillas.

Brindamos y bebemos en silencio hasta que es ella la que habla.

—Cuéntame algo —dice después de un rato—. Algo que no me hayas contado todavía.

—Cuando era niña —comienzo—, quería ser bailarina.

—¿En serio?

—Completamente en serio —digo sonriendo al recordarlo—. Tenía ocho años y vi *El lago de los cisnes* en el teatro. Me quedé fascinada, le pedí a mi madre que me inscribiera en clases de ballet.

—¿Y lo hizo?

—Sí, durante cinco años —respondo—. Era feliz en esas clases. Me encantaba la sensación de moverme, de expresar algo sin palabras. Pero cuando cumplí los trece y las competencias eran más exigentes, mi padre me sentó y me dijo que el ballet no era una carrera seria. Que debía enfocarme en cosas que tuvieran futuro.

—Déjame adivinar —dice Frida—. ¿Te sugirió el derecho?

—No exactamente —respondo—. Pero dejó claro que esperaba que siguiera sus pasos. Y yo, siendo la hija obediente que era, dejé el ballet.

—¿Te arrepientes?

Pienso en la pregunta, no me he parado a pensar en ello.

—No sé si arrepentirme es la palabra correcta. Soy buena en lo que hago, realmente buena. He ayudado a gente, he ganado casos importantes, pero… —hago una pausa, buscando las palabras correctas—. A veces me pregunto quién sería si hubiera tenido el valor de seguir bailando.

Frida coge mi mano entre las suyas.

—Nunca es demasiado tarde para bailar.

—Tengo cuarenta y cinco años —respondo riendo—. Mis rodillas protestan solo de pensar en hacer un *plié*.

—No hablo de ballet profesional —aclara—. Hablo de permitirte moverte libremente, expresarte. Como en el taller de Sofía.

Recuerdo ese momento, cómo me dejé llevar después de no hacerlo durante años. Cómo imaginé sus manos en mi cuerpo mientras me movía.

—Ese taller fue revelador —admito—. En muchos sentidos.

—Lo sé —dice con una sonrisa—. Te vi, la forma en que te movías era como ver a alguien despertar.

Bebemos más vino y el silencio se instala entre nosotras. Es cómodo, sin presión de llenarlo con palabras vacías.

—¿Sabes qué es lo que más me asusta de volver a Madrid? —pregunto de repente.

—¿Qué?

—Que todo esto desaparezca. Esta versión de mí que he descubierto aquí. Tengo miedo de que en cuanto pise el bufete, en cuanto vea a mi padre o abra mi ordenador, vuelva a ser la Olga de antes. La que controla todo, la que no siente, la que vive para trabajar.

Frida vuelve a tomarme las manos y me mira fijamente.

—Eso no va a pasar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Porque ahora sabes que existe otra manera —afirma—. Ya no puedes desconocerlo. Puedes elegir volver a los viejos patrones, sí,

pero será una elección consciente.

—Pero va a ser difícil —digo, y siento que las lágrimas se agolpan amenazando con salir—. Mi padre va a estar furioso de que haya estado dos semanas fuera. Roberto va a tener comentarios sarcásticos. Los clientes van a querer explicaciones. Y yo... voy a tener que justificar por qué necesitaba esto.

—¿Y qué les vas a decir?

—No lo sé —admito—. Una parte de mí quiere echarle toda la culpa a Javier, y decir que casi he estado secuestrada en una isla perdida del mar Caribe. Pero otra parte quiere decirles que lo necesitaba, que ya había entrado en pánico y que podía volver a pasarme.

—¿Cuál crees que es la opción que elegiría la nueva Olga?

La pregunta me hace pensar. La nueva Olga. La que se permitió llorar en un círculo de mujeres desconocidas, la que compartió su secreto sobre el aborto, la que se acostó con una mujer increíble sin pensar en las consecuencias.

—La verdad es que, aunque fue cosa de Javier, la que tomó la decisión de quedarse fui yo —respondo—. Pero me da terror admitir esa realidad.

—El terror es parte del proceso —dice Frida—. Cuando dejé la cirugía, mi familia pensó que había perdido la cabeza. Mi madre lloró durante semanas. Mi padre dejó de hablarme durante meses. Mis colegas me trataban como si fuera una traidora.

—¿Cómo lo llevaste?

—Mal, al principio —admite riendo—. Pasé mucho tiempo justificándome, explicando, tratando de hacerles entender. Pero después me di cuenta de que no necesitaba su aprobación. Solo necesitaba saber que estaba haciendo lo correcto, lo que realmente necesitaba.

—¿Y cómo supiste que era lo correcto?

—Porque por primera vez en años podía respirar —dice—. Mi cuerpo dejó de tener ataques de pánico. Mis manos dejaron de temblar, pude dormir sin pesadillas. Esas eran todas las señales que necesitaba.

Bebo de la copa de vino mientras pienso en todo lo que me ha contado Frida.

—Aquí puedo respirar —aseguro—. Pero no sé si podré cuando vuelva.

—Entonces crea espacios donde puedas —responde—. No tiene que ser todo o nada. Puedes seguir siendo abogada y también tomarte tiempo para ti. Puedes trabajar duro y también ir a clases de baile si quieres. No todo es blanco o negro.

—Mi vida siempre ha sido así —respondo—. Trabajo o fracaso. Éxito o decepción. Control o caos.

—Pero ahora sabes que hay matices —insiste—. Hay un lugar intermedio. Y ese es el espacio donde realmente se vive.

—Tengo tanto miedo de decepcionarlos —susurro—. A mi padre, a Roberto, a mi madre, a los clientes.

—¿Y de decepcionarte a ti misma? —pregunta—. Si vuelves a Madrid y retomas exactamente la misma vida, ignorando todo lo que

has aprendido aquí, ¿no te estarías decepcionando a ti misma?

La pregunta me pilla por sorpresa, pero tiene razón. He estado toda mi vida priorizando las expectativas de otros sobre las mías propias. ¿Cuánto más voy a seguir haciéndolo?

—No quiero volver a ser esa persona —digo, y mi voz tiembla—. La que estaba tan agotada que casi no podía respirar. La que fingía que estaba bien cuando claramente no lo estaba.

—Entonces no lo seas —dice Frida.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Todo lo que vale la pena lo es —responde—. Pero ahora tienes herramientas, y tendrás más. Sabes meditar, sabes respirar cuando la ansiedad llega, sabes que puedes pedir ayuda, y sabes…

Se detiene, como si estuviera a punto de decir algo, pero hubiera decidido no hacerlo.

—¿Qué sé? —pregunto.

—Sabes que mereces ser feliz —dice—. No productiva, no exitosa. Feliz.

Las lágrimas que he estado conteniendo caen. Frida me atrae hacia ella y lloro contra su hombro mientras acaricia mi pelo.

—Lo siento —murmuro entre lágrimas—. No sé por qué estoy llorando.

—Porque duele —asegura—. Darse cuenta de cuántos años has pasado ignorando tus propias necesidades duele, pero también es liberador. Porque ahora puedes elegir de manera diferente.

Nos quedamos abrazadas hasta que logro calmarme. Después de un rato me separo y me limpio la cara.

—Eres un desastre —dice Frida sonriendo, pasando sus pulgares bajo mis ojos para limpiar mi rímel corrido.

—Es tu culpa —respondo—. Antes de conocerte, no lloraba.

—Sí llorabas —corrige—. Solo que no te permitías hacerlo.

Tiene razón, como siempre.

Bebemos más vino y la conversación se vuelve más ligera. Frida me cuenta historias absurdas de sus primeros días en Luna Llena, cuando todo era caos e improvisación. De la vez que un grupo de coatíes invadió la cocina y Carmen los persiguió con una escoba gritando. De la huésped que insistía en hacer yoga desnuda y espantaba a las demás.

Me río hasta que me duele el estómago.

—¿Sabes lo que más voy a extrañar de aquí? —pregunto cuando logro calmarme.

—¿Qué?

—Esto —digo señalándonos a ambas—. Poder ser yo misma sin disculpas. Reír sin preocuparme de si es apropiado, llorar sin sentirme débil. Simplemente existir.

—Puedes hacer esto también en Madrid.

—No sé si soy lo suficientemente fuerte.

—Eres más fuerte de lo que crees —asegura—. Mira todo lo que has hecho aquí. Llegaste aterrada y resistiéndote, y ahora estás

sentada en el suelo, bebiendo vino y hablando de tus miedos. Eso requiere una fuerza tremenda.

Abrazo de nuevo a Frida, esa mujer que calma todas mis preocupaciones, con la que puedo ser yo misma sin tener miedo a ser juzgada.

Cuando nos damos cuenta, la tormenta ha pasado y el cielo ahora está lleno de estrellas. Frida tira de mí y me lleva hasta el ventanal.

—Es precioso —digo—. No recuerdo la última vez que vi tantas estrellas.

—La contaminación lumínica en las ciudades no deja ver esto —dice Frida—. Nos perdemos entre el ajetreo y nos olvidamos de que no somos nada en un universo tan inmenso.

Nos volvemos a quedar en silencio, observando las estrellas, y en cómo en menos de unas horas hemos pasado de la lluvia, a los rayos, a los truenos y ahora esta calma.

—Gracias —digo de repente.

—¿Por qué?

—Por esto. Por ti, por hacerme sentir que no estoy loca por querer algo diferente en mi vida.

—No estás loca —asegura—. Asusta porque ya no puedes ir en piloto automático, porque ahora ya puedes cuestionarte cosas y eso significa que estás viviendo.

Tira de mí para volver al suelo de nuevo. Apoyo mi cabeza en su hombro y ella pasa su brazo alrededor de mí. Nos quedamos así, en silencio, como hemos estado varias veces en esta noche.

—¿Frida? —susurro después de un rato.

—¿Mmm?

—¿Qué va a pasar con nosotras cuando me vaya?

Siento cómo su cuerpo se tensa. Sé que dijimos de no hacer preguntas, de disfrutar, pero necesito saber qué va a pasar.

—No lo sé —admite—. Pero tenemos el ahora, y eso es suficiente.

—¿Es suficiente para ti? —pregunto—. ¿De verdad?

—No —responde—. Pero es lo que hay. Y prefiero tener esto contigo durante este tiempo que nada.

Mi corazón se rompe un poco ante su sinceridad. Porque yo siento lo mismo. Prefiero este tiempo limitado que una vida sin haberla conocido.

—Yo también —susurro.

Agarra mi rostro entre sus manos y me besa, es suave, sin exigencia. Cuando dejamos de besarnos, me mira fijamente.

—Deberíamos ir a la cama.

—En unos minutos —respondo, acomodándome contra ella—. Solo un minuto más aquí.

Pero el vino y el calor de su cuerpo me vencen. Siento mis párpados pesados, mi cuerpo hundiéndose más sobre la alfombra. Lo último que escucho es la voz de Frida.

—Buenas noches, Olga.

—Buenas noches —murmuro, ya medio dormida.

Y ahí, en el suelo del salón y envuelta en los brazos de esta mujer tan maravillosa que estoy conociendo, me quedo dormida.

CAPÍTULO 20

Frida

Le propongo a Olga salir al pueblo a una de sus fiestas. Al final, el programa que ha venido a hacer nos lo estamos saltando. Sí que medita por las mañanas, hace alguna actividad y después espera a que yo esté disponible. Me encanta esta rutina que tenemos y no quiero pensar en lo que pasará cuando ella se vaya. Sacudo la cabeza quitándome esa idea, y es ahí cuando la veo llegar al coche, con un vestido blanco y una coleta alta que deja su cuello al descubierto.

—Estás increíble —digo dejando un beso en sus labios.

—No es para tanto —asegura entrando al coche.

Al llegar al pueblo aparco y nos bajamos a caminar entre los puestos callejeros y de artesanía de la zona. A Olga se le ve feliz, más relajada, sin ese peso que trajo consigo de Madrid, y la realidad es que yo también estoy más liviana.

—¿Siempre hay tanta gente? —pregunta muy cerca porque el ruido de la música y el murmullo de la gente hacen que sea imposible una conversación a distancia.

—Siempre —respondo—. Hay turismo y familias que viven aquí.

Un grupo de niños corre entre nosotras persiguiendo un balón. Olga se ríe cuando uno de ellos casi choca con ella.

—Perdón, señora —grita el niño sin detenerse.

—Me ha dicho señora —protesta mientras ríe.

—Somos señoras —digo encogiéndome de hombros.

La guío hacia un puesto de tacos donde Martín, un hombre de sesenta años con un gran bigote, está cocinando.

—¡Frida! —exclama cuando nos ve—. ¿Dónde has estado? Pensé que me habías olvidado.

—Nunca podría olvidar tus tacos, Martín —digo sonriendo—. Dame dos de pescado y dos de carnitas, por favor.

Martín prepara nuestros tacos mientras nos cuenta sobre su hijo que acaba de entrar a la universidad. Olga escucha atenta, sonriendo por cómo cuenta con efusividad que su hijo pequeño ya es un hombre.

Nos entrega los tacos y Olga saca la cartera para pagar, pero Martín niega con la mano.

—Las amigas de Frida no pagan —dice guiñándonos un ojo.

Nos sentamos en una mesa de madera donde hay más gente y veo como Olga cierra los ojos a la primera mordida.

—Dios mío —dice—. ¿Por qué la comida sabe tan distinta aquí?

—Porque está hecha con amor —respondo—. Y porque no estás comiendo frente a tu ordenador mientras revisas emails.

Me mira arrugando la nariz, sabe que lo que digo es verdad, me contó cómo su rutina era esa: comer en su escritorio, siempre

haciendo varias cosas a la vez.

Terminamos los tacos y caminamos entre los puestos. Olga se para a ver la artesanía local y terminamos en una plaza donde la música suena en directo.

—Baila conmigo —digo extendiéndole la mano.

Olga me mira y niega con la cabeza.

—No sé bailar esto —dice retrocediendo un paso.

—No es difícil —insisto—. Solo déjate llevar.

—Frida, en serio, voy a pisarte los pies.

—Sobrevivirán, tranquila —digo cogiendo su mano—. Vamos.

La guío hasta la pista improvisada y la coloco frente a mí. Pongo una mano en su cintura y le cojo una de sus manos para colocarla en la mía. Está rígida como una estatua, cada músculo de su cuerpo en tensión.

—Relájate —susurro cerca de su oído.

—Estoy relajada —miente.

—Estás tan relajada como una tabla.

Empiezo a moverme, guiándola en pasos simples. Izquierda, derecha, un giro. Olga no deja de mirar hacia abajo constantemente.

—No mires abajo —digo—. Mírame a mí.

Sus ojos encuentran los míos y por un segundo veo ese miedo a equivocarse, a no ser perfecta.

—Deja de pensar —le susurro, moviendo mi mano de su cintura a un poco más abajo para atraerla más a mí.

Siento el momento exacto cuando se rinde. Su cuerpo se relaja, sus hombros bajan, su respiración se calma. Empezamos a movernos juntas y es como si la música nos llevara en lugar de nosotras seguirla.

—¿Ves? —digo sonriendo—. No es tan terrible.

—Cállate —responde, pero está sonriendo también.

Le hago dar una vuelta y, cuando regresa a mí, se ríe. Es una risa relajada, sin filtro, que hace que varias personas a nuestro alrededor nos miren.

—¿Otra vez? —pregunto.

—Otra vez —acepta.

La hago girar de nuevo, esta vez más rápido, y su risa se vuelve más fuerte. La gente empieza a aplaudir, animándonos. Olga ya no está tensa. Se ve libre. Bailamos tres canciones más, cada una mejor que la anterior. Se la ve feliz, siguiendo el compás de la música sin que le importe nada. Me encanta escuchar a Olga reír a carcajadas. Después de un rato estamos sin aliento y sudando.

—Necesito agua —me pide Olga abanicándose con la mano.

Compramos dos botellas de agua fría en un puesto cercano y nos alejamos del centro de la plaza hasta llegar a la avenida. Nos sentamos en un muro que da al mar.

—Qué diferente sería vivir aquí —dice Olga de repente.

—¿Qué tan diferente?

—Muchísimo —responde—. Todo. Mi rutina, mis prioridades, mi forma de medir el éxito. En Madrid, mi día empieza con revisar emails antes de salir de la cama y termina con revisar de nuevo

antes de dormir. Mi valor se mide en horas facturables y casos ganados.

—¿Y aquí?

—Aquí podría medirlo en… no sé, en momentos como este. En bailes improvisados, tacos callejeros y conversaciones que no dependen de una agenda.

—Podrías tener esto en Madrid también —sugiero, aunque no estoy segura de que sea así.

Olga niega con la cabeza.

—No de la misma manera. Madrid es un monstruo que se alimenta de ambición. Y yo he sido parte de ese monstruo durante tanto tiempo que no sé cómo separarme de él.

—Pero quieres intentarlo allí.

No es una pregunta, es una afirmación. La conozco lo suficiente para saber cuándo está considerando algo.

—Quiero intentarlo —confirma—. Pero me aterroriza, porque no sé quién soy sin el trabajo constante, sin una agenda que tenga el día perfectamente planificado.

—Eres Olga —digo—. La mujer que baila descalza, que llora cuando necesita llorar, que se ríe tan fuerte que hace que otros sonrían. Esa Olga existe independientemente de tu trabajo.

—Esa Olga solo ha existido aquí —afirma mirándome fijamente—. Contigo.

Su sinceridad me desarma. Quiero decirle tantas cosas. Que se quede, que construya una vida aquí, que veamos a dónde nos lleva esto que tenemos, pero sé que no es justo. Ella tiene una vida

entera esperándola al otro lado del océano. No puedo pedirle que la abandone por algo tan nuevo como lo nuestro.

—Entonces llévate esa Olga contigo. No tienes que elegir entre ser abogada y ser humana, puedes ser ambas.

—No sé cómo hacerlo —asegura.

—Debes transformar tu relación con el trabajo. Seguir siendo esa abogada exitosa, pero de alguna manera que no te consuma.

—¿Cómo? —pregunta.

—No lo sé —admito—. Pero eres inteligente. Lo averiguarás.

Se ríe, pero hay algo de nostalgia en ella.

—Voy a extrañar esto —dice—. Extrañarte.

Mi cuerpo se eriza al escuchar esas palabras. No hablamos del futuro, prometimos no hacerlo. Hemos estado solo pensando en el presente; sin embargo, esa burbuja está a punto de explotar.

—Yo también —aseguro.

Nos quedamos en silencio, solo se escucha el ruido de las olas y la música a la distancia.

—Deberíamos volver —dice, poniéndose de pie.

La sigo y caminamos hasta llegar al jeep. Conduzco en silencio, ella roza mi mano con la suya. Ninguna dice nada, sabemos que es un momento delicado y ninguna quiere afrontar el futuro, solo vivir el presente.

Llegamos al resort y aparco. Caminamos por el sendero, no decimos nada, pero vamos directamente a mi bungaló y un poco

antes de llegar me encuentro a Isabel, está sentada bebiendo algo, que seguro es una taza de té.

—Ve tú delante —le pido a Olga—. Necesito hablar con Isabel sobre algo del programa de mañana.

Es mentira y ambas lo sabemos, pero Olga asiente.

—Entonces iré a mi bungaló. Buenas noches, Frida —dice, y solo tengo ganas de besarla, pero me contengo.

—Buenas noches —respondo.

La veo alejarse, antes de caminar hacia Isabel.

—¿Lo pasaron bien? —pregunta cuando me siento a su lado.

—Sí —respondo—. Fue una buena noche.

Isabel bebe de su taza mientras me observa por encima.

—Tienes que hablar de ello —dice.

—¿De qué?

—De lo que pasa entre vosotras.

Suspiro. No le he vuelto a contar desde que me dijo que las dos éramos mayorcitas para saber lo que hacer.

—No hay nada de qué hablar —digo—. Ella se va en unos días.

Cuento mentalmente el tiempo que le queda. Siete noches, solo siete y Olga desaparecerá de mi vida de la misma manera que entró en ella.

—Es por eso por lo que necesitas hablarlo, Frida —insiste—. ¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—No —admito—. No estoy segura de nada, pero tampoco me importa.

—Te va a doler cuando se vaya.

Isabel tan sincera como siempre.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué te ha enganchado tanto?

—Porque ella me hace sentir viva de una manera que no había sentido en años —confieso—. Porque cuando la miro, veo posibilidades. Porque…

Me detengo intentando relajarme.

—Porque no he estado tan segura de algo en mi vida —termino —. Y sé que suena contradictorio porque te acabo de decir que no estaba segura de nada, pero de esto sí. Lo que sea que tengamos, vale la pena, incluso si termina doliendo.

Isabel me mira y se levanta, haciendo que yo haga lo mismo para abrazarme.

—Pase lo que pase —dice contra mi pelo—, estarás bien. Eres más fuerte de lo que crees.

—¿Tú crees?

—Lo sé —asegura separándose—. He visto cómo has transformado esto, cómo has ayudado a cientos de mujeres. Si puedes hacer eso por ellas, también puedes hacerlo por ti. Estaremos a tu lado, pase lo que pase, todas.

Quiero pensar que cuando Olga se vaya no me voy a romper en mil pedazos, pero la realidad es que no hay nada seguro. Porque lo

que siento por ella es tan grande que no lo esperaba. Al menos sé que mis amigas estarán ahí.

—Gracias —digo.

—Ve a descansar, yo haré lo mismo.

Veo cómo se aleja, y yo camino hacia mi bungaló, pero antes paso por el de Olga y puedo ver la luz encendida. ¿Estará esperándome? Me detengo un segundo dudando sobre qué hacer, estoy tentada a tocar, a pasar otra noche con ella, pero antes de que pueda decidir, la puerta se abre.

—Hola —dice mordiendo su labio inferior.

—Hola —susurro.

Extiende su mano para que la coja, y es lo que hago. Entro con ella y, antes de que pueda cerrar la puerta, pego su cuerpo contra la pared y comenzamos a besarnos, como si no lo hubiéramos hecho durante días.

El tiempo se para, no camina. Estamos ella y yo solas en un pequeño bungaló en la isla de Cozumel. Solo está el deseo por explorar nuestros cuerpos, por deshacernos de la ropa que nos sobra. Esta noche es nuestra como las otras siete que faltan y después, el destino decidirá.

CAPÍTULO 21

Olga

Me despierto antes que ella. Es la tercera mañana consecutiva que lo hago. En Madrid, mi alarma me arrancaba el sueño, pero aquí, mis ojos se abren solos cuando la luz empieza a filtrarse por las cortinas, como si mi cuerpo supiera exactamente cuándo quiere despertarse. Frida está dormida a mi lado, con el pelo revuelto sobre la almohada y una mano descansando en mi cintura. Me quedo quieta, observándola.

Quedan cuatro días.

El pensamiento me aprieta el pecho, pero intento no tomarlo en cuenta. No ahora. Ahora solo quiero esto: la tranquilidad de la mañana, el calor de su cuerpo contra el mío y el privilegio de verla dormir.

Me levanto con cuidado para no despertarla. Tengo una misión. Me dirijo al escritorio de Frida y allí encuentro *post-its* y un bolígrafo.

«Eres la mejor parte de despertar cada día».

Doblo el papel y lo meto en el bolsillo del pantalón que utiliza para trabajar. Después, cuando se vista, lo encontrará.

Es algo que llevo haciendo desde hace tres días. Notas escondidas en lugares donde sé que ella mirará temprano. En una

de sus zapatillas, en el cajón de la ropa interior, entre las páginas de un libro que está leyendo. Pequeños recordatorios de que existe alguien que piensa en ella, que la ve.

No me cuestiono si es cursi, si estoy siendo demasiado intensa. Solo lo hago porque quiero y es liberador no estar cuestionándome lo que hago a cada instante.

Cuando Frida se despierta media hora después, me encuentra en la cocina preparando café. Se acerca por detrás, me envuelve con sus brazos, dejando un beso en mi hombro.

—Buenos días —susurra contra mi piel.

—Buenos días —respondo, girándome para besarla en los labios.

Nos quedamos mirándonos un rato hasta que el sonido de la alarma de su móvil nos recuerda que hay un mundo exterior esperándonos.

—Tengo que ir a trabajar.

—Lo sé.

—Pero si puedo, me escaparé al mediodía —promete—. ¿Estarás en la piscina?

—Probablemente.

—Perfecto.

Me besa antes de desaparecer en el baño. Escucho el agua de la ducha y tengo que resistir la tentación de ir y meterme con ella. Si lo hago, ninguna de las dos saldrá de aquí en horas.

La veo vestirse. Muerdo mis labios cuando veo que mete la mano en el bolsillo y saca la nota. La lee, y sus ojos buscan los míos.

—Me gusta esto.

—A mí me gusta hacerlo.

Se acerca y me besa, uno más profundo.

—Nos vemos al mediodía —dice contra mis labios.

—Nos vemos.

La veo marcharse y me quedo sola en su bungaló. Podría ir al mío, debería hacerlo, pero me gusta estar aquí. Huele a ella, está lleno de sus cosas, es su casa, su hogar y me encanta estar en él. Me ducho y me visto para ir a desayunar.

Andrea y Greta ya están ahí, sentadas en nuestra mesa habitual.

—Buenos días, Olga —saluda Andrea con una sonrisa.

—Buenos días —respondo, sirviéndome zumo de naranja.

—¿Dormiste bien? —pregunta Greta.

—Muy bien, gracias.

No tengo que inventarme excusas, ellas no preguntan. Es una de las cosas que me encantan de este lugar: la privacidad es respetada, pero el apoyo siempre está disponible.

Desayunamos juntas, hablamos sobre el taller de después, de los planes para la tarde, Andrea dice que ayer vio delfines y Greta cuenta que se ha atrevido a probar el *paddle surf*. Son conversaciones simples y, sin embargo, no recuerdo cuándo he tenido algo así en Madrid.

Después del desayuno vamos a la clase de yoga. Todo es calmado, ya no me hago mil preguntas cuando nos pide que nos relajemos, simplemente lo hago y me dejo guiar por la voz de Sofía.

Cuando termina, me doy una ducha rápida y me pongo el bikini, cojo el libro que intento terminar de leer y me voy a la piscina. Me tumbo en la hamaca y comienzo a leer, relajada, dejando que el sol caliente mi piel, hasta que una sombra me cubre.

—Servicio de cafetería privado —escucho la voz de Frida.

Levanto la vista y está ahí, con dos vasos de lo que parece zumo en las manos y una sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco.

—No recuerdo haber pedido nada —digo, dejando el libro a un lado.

—Es servicio sin solicitud —responde, entregándome uno de los vasos—. Solo para clientas VIP.

—¿Soy VIP?

—La más VIP de todas.

Me río y bebo del zumo. Está perfecto: es de varias frutas y está bien frío. Riquísimo.

Frida se sienta en el borde de mi tumbona. Estamos en público, rodeadas de huéspedes, veo cómo Andrea me mira y sonríe para desviar la mirada, Greta está a su lado y ahora hablan entre ellas.

—¿Cómo va tu día? —pregunto.

—Ocupado. Llegaron tres huéspedes nuevas esta mañana, y una de las veteranas tuvo un colapso, Isabel lo solucionó. Muchas veces las emociones están ahí y salen cuando menos lo esperas.

—¿Necesitas ayuda?

Frida me mira sorprendida.

—¿Ayuda?

—No sé, tal vez, pueda hacer algo útil —digo, sintiendo cómo mis mejillas se calientan bajo la mirada de Frida—. Me siento mal viéndote trabajar mientras yo estoy aquí tomando el sol.

—Olga —dice—. Estás haciendo exactamente lo que deberías hacer. Descansando, desconectando, recuperándote, simplemente relajándote.

—Pero…

—Sin peros. Esto era para ti, para desconectar. No tienes que ser productiva, no tienes que ayudar, no tienes que hacer nada excepto existir.

Pienso que incluso aquí, incluso después de todo lo que he trabajado en mí misma, mi primer instinto sigue siendo buscar algo en que ser útil.

—Está bien —acepto—. Pero si cambias de opinión…

—Serás la primera en saberlo —promete.

Nos quedamos mirándonos un rato hasta que ella mira su reloj.

—Tengo que volver.

—Vale.

Se pone de pie, pero antes de irse se inclina y me deja un beso rápido en los labios.

—Nos vemos esta noche —susurra.

—Sí, esta noche.

La veo alejarse. Cada momento con ella es perfecto, pero cada día es uno menos.

Cuatro días.

Muevo la cabeza tratando de quitar ese pensamiento. Vuelvo a mi libro, pero las letras se desdibujan, no puedo concentrarme. En lugar de seguir intentándolo, cierro los ojos y dejo que el sol caliente mi cara.

A la hora del almuerzo voy con las chicas al salón. Carmen, como siempre, prepara variedad de comida. Está todo increíblemente bueno.

—Voy a echar de menos que me hagan la comida —comenta Andrea.

—Creo que todas lo echaremos —aseguro.

Después de almorzar bajamos a la playa, Greta insiste en que la veamos intentar mantenerse en la tabla de pie. Ella lo intenta, constantemente, mientras vitoreamos su nombre y aplaudimos cada vez que se queda más de unos segundos en la tabla de surf. Greta se siente eufórica, una señora que vuelve a sonreír. Tenía que irse hace una semana y decidió ampliar la estancia, por primera vez en mucho tiempo sentía ser ella de nuevo.

Andrea también lo intenta, incluso yo. Río de felicidad, de no tener preocupaciones, de poder soltar todo ese peso que tengo en Madrid. Río de sentir la pura libertad.

A las cuatro vamos al taller de danza de Sofía. Cada vez que entro y simplemente muevo mi cuerpo sin ser juzgada, sin esperar una aprobación, siento que otra capa de mi armadura cae, creo que ya no quedan más. Este lugar ha derribado todas.

Cuando termina, estoy completamente sudada y exhausta, pero feliz. Camino hasta mi bungaló, me ducho y me cambio para ir al de Frida y esperarla ahí.

Llega pasadas las siete y se la ve cansada, pero sonríe al verme.

—Hola —dice dejándose caer en el sofá.

—Hola. ¿Día duro?

—Largo —corrige—. Pero ahora estoy aquí contigo, así que todo está bien.

—¿Tienes hambre? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Me muero de hambre.

—Perfecto. Voy a cocinar.

Frida me mira sorprendida.

—¿Vas a cocinar?

—¿Por qué te sorprendes tanto? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Porque me dijiste que en Madrid solo pedías comida a domicilio, o a la oficina en su defecto.

—Bueno, sí —admito—. Pero aquí tengo tiempo, y Carmen me ha dado alguna clase de cocina. Me gusta cocinar.

Es la verdad. Hace unos días, cuando simplemente preparaba una ensalada rápida, me di cuenta de que el picar los vegetales me daba calma, mezclar los ingredientes y después probar lo que has hecho, esa satisfacción no la había experimentado antes.

—¿Qué vas a hacer de comer? —pregunta Frida siguiéndome hasta la cocina.

—Pasta con verduras. Nada elaborado.

—Suena perfecto.

Mientras voy preparando los ingredientes y pongo el agua a hervir, Frida me cuenta su día. Sobre los pedidos a proveedores, de una pareja de chicas que llegaron diciendo que eran amigas, pero claramente hay algo más, de cómo Carmen sigue su lucha personal con los coatíes.

Lo que cuenta me hace reír. Me encanta verla así, relajada y contándome las cosas con tanta efusividad.

—Pásame los ajos —dice poniéndose a mi lado.

Cocinamos juntas, moviéndonos en la cocina como si lo hubiéramos hecho mil veces. Ella corta los ajos, yo salteo las verduras. Esto podría ser mi vida. No reuniones interminables y comidas rápidas frente al ordenador, sino esto: cocinar para alguien a quien amo, compartiendo el día, riendo de tonterías.

Espera.

¿Amo?

El pensamiento me hace quedarme paralizada, con el colador de la pasta en la mano, procesando mis pensamientos.

—¿Olga? ¿Estás bien? —pregunta Frida.

—Sí —respondo con rapidez—. Solo pensaba.

—¿En qué?

—En nada importante.

Miento, porque es importantísimo, ya que acabo de darme cuenta de que me he enamorado de esta mujer. No sé cuándo pasó exactamente. ¿Fue la primera noche que pasamos juntas? ¿Fue cuando bailamos en la plaza del pueblo? ¿Fue cuando me contó su pasado? O tal vez fue todo junto. Cada momento, cada

conversación, cada risa compartida, construyendo algo que ahora es innegable.

La amo.

Y en cuatro días me voy.

—Oye —dice Frida, tocando mi brazo—. ¿Segura de que estás bien? Te ves pálida.

—Estoy bien —insisto—. Solo cansada de la clase de danza con Sofía.

No me cree, lo sé, pero no dice nada, no presiona. En su lugar, me quita el colador de las manos y sirve la pasta.

Comemos y le cuento lo del surf, que yo también intenté mantenerme de pie. La veo reír y me encanta cuando lo hace. Después de comer, recogemos las cosas y, mientras ella friega, yo seco; este ritual me gusta.

Una vez en el sofá con unas camisetas a modo de pijama, sin maquillaje y mirándonos, me parece tan romántico este momento compartido que un pensamiento viene a mi cabeza:

«Podría hacer esto todos los días de mi vida».

La realidad me golpea. Esto es lo que quiero. No lo estás dos semanas en el paraíso, sino esto: la rutina doméstica, estos pequeños momentos compartidos con la mujer que amo.

Siento cómo una lágrima se escapa de mis ojos e intento limpiarla con rapidez, pero Frida lo ve.

—Olga…

—Lo siento —digo, limpiando mis lágrimas—. Es solo que…

—¿Qué?

Podría volver a mentir, decir que es el cansancio, o las emociones del día, o cualquier otra excusa, pero estoy cansada de mentir, de ocultar lo que siento.

—Podría hacer esto todos los días —susurro—. Comer contigo, hablar contigo, cocinar contigo, despertarme contigo. Podría hacerlo el resto de mi vida y ser feliz.

Frida se queda inmóvil, sus ojos buscando los míos, como si quisiera saber si esto que digo es en serio.

—Olga…

—Lo sé —la interrumpo—. Sé que prometimos no hablar del futuro, sé que esto tiene fecha de caducidad, pero no puedo evitarlo. Quiero más que estos días. Quiero… quiero todo contigo.

Hay un momento de silencio, puedo sentir el latido de mi corazón, los ojos de Frida en los míos, cómo mi estómago se retuerce de ansiedad y entonces, Frida se acerca más a mí y toma mi cara entre sus manos.

—Yo también —dice, y su voz se quiebra—. Yo también quiero todo contigo.

Nos besamos en el sofá, con las lágrimas recorriendo nuestras mejillas. Es un beso torpe, pero a la vez perfecto. Ambas nos hemos dado cuenta de que querer no es suficiente. Porque yo en cuatro días cogeré un avión de regreso a Madrid. Y ella se queda aquí, y no tengo ni idea de cómo hacer que esto funcione.

CAPÍTULO 22

Frida

No duermo bien. Olga está acurrucada contra mí y yo estoy mirando el techo. Sus palabras siguen resonando en mi cabeza.

«Podría hacer esto todos los días de mi vida».

«Quiero todo contigo».

Y mi respuesta salió sin pensar, sin filtros: *«Yo también».*

Porque es verdad. Es tan real que duele. Aunque esa verdad no cambia nada. En tres días, Olga se va. Tiene una vida entera esperándola en Madrid: el bufete, la familia, la carrera que construyó durante tanto tiempo. No puedo pedirle que renuncie a todo eso por algo que apenas tiene dos semanas.

Y yo… tengo Luna Llena. Este lugar que construí desde cero, que es mi sanación, mi propósito. No puedo simplemente abandonarlo.

Cuando me quedo dormida, no sé ni qué hora es. Me despierto sola en la cama. Olga no está a mi lado, pero puedo escuchar que está en la cocina. Huele a café recién hecho.

Me quedo en la cama un momento más, procesando. Anoche cruzamos una línea. Nos dijimos en voz alta lo que ambas estábamos sintiendo, pero que tratábamos de ignorar. Ya no podemos fingir que esto es solo un romance de vacaciones, algo que

solo será temporal. Esto es tan real que lo hace todo demasiado complicado.

Me levanto y la encuentro moviéndose en la cocina, en pijama. Está preparando el desayuno. Hay fruta cortada, pan tostado, huevos revueltos. Está cocinando de nuevo.

—Buenos días —digo acercándome.

Se gira y me sonríe, pero hay algo en sus ojos que no estaba ahí antes.

—Buenos días —dice rodeándome por la cintura—. Hice el desayuno.

—Ya veo —respondo, dejando un beso en sus labios—. ¿Dormiste bien?

—Más o menos —admite—. ¿Tú?

—Igual.

Nos sentamos a desayunar en silencio. Es diferente ahora, no es el silencio cómodo de otros días, este es denso, cargado de cosas que no estamos diciendo.

—Necesitamos hablar de esto —dice Olga dejando el tenedor en el plato—. De lo que dijimos anoche.

Siento cómo mi estómago se encoge. Quiero huir de esta conversación, posponerla hasta que sea absolutamente inevitable, pero tiene razón. No podemos seguir evitándolo, tenemos que hablar.

—Está bien —acepto—. Hablemos.

Olga respira profundo, como para prepararse para un juicio complicado, de alguna manera, lo es.

—Vuelvo a Madrid en tres días —empieza, y cada palabra es como un puñal clavado en mi pecho—. Tengo un trabajo esperándome, casos pendientes, responsabilidades. No puedo simplemente no volver.

—Lo sé.

—Pero tampoco quiero perderte —continúa, y sus ojos se llenan de lágrimas—. Estas dos semanas aquí, contigo, han sido las más felices de mi vida. Eres... eres la mejor parte de mí ahora. Y la idea de regresar a Madrid y nunca volver a verte me está destrozando.

—A mí también me está destrozando —aseguro, cogiendo su mano por encima de la mesa.

—Entonces, ¿qué hacemos? —pregunta, y su voz suena desesperada—. ¿Cómo hacemos que esto funcione?

Esa es la pregunta que me he estado haciendo toda la noche.

—No lo sé —admito—. Una relación a distancia sería complicada. Madrid y Cozumel no están muy cerca, que digamos.

—Podría venir a visitarte —sugiere—. Cada mes o dos meses. Podría coger todas esas vacaciones que no he tenido antes.

—Olga, acabas de estar quince días aquí. ¿Crees que te dejarán volver a coger vacaciones? ¿Cuánto crees que podríamos mantener esto de viajar, y que no haya consecuencias en el trabajo?

Cierra los ojos y se pinza el puente de la nariz, sabe que tengo razón.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Podrías venir a Madrid?

Pienso en ello. Luna Llena no puede funcionar sin mí por un período largo de tiempo. Tengo un equipo increíble, pero yo soy quien guía todo esto, quien diseña los programas, quien contacta con los proveedores. Esto es mi responsabilidad.

—Tal vez una o dos veces al año —digo—. Pero no más que eso.

El silencio vuelve entre nosotras, más pesado que antes.

—Podríamos intentarlo de todos modos —dice Olga después de un momento—. La distancia, las visitas esporádicas. Es mejor que nada.

Quiero decir que sí. Quiero aferrarme a cualquier posibilidad de mantenerla en mi vida. Pero he visto suficientes relaciones a distancia fracasar para saber cómo termina esto.

—Podríamos —acepto—. Pero tenemos que ser honestas sobre lo difícil que será. Las llamadas a diferentes horarios, los meses sin vernos, la frustración de querer estar juntas y no poder.

—Lo sé —susurra—, pero prefiero eso a perderte por completo.

—Yo también —digo, aunque mi corazón se encoge.

Porque sé algo que ella aún no ve. Conozco mi historia, mi patrón. Cuando algo se vuelve demasiado difícil, cuando el dolor supera el placer, yo huyo. Es lo que hice con la cirugía, con las relaciones pasadas, con todo lo que amenazaba con lastimarme.

¿Podré ser diferente esta vez? ¿O cuando el dolor de extrañarla sea demasiado, me alejaré como siempre? No tengo las respuestas, solo estos tres días que nos quedan.

—Entonces lo intentamos —dice Olga con determinación—. Haremos que esto funcione de alguna manera.

—Lo intentamos —repito, aunque mi voz no suena tan convencida como la suya.

Terminamos de desayunar y de recoger la cocina, y Olga mira su reloj.

—Tengo el taller de escritura en media hora.

—Y yo, que preparar el círculo de esta noche —digo.

Antes de que se vaya por la puerta, la llamo.

—Olga.

Se gira y aprieta sus labios.

—Pase lo que pase —comienzo a decir—, quiero que sepas que estos días contigo han sido los mejores de mi vida. No me arrepiento de nada.

Sus ojos se llenan de lágrimas.

—Yo tampoco —susurra.

Nos besamos, es suave, despacio, como si estuviéramos inmortalizando este momento para que el futuro fuera más soportable.

Cuando se va, me quedo sola, rodeada de cosas que ha ido dejando en mi bungaló. Una camiseta tirada en el sofá, la taza de café que utiliza en el escurridor. Voy a la habitación y me tiro en la cama, aspiro la almohada, huele a ella. Me abrazo a ella y por primera vez en años me permito llorar. Me permito que las lágrimas salgan sin controlarlas, resbalan por mis mejillas mientras enfrento la verdad que he estado evitando.

Voy a perder a Olga.

Tal vez no en tres días. Tal vez intentemos la distancia por un tiempo, nos aferraremos a videollamadas y *WhatsApp*, pero la realidad se impondrá. Las vidas que hemos construido en lugares diferentes nos separarán.

Y no sé cómo sobrevivir a esto.

Porque esta mujer, esta abogada brillante que llegó aquí hace unas semanas, se ha convertido en algo esencial para mí. No puedo imaginar mis mañanas sin despertarme a su lado, no puedo imaginar mis noches sin ella en mis brazos. Pero la realidad es que tengo que hacerlo. Porque en apenas tres días, será una jodida realidad.

El día pasa demasiado despacio en algunos momentos y rápido en otros, sobre todo cuando me cruzo con ella, cuando la veo reír con algunas de las chicas.

Cuando llega la hora del círculo, abro los ojos y la veo, sentada frente a mí. Esta noche hablamos sobre la transformación. Sobre cómo han cambiado durante su tiempo aquí. Greta habla de hacer las paces con su cuerpo. Andrea, sobre aprender a poner límites con sus hijos. Jennifer, sobre redescubrir su sensualidad.

Y cuando me toca hablar, me encuentro diciendo:

—A veces la transformación más grande no es la que planeamos. Es la que nos asusta. La que nos pide soltar no solo nuestro control, sino nuestra seguridad.

Nuestras miradas se encuentran, y sé que ella entiende que estoy hablando de nosotras.

Después del círculo, caminamos juntas de regreso a mi bungaló en silencio. Hay tanto que decir, pero ninguna sabe cómo empezar.

Llegamos a la puerta y Olga se detiene.

—¿Puedo quedarme esta noche?

—Siempre —respondo.

Porque eso es lo que quiero, tenerla aquí para siempre, pero soy consciente de que no puedo pedirle eso, que no puedo exigirle nada. Tres días y dos noches, ese es el tiempo que tenemos para estar juntas, después solo el destino decidirá, pero por ahora necesito dejar de pensar en el futuro y no permitir que la ansiedad me consuma. Solo quiero disfrutar de ella, de estos días.

Entramos y, como otras noches, antes de que cierre la puerta, ya la estoy besando, mis manos recorriendo su cuerpo, y Olga deshaciéndose de mi ropa que le estorba.

—Frida —susurra contra mi boca.

—¿Qué? —respondo metiendo mi mano entre sus bragas.

—Hazme tuya —ordena.

Siento cómo mi corazón va a mil, cómo el deseo se multiplica ante sus palabras, y lo que me pide se hace realidad. Nos amamos durante horas, recorriendo nuestros cuerpos, explorando cada rincón de ellos, sin dejar nada sin besar. En la habitación solo se escuchan gemidos de placer que ocultan la realidad de que solo nos queda una última noche.

CAPÍTULO 23

Olga

El día de la marcha llega demasiado rápido.

Miro mi maleta abierta encima de la cama y siento que no puedo respirar. Los últimos días pasaron demasiado rápido. Es hora de marcharme, cada prenda que meto, cada recuerdo que me llevo de este lugar es como una traición a la Olga que he descubierto aquí.

Frida está preparando café, puedo escucharla moviéndose, y cada sonido cotidiano se graba en mi memoria como algo precioso que estoy a punto de perder. Cierro los ojos y trato de no llorar.

He llorado más estos últimos días que en años. Lágrimas silenciosas por la noche mientras Frida duerme. Lágrimas por la mañana en la ducha. Lágrimas que contengo durante el día porque, si empiezo, sé que no voy a parar.

Doblo el vestido que llevaba la primera vez que hicimos el amor. Parece que fue hace meses, no semanas. Siento que soy una persona completamente diferente a la mujer que llegó aquí hace quince días. Esa Olga estaba rota, perdida, desesperada. Esta Olga está completa, viva, enamorada. Y eso me hace mucho más vulnerable.

—El café está listo —dice Frida desde la puerta.

Me giro para mirarla. Está apoyada en el marco, descalza, con una camiseta. Hermosa, tanto que duele hasta mirarla.

—Ya casi termino —respondo.

Ella solo asiente y desaparece de nuevo hacia la cocina.

Guardo las últimas cosas: mi cargador, mi libro, una camiseta que compré una vez que visité un pueblo cercano. Mi mano se detiene sobre la almohada donde Frida durmió anoche, un nudo se me forma en la garganta, mi última noche con ella ya fue.

Cierro la maleta y siento que estoy dejando atrás una vida.

Cuando salgo, Frida está en la terraza. Me siento a su lado y miramos al mar. Ese que veré por última vez.

—¿A qué hora sale el ferry? —pregunta.

—A las once —respondo—. Llegaré a Puerto del Carmen, y de ahí al aeropuerto de Cancún, que el vuelo sale a las tres.

Miro el reloj: son las nueve de la mañana. Dos horas, eso es todo lo que me queda.

Tomamos el café en silencio. Este es diferente, sabiendo que no habrá más y no sé hasta cuándo.

—Frida —su nombre sale como un susurro—. Sobre lo que hablamos, sobre intentar la distancia…

—Sí —dice, dejando su taza en la mesa—. Yo también he estado pensando en eso.

—Creo que tenemos que intentarlo —las palabras salen rápidas, desesperadas—. Sé que será difícil, pero no puedo simplemente irme y fingir que esto no pasó, que tú no exististe.

—Yo tampoco puedo hacer eso —admite—. Pero, Olga, tenemos que ser realistas sobre lo que esto significa. Las zonas horarias, la distancia, nuestras vidas…

—Lo sé —la corto—, pero también sé que lo que siento por ti no es algo que haya sentido antes. Así que sí, será complicado y doloroso a la vez, pero prefiero eso a no tenerte.

Frida me mira y veo cómo sus ojos brillan, son las lágrimas acumulándose en ellos.

—Está bien —responde—. Lo intentamos. Llamadas cuando podamos, mensajes, visitas cuando sean posibles.

—¿Cuándo podrías venir a Madrid? —pregunto.

—Ahora llega una temporada alta —dice—. Tengo grupos programados, talleres, pero tal vez en abril o mayo.

—Yo podría volver antes —sugiero—. En febrero, entre casos. Una semana, tal vez.

—Eso sería… —su voz se quiebra—, eso sería perfecto.

Nos abrazamos, y en este abrazo hay un alivio mezclado con dolor. No es un final, pero tampoco es suficiente.

A las diez caminamos hasta el coche de Frida y sube mi maleta.

—Nos vamos al muelle —dice, y jamás he escuchado una frase tan triste como esta.

El trayecto lo hacemos en silencio, con las manos entrelazadas sobre la palanca de cambio. Pasamos por sitios que ahora significan algo para mí. La playa donde hicimos el amor bajo la luna. El restaurante donde cenamos la primera vez. El mercado donde Frida

me enseñó a regatear. Todo Cozumel se ha convertido en un mapa de recuerdos entre nosotras.

Cuando llegamos al muelle, ya hay gente esperando el ferry. Familias con niños, turistas con maletas, locales que van a hacer la compra al continente. Frida aparca, pero ninguna de las dos se mueve.

—Todavía tienes veinte minutos —dice, mirando el reloj.

—Veinte minutos —repito, como si pudiera estirar el tiempo con solo decirlo.

Salimos del coche y nos dirigimos a esperar que el ferry atraque. Lo vemos acercarse en el horizonte.

—Olga —dice Frida de repente, girándose hacia mí—. Hay algo que necesito decirte antes de que te vayas.

—¿Qué? —pregunto, y siento cómo mi corazón parece querer salir del pecho.

—Te amo —dice, y veo cómo resbala una lágrima por su mejilla —. Te amo de una manera que no sabía que era posible. Quiero que lo sepas, que lo lleves contigo. No importa lo que pase, esto fue y es real. Tú eres muy real para mí.

Las lágrimas que he estado conteniendo finalmente salen.

—Yo también te amo —digo—. Tanto que duele. Tanto que no sé cómo voy a subirme a ese barco.

—Tienes que hacerlo —responde—. Tienes una vida esperándote. Casos, mujeres que necesitan tu ayuda, tu familia.

—Y tú tienes Luna Llena.

—Sí.

El ferry atraca, la gente se prepara para subir, mientras otros bajan a un destino que seguro les cambiará la vida.

—Cinco minutos —anuncia uno de los trabajadores.

Frida me abraza y yo me aferro a ella como si pudiera fundirme en su cuerpo y quedarme ahí para siempre.

—Llámame cuando llegues, por favor —me pide contra mi pelo.

—Serán como las tres de la mañana para ti.

—No me importa. Necesito saber que llegaste bien —dice.

—Está bien —acepto.

Nos separamos lo suficiente para mirarnos a los ojos. Y entonces, con el corazón en la garganta, las palabras salen antes de que pueda detenerlas:

—¿No vas a pedírmelo? ¿No vas a decirme que me quede?

Veo el dolor en el rostro de Frida, sus ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Levanta su mano y acaricia mi mejilla con una ternura que me destroza.

—No, Olga —dice—. No puedo hacer eso. Si te quedas porque yo te lo pido, algún día me odiarás por lo que dejaste atrás. No soy yo quien tiene que tomar esa decisión. Tienes que elegirte a ti misma, no a mí.

Sus palabras son una bofetada sin mano, pero tiene razón. Si me quedo ahora, sería por ella. Por este amor que nos consume. ¿Pero qué pasaría en seis meses cuando extrañe mi trabajo? ¿En un año, cuando extrañe lo que soy? ¿En dos años, cuando me pregunte qué

habría sido de mi carrera? La amaría, sí, pero también podría terminar sintiendo culpa por todo lo que dejé atrás.

—Últimos pasajeros —grita uno de los trabajadores.

Frida me atrae hacia ella y nos besamos. Es un beso que trata de decir todo lo que las palabras no pueden. Un beso de despedida que también es una promesa.

—Te amo —digo, porque necesito que lo sepa, que nunca lo olvide.

—Yo también te amo —responde—. Por eso te dejo ir, y por eso voy a estar esperando cada llamada que me hagas.

Cojo mi maleta y camino hacia el ferry. Cada paso se siente como si me arrancara una parte de mí.

A mitad del muelle me detengo y me giro. Frida sigue ahí, parada exactamente donde la dejé. Nuestras miradas se encuentran, y en ese momento entiendo algo. Esto no es un final. Es una pausa en nuestra historia, no un punto final.

Subo al barco y encuentro un lugar en una de las barandillas que dan al muelle. Frida no se ha movido. Sigue ahí, mirándome. Levanta una mano para despedirse. Me quedo mirándola hasta que el barco comienza a moverse y ella se hace tan pequeña que no puedo distinguirla entre la gente. Hasta que el muelle se hace borroso en la distancia. Solo entonces me permito alejarme de la barandilla y sentarme.

Ahora comienza la vida que he estado evitando estas semanas. Saco el móvil, ese que ha permanecido apagado todo este tiempo.

Sé que cuando lo encienda y conecte con el wifi, se llenará de mensajes, correos. Pero ahora no quiero lidiar con eso, todavía no.

CAPÍTULO 24

Olga

El avión aterriza en Madrid a las ocho y media de la mañana.

Miro por la ventanilla y lo primero que veo es gris. Gris en el cielo, gris en el asfalto, gris en los edificios a lo lejos. Ni un atisbo del azul del Caribe. Ni un rayo de ese sol que me despertaba cada mañana en Cozumel. Es diciembre. Invierno y frío.

Me abrocho el abrigo mientras salgo del avión y camino por el pasillo hasta llegar a la terminal. El aire al pasar me hace tiritar y me cierro más el abrigo. Llevo dos semanas acostumbrada al calor húmedo, a la brisa del mar, a caminar descalza.

Ahora estoy de vuelta, y volveré a mi vida con vestidos caros y tacones de vértigo. Paso por inmigración en piloto automático. Pasaporte a la máquina, mirar la pantalla, seguir. Recojo la maleta y salgo a la terminal.

Emi está esperándome junto a la salida, con un café en cada mano y esa sonrisa suya que siempre me hace sentir que todo va a estar bien. No la esperaba y no sabía lo que me hacía falta. Camino hacia ella y me derrumbo en sus brazos, llorando como no lo había hecho ni siquiera en el muelle con Frida.

—Emi —sollozo—. Me duele tanto.

Ella me abraza sin decir nada, sin hacer preguntas. Solo me deja llorar hasta que no me quedan más lágrimas. Cuando nos separamos, me observa con esos ojos que me conocen desde hace años.

—Me lo cuentas en el coche —dice, pasándome uno de los cafés.

Durante el trayecto a mi apartamento, le cuento todo. Sobre Luna Llena, sobre Frida, sobre cómo me enamoré de una mujer que vive a ocho mil kilómetros de distancia. Sobre la despedida en el muelle, sobre las palabras que Frida me dijo y que todavía resuenan en mi cabeza: *«No puedo hacer eso. Si te quedas porque yo te lo pido, algún día me odiarás por lo que dejaste atrás».*

Emi escucha en silencio y es después de terminar cuando hace las preguntas:

—¿La amas?

—Sí —respondo mirándola.

—¿Y ella te ama?

—Sí.

—Entonces van a encontrar la manera —asegura, y quiero creerla —. El amor verdadero siempre encuentra la manera.

«Ojalá fuera tan fácil», pienso mientras miro al exterior por la ventanilla.

Llegamos a mi edificio en el barrio de Salamanca. Subimos al cuarto piso. Abro la puerta de mi apartamento y me detengo en el umbral. Este lugar fue mi refugio durante años. Lo decoré yo misma, cada detalle elegido con cuidado. Muebles de diseño, tonos neutros,

líneas limpias. Todo minimalista, todo perfecto, todo bajo control. Y ahora me parece un museo, o peor, una celda de lujo.

Entro arrastrando la maleta, Emi me sigue.

—¿Quieres que me quede un rato? —pregunta.

—No, gracias. Necesito estar sola. Además, estarán desesperados porque no has llegado a la oficina.

—Di una buena excusa para ausentarme —dice sonriendo—. Dije que llegaría más tarde.

—¿Saben que he vuelto? —pregunto nerviosa.

—Saben que mañana te incorporas. Les dije que llegabas de madrugada.

—Gracias —susurro abrazándola.

Emi me devuelve el abrazo.

—No he encendido el móvil —digo.

—No lo hagas todavía —dice separándose de mí—. Hazlo más tarde o incluso mañana.

Asiento, las dos sabemos que mi padre y mi hermano habrán hecho de las suyas. Pero tengo que enfrentarme a esto y saber a qué atenerme antes de ir a la oficina.

Emi vuelve a abrazarme y me promete llamarme más tarde. La veo cerrar la puerta tras de ella, y yo sigo ahí parada en medio del salón, rodeada de un silencio que contrasta con el sonido del mar que he escuchado estos últimos quince días. Aquí todo es tan silencioso, tan corriente, tan frío.

Camino hacia mi habitación. La cama está perfectamente hecha. Las almohadas alineadas, la colcha sin una arruga. Todo en su lugar. Pienso en la cama desordenada de Frida, en las sábanas revueltas por nuestros cuerpos, en cómo nunca hacíamos la cama porque siempre volvíamos a ella.

Me siento en el borde de la cama y miro la maleta. Debería deshacerla, poner la ropa sucia a lavar, guardar todo en su sitio, pero no tengo fuerzas. Miro el bolso, ahí está. Tengo el móvil. No he querido encenderlo, he logrado no cogerlo durante mi estancia en la isla. No quería que el mundo real me alcanzara, pero ya no puedo posponerlo más. Saco el teléfono y lo enciendo. Tarda unos segundos en conectarse, y entonces empiezan a llegar las notificaciones. Una tras otra, el móvil vibra sin parar durante casi un minuto.

Correos. *WhatsApp*. Llamadas perdidas.

Empiezo a revisar. Emi diciéndome que ignore el teléfono. Clientes que necesitan respuestas, y luego…

Mi padre.

«Nos has dejado tirados».

Ese es el primer mensaje, del día después de que me fui. Luego nada durante una semana y después:

«Cuando vuelvas, hablaremos sobre cómo gestionar esta crisis que hemos tenido por tu escapada».

¿Crisis? ¿Qué crisis?

Sigo bajando. Mi hermano Roberto. Demasiados mensajes. Los leo en orden:

«Quince días, Olga. ¿En serio?».

«Abandonas el barco cuando más te necesitamos».

«Eres lo peor. No te mereces nada de lo que tienes».

«Encima, ni contestas. Hay un problema con un cliente y tú en una playa. Así es todo contigo».

«Siempre tan egoísta. Papá tiene razón sobre ti».

Leo los mensajes una vez, dos, tres. Y algo hace clic en mi cerebro. Solo estuve fuera quince días de un año completo, y ellos actúan como si hubiera abandonado el bufete para siempre.

Mi padre, que lleva años diciéndome que el bufete es su legado, que su padre lo construyó y él lo llevó a lo más alto, que nosotros solo éramos meros ayudantes. Ese mismo padre que ahora dice que lo dejé tirado, como si sin mí no pudiera funcionar nada.

Roberto, que constantemente me dice que mi trabajo es solo redactar bien, pero que las estrategias y los contactos son suyos. Ese mismo Roberto que ahora me reprocha no estar disponible veinticuatro siete.

Me doy cuenta de algo que debí ver hace años: dependen de mí. Completamente.

El bufete que tanto dicen que es gracias a ellos, que es el legado de mi abuelo, que funciona por los contactos de ambos… Ese bufete no puede sobrevivir ni quince días sin mí.

Y jamás me lo han reconocido, nunca me lo han agradecido. Solo reproches. Solo exigencias. Solo críticas. Me tiemblan las manos mientras guardo el teléfono. Mañana vuelvo al trabajo, mañana

tengo que enfrentarme a ellos, mañana vuelvo a ser Olga Aranda, abogada del prestigioso bufete Aranda & Asociados.

Pero esta noche, en mi apartamento que se siente como una celda, me pregunto si esa Olga todavía existe. O si se quedó atrás después de lo vivido en Cozumel.

La mañana llega demasiado pronto.

La alarma suena. Mi cuerpo está confundido por el cambio horario, pero me levanto igual. Vuelvo a mi ritual en la ciudad. Café, ducha, maquillarme. El uniforme: traje de sastre gris oscuro, blusa blanca y tacones, el pelo recogido en un moño impecable. Me miro al espejo y veo a la Olga de antes. Perfecta, profesional, todo bajo control.

Llego al bufete a las ocho. Subo en ascensor hasta las oficinas de Aranda & Asociados. Entro a la recepción y ahí está ya Clara.

—Buenos días, Olga. Bienvenida.

—Buenos días, Clara.

Camino hacia mi despacho. Paso frente al de mi padre, su puerta está abierta, y él por extraño que parezca, está ahí.

—Olga —me llama.

Me detengo y, antes de entrar, respiro hondo.

Mi padre está sentado detrás de su enorme escritorio de color caoba, heredado de su padre. Me mira de arriba abajo cuando me ve.

—Vaya bronceado —dice, y sé que lo hace para herirme—. Se ve que el dejar tirada a tu familia te ha sentado bien.

No le respondo, solo aprieto los dientes. Se levanta, coge una pila de expedientes de su escritorio y los deja caer delante de mí con un golpe seco.

—Esto es lo que se acumuló mientras estabas descansando —dice—. El caso Velázquez necesita una revisión completa del contrato. El divorcio de los Mendoza se complicó y hay que rehacer toda la estrategia, y tenemos tres clientes nuevos que necesitan atención inmediata.

Miro la pila; debe de haber al menos treinta expedientes.

—Papá…

—Además —me interrumpe—, necesitamos hablar sobre lo que pasó con Industrias Gómez. Tu ausencia creó complicaciones.

—¿Qué complicaciones?

—Hablaremos luego. Ahora ponte a trabajar. Tienes mucho que recuperar.

Me despide con un gesto de su mano para que salga. No hay un beso, un "¿qué tal, hija?". Nada, solo reproches y trabajo.

Salgo del despacho con los expedientes entre las manos. Paso por delante de Roberto y me mira de arriba abajo con tanto desprecio que duele.

—La viajera ha vuelto —dice alzando las cejas—. Espero que nos hayas traído algo, porque eso será nuestro único beneficio de tu escapada.

No le contesto, sigo caminando hacia mi despacho.

Me siento en la famosa silla ergonómica de mil quinientos euros que me compró mi padre el año pasado, como premio de

consolación por no hacerme socia todavía.

Dejo los expedientes sobre el escritorio, enciendo el ordenador, y entonces siento algo extraño en el pecho, una opresión. Como si alguien me estuviera apretando desde dentro. Está pasando otra vez. Intento respirar hondo, pero no puedo, el aire no llega. Me suelto un par de botones de la blusa. Me levanto hasta la ventana y la abro, aunque haga frío. La opresión no se va. Miro mi escritorio, los expedientes esperando, el ordenador encendido, el teléfono que pronto empezará a sonar.

Vuelvo a mi escritorio. Intento respirar. Es complicado, pero lo consigo. Abro el primer expediente. Caso Velázquez. Un contrato de fusión empresarial. Leo la primera página, las palabras bailan frente a mis ojos. Leo de nuevo, no puedo concentrarme. Leo una tercera vez, las letras no significan nada. Cierro el expediente, abro otro. Divorcio de los Mendoza, custodia compartida, división de bienes. Lo mismo: las palabras están ahí, pero mi cerebro no las procesa. La opresión en mi pecho se intensifica.

Me levanto, camino hacia la ventana, miro hacia afuera. Madrid se extiende frente a mí. Edificios, tráfico, gente corriendo de un lado a otro. Todo gris, todo rápido, todo ruidoso, y yo aquí, en mi despacho, en una silla que es más cara que un salario mínimo, rodeada de expedientes que no me importan. Me doy cuenta de algo que me aterroriza: ya no encajo en mi propia vida.

La Olga que se fue hace quince días ya no existe. Esa Olga estaba rota, sí, pero al menos encajaba aquí. Sabía cómo funcionar en este mundo. Sabía cómo ser la hija perfecta, la abogada perfecta, la máquina perfecta. La Olga que ha vuelto, la que hizo el amor bajo

la luna, la que se enamoró de una mujer que le enseñó a vivir en lugar de solo existir, la que descubrió que hay otra manera de ser… Esa Olga se está asfixiando.

Vuelvo al escritorio. Intento concentrarme. Respiro y no puedo, ya no. Cojo mi móvil y escribo.

Olga: Primer día de trabajo. Me ahogo.

La respuesta llega rápido.

Frida: Respira, tranquila. Todo va a estar bien. Es el primer día, date tiempo.

Está despierta respondiéndome a pesar de la hora. No sé si voy a poder con esto, pero como dice Frida, necesito tranquilizarme, respirar y volver a ser esa Olga eficiente, lo que no tengo claro es si quiero volver a ser esa persona.

CAPÍTULO 25

Olga

Han pasado dos semanas desde que volví de Cozumel y siento que llevo dos años aquí, todo es automático.

Me levanto cada mañana a las seis. Café, ducha, maquillaje. Los mismos trajes de sastre de diferentes colores. Los mismos tacones que me destrozan los pies. El mismo moño perfecto.

Llego a las ocho, reviso emails, atiendo llamadas, redacto contratos. Voy a reuniones donde hombres en trajes caros discuten sobre dinero como si fuera lo único que importa en el mundo. Sonrío cuando debo sonreír, asiento cuando debo asentir, hablo cuando debo hablar, pero no estoy realmente aquí.

Mi cuerpo funciona. Mis manos escriben. Mi boca articula palabras técnicas y legales, pero mi mente… mi mente sigue en la playa de arena blanca, bajo palmeras que se mecen con la brisa, junto a una mujer de ojos oscuros que me enseñó lo que era sentirse viva.

Cada noche hablo con Frida. A veces por videollamada, otras por mensajes. Me cuenta sobre el hotel, sobre los clientes, sobre el mar. Yo le cuento sobre casos aburridos, sobre clientes difíciles, sobre mi padre y Roberto, que cada día me exigen más y me valoran menos.

—¿Cómo estás realmente? —me pregunta siempre.

Y yo siempre miento:

—Bien. Solo necesito adaptarme.

Pero no estoy bien, y no me estoy adaptando. Me estoy muriendo por dentro.

Es viernes por la tarde. Llevo toda la semana trabajando hasta las diez de la noche. Estoy en mi despacho, revisando un contrato de arrendamiento para un cliente, cuando Emi entra con una carpeta.

Se detiene en la puerta y me mira. Realmente me mira, y yo bajo la cabeza para seguir leyendo.

—¿Qué? —pregunto sin mirarla esta vez.

No responde, sigo leyendo. Cláusula tras cláusula de un contrato que no me importa para un cliente que no conozco sobre una propiedad que nunca veré.

—Olga —dice Emi.

Levanto la vista. Ella está ahí parada, mirándome, observándome como nadie lo ha hecho aquí. Deja la carpeta sobre mi escritorio y cruza los brazos.

—Estás aquí —comienza a decir—, pero tus ojos siguen allí.

Me quedo mirándola y aprieto los labios. Las palabras me golpean como un puñetazo en la boca del estómago.

—Emi…

—No —me interrumpe—. Llevo dos semanas viéndote. Tu cuerpo está aquí, pero tu alma no. Hablas, pero no dices nada. Sonríes, pero tus ojos están muertos.

—Estoy bien —vuelvo a mentir, porque es más fácil así.

—No lo estás —dice, y es tan verdad que no puedo rebatirle—. No sé qué pasó exactamente en México, pero esa mujer… Frida… te cambió. Y ahora estás de vuelta aquí, fingiendo ser la de antes, sin embargo, ya no eres ella, y creo que nunca volverás a serlo.

Se me llenan los ojos de lágrimas, pero las detengo.

—Tengo que trabajar, Emi.

—No, Olga. Tienes que vivir, y esto —señala mi despacho, los expedientes, el ordenador— no es vivir.

Se va antes de que responda. Me quedo sola en mi despacho de cristal, rodeada de papeles que no significan nada, y las lágrimas comienzan a caer. Emi tiene razón. No estoy viviendo, estoy sobreviviendo, y apenas lo hago.

El lunes llega demasiado pronto. Tengo una reunión a las diez de la mañana. Construcciones Villar, uno de nuestros clientes más grandes. Van a firmar un contrato millonario con una empresa alemana y nosotros estamos gestionando todos los aspectos legales.

Mi padre lidera la reunión. Roberto está a su derecha. Yo estoy sentada al otro lado de la mesa, con mi portátil abierto y mis notas perfectamente organizadas. El señor Villar está al frente de mi padre, y el representante de la empresa alemana está conectado por videoconferencia con su abogado.

Todo va bien durante la primera hora. Revisamos cláusulas, aclaramos términos, ajustamos detalles. Y entonces llegamos a la cláusula de penalización por retraso de entrega. Es una cláusula estándar. Básica. Si hay retraso, se paga una multa del 0,5 % por

cada día. Normal en este tipo de contratos. Pero el señor Villar se obsesiona con ella.

—Esto no me gusta —dice por quinta vez—. ¿Y si hay un retraso por causas de fuerza mayor?

—La cláusula 12.3 cubre la fuerza mayor —respondo, señalando la sección en mi pantalla—. Eventos impredecibles quedan exentos de penalización.

—Pero ¿qué define exactamente lo impredecible?

—Está especificado en la subcláusula 12.3.2…

—No me gusta la redacción —me interrumpe—. Es demasiado ambigua.

—Podemos ajustarla si lo considera necesario, señor Villar —interviene mi padre.

—No es solo eso —continúa Villar, levantando la voz—. Todo este contrato me parece poco sólido. Hay demasiadas áreas grises.

Veo a mi hermano Roberto tensarse a mi lado.

—Señor Villar, hemos revisado cada cláusula exhaustivamente…

—¡Pues no lo suficiente! —me corta gritando, golpeando la mesa —. ¡Estoy arriesgando millones en este proyecto y vosotros me dais un contrato lleno de ambigüedades!

Mi padre intenta calmarlo, Roberto también, todos hablan al mismo tiempo. Y yo me quedo mirando la escena como si la viera desde fuera de mi cuerpo.

Este hombre está gritando. Su cara está roja, las venas de su cuello están hinchadas, y todo por una cláusula insignificante en un

contrato que tiene cien páginas de protección legal. Está perdiendo los estribos por dinero, por porcentajes, por palabras en un documento. Y de repente, me parece lo más absurdo del mundo. Toda esta sala, todos estos hombres en trajes caros, toda esta tensión, todo este estrés. Por un contrato, por dinero, por nada que realmente importe. Y empiezo a reírme. Al principio es solo una risa pequeña que intento contener, pero no puedo, la risa crece, se vuelve más fuerte. Todos se callan de pronto y me miran.

—¿Olga? —dice mi padre con voz de advertencia.

Pero no puedo parar. Es como si algo dentro de mí se hubiera roto y toda la presión acumulada durante dos semanas —quizá durante un año— estuviera saliendo en forma de carcajadas.

Me río porque es ridículo, todo es ridículo. Este hombre gritando por un 0,5 %. Mi padre, fingiendo que esto es importante, Roberto actuando como si este contrato fuera de vida o muerte. Cuando en realidad nada de esto es relevante.

—Olga, contrólate —sisea Roberto.

Pero no puedo, y tampoco quiero. Me levanto todavía riendo, con lágrimas corriendo por las mejillas.

—Discúlpenme —digo entre risas.

Salgo de la sala de reuniones. Escucho a mi padre disculparse con el cliente y después escucho pasos detrás de mí, pero no me detengo. Camino directamente hacia mi despacho y cierro la puerta. Me apoyo contra ella y respiro, por primera vez en dos semanas, respiro de verdad. La risa se calma, las lágrimas siguen cayendo, pero ya no son de risa, son de liberación. Miro mi despacho: escritorio de diseño, una silla ergonómica carísima, los diplomas en

la pared, los expedientes perfectamente organizados. Todo esto que construí, todo esto que pensé que quería. No es nada, no significa nada.

Sin pensarlo dos veces, abro un armario y saco una caja de cartón vacía que usamos para archivar documentos viejos. Empiezo a meter cosas. Mis libros personales de la estantería. La lámpara que compré cuando me dieron este despacho.

La puerta se abre bruscamente. Es mi padre.

—¿Se puede saber qué demonios…? —se detiene al ver lo que estoy haciendo.

—Me voy —digo, y sigo metiendo cosas en la caja.

—No puedes irte, tenemos una reunión…

—La reunión se acabó para mí —lo corto.

—Olga, sal de esta oficina ahora mismo y vuelve a esa sala a disculparte con el cliente.

Me detengo y lo miro.

—No —respondo sintiéndome tan segura que un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Cómo que no? —pregunta.

—No voy a volver, no voy a disculparme, no voy a seguir fingiendo que esto me importa cuando no es así.

Su cara se pone roja, igual que la del señor Villar hace un momento.

—¿Has perdido la cabeza? ¿Sabes cuánto vale ese cliente?

—No me importa.

—¡Claro que te importa! ¡Este bufete es tu vida! —grita.

—No —digo, y mi voz es firme—. Este bufete es tu vida, nunca fue la mía.

—Te he dado todo…

—Me has dado una jaula de oro, papá, pero sigue siendo una jaula.

Roberto aparece en la puerta.

—¿Qué está pasando?

—Tu hermana está teniendo un ataque de nervios de esos que les dan a las mujeres en el peor momento posible —dice mi padre.

—No es un ataque de nervios —respondo, cerrando la caja—. Es un despertar.

Paso entre los dos y salgo de mi despacho. Emi está en su escritorio, mirándome, le sonrío.

—Gracias —susurro—. Por todo.

—¿Adónde vas? —pregunta mi padre.

—A vivir.

Salgo del bufete entre gritos de desaprobación, pero esta vez no miro atrás.

Llego a mi apartamento y dejo la caja en el suelo. Me quito los tacones, me suelto el pelo y me saco la ropa para ponerme unos vaqueros y una camiseta.

Saco mi teléfono del bolso y me voy al sofá. Busco en Google: «inmobiliarias Madrid alquiler».

Elijo una de ellas y marco el número.

—Buenos días, Inmobiliaria Castellana.

—Hola. Quiero poner mi piso en alquiler —digo.

—Por supuesto. ¿Podría darme su dirección?

Le doy todos los datos y quedamos en que vendrán mañana a hacer una valoración y tomar fotos. Después de eso cuelgo.

Miro alrededor de mi apartamento, este lugar que decoré con tanto cuidado, que pensé que era mi hogar. Ya no lo siento así, la realidad es que ya no siento nada en este espacio.

Siguiente llamada: mi hermano Javier, porque al final esto que me pasa es un poco culpa suya, por hacer que me atreviera, por hacer que me pusiera en primer lugar.

—¿Olga? —responde sorprendido—. ¿Ha pasado algo?

—Renuncié —digo.

—¿Al bufete? —pregunta, sorprendido.

—Sí.

—Joder —dice, y escucho cómo se está riendo—. ¿En serio?

—En serio. Acabo de salir, simplemente le dije a papá que me iba.

—¿Cómo se lo tomó? —pregunta.

—Como esperarías. Pero, Javi, no puedo más. No puedo seguir así, esto no es vida.

—Lo sé —responde—. Llevo años diciéndotelo.

—Ya, y tardé demasiado en darme cuenta. Gracias por mentirme para que me fuera más tiempo, por organizarme todo, estaré infinitamente agradecida por lo que has hecho por mí.

—Lo hiciste todo tú. Yo solo busqué un lugar donde te sintieras a gusto. Ahora la pregunta es: ¿qué vas a hacer?

—No lo sé todavía, pero puede haber una posibilidad de volver a México.

—Por Frida —dice.

Le conté a Javier una noche lo que me había pasado allí, no me juzgó, él no lo hace.

—Por mí —respondo—. Por primera vez en mi vida, voy a hacer algo por mí.

—Me alegro —la alegría se puede escuchar en su voz—. Te mereces ser feliz, Olga. Te mereces ser libre.

Nos despedimos con la promesa de vernos.

Necesito hacer la última llamada de hoy. Marco al concesionario donde compré mi Audi deportivo hace dos años. El coche que me compré por un contrato importante firmado, otro símbolo de éxito que no significó nada.

—Quiero vender mi coche —digo cuando contestan.

—¿Modelo?

Les doy los detalles y quedamos en que mañana lo llevaré para la tasación.

Cuelgo y me quedo sentada en mi sofá y vuelvo a mirar a mi alrededor, todo en su sitio, todo perfecto, todo controlado. Y

empiezo a sentir vértigo, uno que me asusta. Acabo de renunciar al trabajo que he tenido toda mi vida, voy a alquilar mi apartamento, vender mi coche y voy a desarmar toda mi vida en Madrid.

No sé exactamente qué voy a hacer después. No tengo un plan claro, no tengo una garantía. Solo sé que no puedo seguir aquí, no puedo seguir siendo esta versión de mí que está muriendo por dentro. El vértigo es aterrador, pero debajo de ese miedo hay algo más, algo que no he sentido en dos semanas. Respiro hondo, y por primera vez desde que volví a Madrid, puedo llenar completamente mis pulmones. El aire entra, llena mis pulmones, puedo respirar, por fin, puedo respirar.

Me levanto del sofá y camino hacia la ventana. Miro hacia el exterior, esta ciudad ha sido mi hogar durante toda mi vida y pronto no lo será más. Quiero irme a otro lugar, tal vez a México, tal vez a Cozumel, tal vez junto a Frida. Pero, como ella me dijo, esto va de mí, y necesito saber que ir con ella es lo seguro.

Mi móvil vibra y voy a cogerlo, es un mensaje de mi hermano Javier.

Javier: Estoy tan orgulloso de ti.

Y con esas cinco palabras, sé que tomé la decisión correcta. No sé qué viene después, no sé cómo va a ser mi vida, pero sé que va a ser mía; por fin, mía.

CAPÍTULO 26

Olga

Ha pasado un mes desde que renuncié al bufete, y cada día me pregunto si estoy cometiendo el error más grande de mi vida.

Vendí el coche hace tres semanas, decidí venderlo por mi cuenta. El comprador era un veinteañero con más dinero que sentido común. Me hizo la transferencia y vino a recoger el coche feliz. Yo me quedé parada en la acera, sintiéndome con un peso menos encima.

El apartamento fue más difícil. Lo alquilé hace una semana a una pareja por cinco años. Un compromiso que me asustó más que cualquier contrato que haya firmado en mi vida profesional, porque significaba que realmente no iba a volver. Al menos no pronto.

Doné parte de mi ropa. Toda la colección de trajes carísimos, los tacones de vértigo que me destrozaban los pies, las blusas de seda que tenía que llevar a la tintorería. Lo di todo a una organización benéfica que ayuda a mujeres a reinsertarse en el mundo laboral.

Mi padre dejó de hablarme durante dos semanas. Después me llamó para decirme que estaba decepcionado. Que había tirado mi carrera por la borda. Que algún día me arrepentiría.

Roberto fue peor. Me mandó mensajes casi a diario. «¿Ya te aburriste de tu crisis existencial?». «Cuando quieras volver, tendrás que suplicar». «Papá tiene razón, siempre fuiste la más débil».

Los ignoré a ambos.

Porque por primera vez en mi vida, estaba haciendo algo por mí. No por ellos. No por las expectativas familiares. No por el apellido Aranda. Por mí, y eso me aterrorizaba y me llenaba de vida al mismo tiempo.

Frida y yo hemos hablado todos los días. Videollamadas hasta la madrugada, mensajes a cualquier hora. Fotos de su día, del mar, del atardecer. Yo no le dije lo que estaba haciendo, que estaba desmantelando mi vida poco a poco.

—¿Cuándo vienes? —me preguntaba hasta que dejó de hacerlo.

—Pronto —respondía siempre.

Tenía miedo de decidir una fecha concreta. Porque si lo decía en voz alta, se volvía real, y todavía había una parte de mí que no podía creer lo que estaba haciendo.

Hasta hoy.

Estoy parada frente al mostrador de *check-in* del aeropuerto de Barajas, con una mochila de viaje como único equipaje y un billete de solo ida a Cancún. Lo estoy haciendo, realmente lo estoy haciendo.

El vuelo dura once horas, no duermo, no puedo. Estoy demasiado nerviosa, demasiado emocionada, demasiado aterrada.

¿Y si Frida cambió de opinión? ¿Y si un mes y medio fue suficiente para que se diera cuenta de que lo nuestro solo fue un

romance de vacaciones? ¿Y si llego y me dice que cometí un error?

Respiro hondo y cierro los ojos. Recuerdo sus palabras en el muelle: «Te amo de una manera que no sabía que era posible». También recuerdo las conversaciones con ella, el preguntarme cuándo iba. Confío en eso, tengo que hacerlo.

El avión aterriza en Cancún. El calor me golpea al salir. Ese calor húmedo que odié la primera vez que vine y que ahora siento como un abrazo de bienvenida. Hago el mismo ritual que cuando llegué: pasar por inmigración y ahí está Santiago esperando con el cartel.

—Señora Olga —dice cuando me ve—. Volvió. Sabía que volvería, todas vuelven.

—Esta vez vengo sin billete de regreso —afirmo sonriendo.

—Mejor así —dice, guiñándome un ojo—. La isla tiene una manera de quedarse en las personas.

Llegamos al muelle. Bajo con mi mochila al hombro y miro a mi alrededor, el ferry zarpa en cuarenta minutos. Me siento en un banco, mirando el mar, y lo mejor de todo es que puedo respirar.

—Está de vuelta —escucho a mi lado—. Sabía que volvería.

Me giro para saber si lo que mis oídos escuchan es la señora mayor de la otra vez, y ahí está, con su bastón y una sonrisa.

—Volví —afirmo.

—Decidiste mirar por ti, por lo que realmente necesitas, y no lo que otros quieren de ti —dice, y la veo alejarse.

No puedo preguntarle, ¿quién es? ¿Qué hace aquí? No soy capaz, mis pies están anclados al suelo y las palabras se agolpan en mi garganta. Veo cómo su silueta se desdibuja, hasta que desaparece.

Cuando el ferry llega, subimos todos, y comienza a atravesar esas aguas turquesas. Miro por la ventana y sonrío, ya me queda menos para verla, para que sepa que me he decidido, que estoy aquí, no por ella, por mí, porque lo necesito.

El barco atraca en Cozumel y miro todo a mi alrededor, respiro hondo y siento que ahora sí estoy en un lugar seguro, y se siente como un hogar.

Cojo un taxi que me lleva a Luna Llena. Voy en silencio, aunque el taxista insiste en que normalmente a todo huésped de ese resort viene a recogerla alguna de las chicas, o subcontratan. Le aseguro que todo está bien.

Al llegar, bajo del taxi tras pagar el servicio. Miro la entrada de Luna Llena. Las puertas de cristal. El cartel de madera, las plantas que flanquean la entrada. Respiro hondo. Ya no hay vuelta atrás. Vendí mi vida en Madrid. Renuncié a mi carrera. Dejé a mi familia. Todo por esto. Por ella. Por mí.

Empujo la puerta y entro. Está todo como lo recuerdo. Cálido, acogedor, lleno de luz natural. Hay música ambiental suave, el olor a incienso, algunas huéspedes sentadas en los sofás hablando. Y detrás del mostrador de recepción, está ella.

Frida.

Mirando la pantalla del ordenador, con el ceño fruncido, concentrada en algo. Lleva una camiseta blanca de lino y tiene el pelo recogido. Se ve hermosa, real. Se ve como la mujer de la que me enamoré. Por un segundo, nadie se mueve. Entonces Luz, la directora, deja de hablar a mitad de la frase. Sofía, que está junto a

ella, levanta la vista. El murmullo de pronto se detiene. Todo el mundo me está mirando.

Frida levanta la cabeza, tal vez alertada por el silencio. Sus ojos encuentran los míos. Y el mundo se detiene. Dejo mi mochila en el suelo y camino hacia ella.

—Tenías razón —digo—. No podría quedarme por ti. Tenía que venir por mí.

Frida sale de detrás del mostrador. Camina hacia mí.

—He vendido todo, Frida —continúo, y siento cómo las lágrimas amenazan con salir—. Mi casa está alquilada por cinco años, el coche está vendido, doné mi ropa.

Me detengo a un metro de ella. Tan cerca que puedo oler su perfume mezclado con el olor a mar.

—No tengo billete de vuelta —digo—. No tengo plan. No tengo trabajo, no tengo idea de qué voy a hacer.

Frida me mira casi conteniendo la respiración, el resto a nuestro alrededor hace lo mismo. Solo observan.

—Vengo a buscar trabajo… si es que necesitas una abogada reformada que sabe hacer cócteles o limpiar habitaciones —continúo —. O lo que sea, soy rápida aprendiendo.

Frida acorta la distancia. Y entonces nos besamos, ahí mismo, en medio de la recepción, delante de todos. Me besa como si no lo hubiéramos hecho en años. Me besa como si fuera lo más importante del mundo, me besa hasta que se me olvida respirar. Mis brazos la rodean, atrayéndola más cerca. Sabe exactamente a como la recuerdo: a café, a menta, a posibilidades infinitas.

Cuando nos separamos, veo que está llorando. Lágrimas silenciosas que recorren sus mejillas.

—Viniste —susurra contra mis labios.

—Vine —respondo, limpiando sus lágrimas con mis pulgares—. Por fin vine.

—Pensé que cambiarías de opinión.

—Lo hice —digo, y veo el pánico en sus ojos—. Cambié de opinión sobre dejar que el miedo me controlara, sobre vivir una vida que no quiero, sobre esperar el momento perfecto en lugar de crear mi propio momento.

Me besa de nuevo, más suave, como si estuviera memorizando el momento.

Detrás de ella escucho aplausos, me separo de Frida y miro alrededor. Marina está aplaudiendo con una sonrisa. Sofía también, Luz también lo hace y se la ve emocionada. Isabel apareció de algún lugar y sonríe. Carmen salió de la cocina, secándose las manos en el delantal mientras aplaude. Las huéspedes también lo hacen, aunque seguramente no tienen ni idea de lo que está pasando.

—¡Por fin! —grita Marina—. Ya no estará como alma en pena por el resort.

Miro a Frida arrugando la nariz.

—¿En serio?

—No le hagas caso —dice, limpiándose las mejillas—. Exagera.

—No exagero —señala Marina—. "Olga dijo esto", "Olga piensa aquello", "necesito hablarlo con Olga". Siempre, Olga.

Miro a Frida y veo cómo el color de sus mejillas se torna más rojo.

—¿Sí?

—Tal vez —admite—. Pero solo un poco.

—Bienvenida a Luna Llena de nuevo —dice Luz abrazándome—. Y parece que ahora eres parte del equipo.

—¿Parte del equipo? —la miro sorprendida.

—Bueno, dijiste que buscas trabajo, ¿no? —dice Luz—. Siempre necesitamos gente. ¿Verdad, Frida?

Frida simplemente asiente y me mira.

—Eso sí —vuelve a hablar Luz—. Aquí no hay puestos de abogada. Tendrá que ser en otra cosa.

—Me parece perfecto —respondo sonriendo—. Lo de abogada quedó en Madrid.

—¿Dónde vas a quedarte? —me pregunta Frida cuando nos hemos separado un poco del grupo para que siga haciendo su trabajo.

Por primera vez desde que llegué, me siento insegura.

—Bueno… esperaba que tal vez… si no es muy pronto… —las palabras se me atascan—. ¿Conoces algún lugar disponible?

Frida sujeta mi mano y eso me da paz.

—Creo que podemos encontrar un puesto —susurra, acercándose de nuevo a mí—. Y una habitación también.

—¿Sí?

—La mía, por ejemplo —dice—. Si quieres. No tienes que decidir ahora. Puedo conseguirte algo en algún hotel mientras, o podemos buscar un apartamento, o…

La callo con un beso. Porque eso es lo único que quiero hacer. Aquí, ahora, siempre.

—Tu bungaló es perfecto —digo contra sus labios—. Si estás segura.

—No he estado tan segura de algo como de esto.

—Perfecto —acepto sonriendo—. Pero quiero que sepas que soy un poco desastre, y probablemente voy a tener momentos de pánico cuando me dé cuenta de lo que hice. Y…

—Olga —me corta.

—¿Sí?

—Bienvenida a casa.

La abrazo como si fuera el salvavidas que he estado esperando toda mi vida. Porque ella me ha enseñado a ser valiente, a decidir por mí, a saber, qué es lo que realmente quiero.

—Te llevo a casa —susurra antes de tirar de mí.

Caminamos en silencio por esos senderos que ya recorrí hace algo más de mes y medio. Cuando llegamos, abre la puerta y me invita a pasar, y me doy cuenta de que me siento en casa, de que con ella todo es hogar.

No sé qué pasará mañana. No sé si me será fácil trabajar en el resort. No sé si mi familia me perdonará en algún momento. No sé si esto durará para siempre o solo un tiempo. Pero por primera vez en cuarenta y cinco años, eso está bien. Porque esto es vivir, no

sobrevivir, no funcionar en piloto automático, no cumplir expectativas de nadie. Estoy viviendo lo que quiero.

Mientras dejo mi mochila en la entrada y me besa de nuevo, mientras caemos juntas en la cama que será nuestra, pienso en todo lo que dejé atrás. Y no me arrepiento de nada. Porque esto vale más que cualquier caso ganado, cualquier sueldo de seis cifras, cualquier aprobación familiar.

Esto es real, es mío, y por fin, soy libre.